



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sra. Avelleda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, Abarca, Ardanaz, Ariz Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borja, Borrego, Bueno, Bremon, Bretón de los Herreiros (Manuel), Blasco, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Cheste (conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio, (D. Gonzalo), Cañamaque, Dacarrete, Díaz (José María), Durán, Duque de Rivas, Echevarría (J. A.), Espín y Guillén, Estrada, Echevarría, Eguiluz, Escosura, Estrella, Eulate, Fábila, Ferrer del Río, Fernández y González, Fernández Guerra, Fernández de los Ríos, Fermín Toro, Flores, Figuerola, Figueras (Angusto Suarez de), García Gutiérrez, Gayangos, Galvete de Molina (D. Javier), Graells, Giménez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güell y René, Güelvenzu, Guerrero, Incensa, Hartzbusch, Iriarte, Zapata, Janer, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lopez Guizarro, Lorenzana, Liorente, Lafuente, Macanaz, Marías, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Orgáñez, Ortiz de Pinedo, Olózaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustín), Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poey, Reinoso, Retes, Revilla, Ríos y Rosas, Rivera, Rívero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rodríguez (G.), Ros y González, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarrinaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanromá, Selgas, Segovia, Serrano Alcazar, Selles, Tamayo, Trueta, Tubino, Uda, Valera, Velaz de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidari, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 28 de Enero de 1881.

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.
 Redaccion y Administracion, Carrera de San Jerónimo, 31.

SUMARIO.

Revista general, por D. Miguel Moysa.—República Argentina, por D. Héctor Florencio Varela.—Los presupuestos considerados á la luz de la filosofía, por D. Fernando Corradi.—El arte cristiano, por D. Eusebio Asquerino.—España y sus colonias, por D. Manuel Becerra.—El cantor del amor yépico Godofredo de Strasburgo, por D. Juan Fastenrath.—Helena considerada como símbolo del arte clásico, por D. Emilio Castelar.—Orlando furioso, (canto vigésimo nono), por el conde de Cheste.—Los bufones en algunos Estados alemanes, por D. Nemesio Fernandez Cuesta.—La ruidosa y debatida cuestion de la travesía de los Pirineos centrales por vías de hierro internacionales, por D. P. Calvo y Martín.—El azúcar en Rusia, por D. P. Ruiz Albistur.—La fantasma, por D. Eugenio de Olavarría y Huarte.—Suelto.—Anuncios.

REVISTA GENERAL.

Dijo San Anton que vendria para el dia diez y siete de Enero, y como seria inaudito que un santo tan austero y formal faltase á su palabra, aun no ha sucedido que algun año se retrase como promesa de boda ó pago de amigo.

Para verle no hay sino ir á aquella larga y estrecha calle de Hortaleza, que principia con la casa de Astrarena en la vanidad y acaba con el Saladero en la cárcel. No le ha parecido bien estar dentro de su iglesia cuando tanto ruido y algazara provoca su venida, y ha salido á la puerta, colocandose en un hueco que hay sobre el arco de ella para que no se le tenga por vanidoso.

¡Que triste está! Más parece la estátua de la Resignacion que un santo alegre. Lleva la cabeza descubierta en prueba de humildad; la blanca barba le cae sobre el pecho; toscos sayal ciñe su cuerpo macerado; trae en una mano vara de peregrino y en la otra un libro de oraciones; y por compañero el animal más antipático, vivo, pero más útil y aprovechable, muerto, de cuantos se conocen.

Todo parece haber prestado al santo aquella melancólica resignacion que se nota en su rostro. Tan léjos está de sus oídos el bullicio del mundo, que ni un momento separa los ojos del místico libro. ¿Qué lee que así le interesa? Yo creo que en esta actitud del santo hay, más que afición por la lectura, gran prudencia.

Teme, sin duda, que á él, que no pecó jamás, le hagan pecar los ojos de las mujeres bonitas que al pasar le miran.

En la fiesta de San Anton, y eso que todo es en ella regocijo, hay tambien espectadores tristes; los presos del Saladero. Todos los habreis visto, asomados por entre los hierros de la dura reja, seguir con la mirada afanosa el correr de los caba-

llos, que con el viento quieren disputar á lijereza. Apoderarse de aquel sitio, costóle al preso, tal vez, lucha terrible. Se habla de presos muertos en tales contiendas.

¡La vida por un rayo de sol y un motivo para soñar con la libertad!

**

La actitud personal de Mr. Gambetta en la cuestion turco-griega, objeto de mil comentarios despues del discurso de aquel ilustre hombre público en Cherburgo, considerado como una profecía amenazadora, exigia una declaracion categórica que restableciese la verdad de las cosas, y monsieur Gambetta acaba de darla. Su acuerdo con el sentido pacífico que viene informando toda la política francesa desde que se fundó la república, no puede ser más íntimo y estrecho. «Sobre todo, ha dicho en su último discurso desde la presidencia de la Camara de los Diputados, sobre todo en lo que se refiere á la conservacion de la paz en lo exterior, puede decirse que nuestra union con el Gobierno y el país ha sido inalterable. A despecho de aserciones infundadas, el mundo entero sabe que la política exterior de Francia no puede ocultar ni secretos designios ni aventuras de ninguna clase.»

Las elecciones municipales han dado triunfo completo á la política del actual Gobierno. Como estas elecciones determinan el sentido en que habrán de hacerse las senatoriales, bien puede decirse que la república, como forma de Gobierno, está en el país vecino al abrigo de todas las disensiones, y que no prevalecerán contra ella los mil elementos asalariados inútilmente para calumniarla. Prueba elocuente de esta verdad es una noticia que el telégrafo nos ha comunicado. Al abrirse una de las últimas sesiones de la Cámara de Diputados, se dió lectura á una carta del señor duque de la Fauconnerie, que ha figurado hasta ahora en el partido bonapartista, diciendo que presenta la dimision de su cargo, porque «no quiere continuar por más tiempo asociado á una política hostil al régimen que por el sufragio universal se proclama, y que como candidato republicano volverá á presentarse de nuevo ante sus electores.»

Al mismo tiempo que el entusiasmo de Francia por la democracia aumenta, el movimiento de una gran parte de la opinion contra los judíos, acentuábase en Alemania. Pero está ya demostrado que esta conducta no se inspira en un antagonismo de raza, sino en un pensamiento político acariciado por el partido conservador. Se trata de usar y abusar del derecho de reunion; de perturbar el país; de provocar conflictos para fortificar

despues la necesidad de una política de represion.

En rigor, los judíos siempre fueron mirados con el mayor desprecio por el pueblo protestante y especialmente por la nobleza. Aunque consiguieron la igualdad civil y política en la Constitucion, lo cierto es que los israelitas nunca han logrado llegar á algunas gerarquías sociales. El sentido de los católicos les hace protestar contra ese movimiento, porque comprenden que si la intolerancia triunfa hoy contra los judíos, mañana volverá contra ellos sus armas.

De política exterior pocas noticias podemos dar de interés verdadero. Los diputados de la Gran-Bretaña que forman las filas del partido conservador, no apoyarán ninguna peticion que tienda á suspender las sesiones de la Cámara, antes, por el contrario, favorecerán todas las medidas que se opondan á los manejos de los irlandeses para crear conflictos con motivo de las discusiones de las leyes agrarias de Irlanda.

La república de Chile ha propuesto nuevas condiciones de paz al Perú y Bolivia, duras por todo extremo, pero que deben admitirse, siquiera sea para concluir con esta guerra, que amenaza convertirse en guerra de exterminio, sin beneficio alguno para vencedores ni vencidos.

En estas condiciones, la toma de Lima por los chilenos significa la terminacion de la guerra: tanto el Perú como Bolivia no tienen más remedio que resignarse con su desventura y aceptar las imposiciones del enemigo que no pudieron rechazar. Por seguro se dá que los Estados-Unidos proponen intervenir en las negociaciones de la paz entre ambos contendientes, á fin de impedir la total ruina del Perú. Pero creemos que por esta vez la diplomacia no se va á distinguir por la virtud con que se combate la pereza.

**

Durante algunos dias, todos los que ha tardado en discutirse el Mensaje, hemos creído ver en el Congreso, á la democracia, en actitud magestuosa, tranquilo y sereno el semblante, sonreir satisfecha. El señor conde de Toreno, que sentia el aletear de ella claro y distinto, quiso ahuyentarla por el mismo sistema que creen alejar las tempestades los sacristanes de algunos pueblos; echando á vuelo la campana. La precaucion fué inútil. Ni las tempestades se asustan de campanillas, ni en la discusion del Mensaje hubo tempestad hasta que el discurso del Sr. Sagasta la trajo.

Antes, el Sr. Leon y Castillo, con su potente voz y su oratoria apasionada, habia dicho que el partido fusionista no espera ser llamado al poder,

porque no tiene medios para destruir las mallas de la red en que los conservadores han aprisionado al país; el Sr. D. Venancio Gonzalez habia sabido fotografiar esta situacion asfixiante que reniega de sus orígenes y tiene para sus apostasias, por remordimiento, una sonrisa de desden ó de orgullo, con esta frase: «El Sr. Cánovas gobernará mientras tenga mayoría, y tendrá mayoría mientras gobierne;» el Sr. Alonso Martinez, con argumentos incontestables y lógica severa, habia discutido la cuestion del Principado de Asturias y dicho con amarga tristeza, que el poder moderador habia heredado fatalmente las preocupaciones de los reinados anteriores; y el Sr. Balaguer, dejándose llevar de sus propios deseos, sin miedo á las iras presidenciales ni á las excomuniones del Directorio, habia sostenido con mano firme la bandera de la libertad levantada con unánime aplauso en Valencia.

Para el Sr. Balaguer, la forma de gobierno era accidental; para el Sr. Leon y Castillo toda contemporización tiempo perdido; para el Sr. Alonso Martinez no puede tolerarse que el Sr. Cánovas exhiba un día y otro como un título al reconocimiento de la nación el haber restablecido la paz, cuando figuran en las filas de las oposiciones los generales que la conquistaron; ni que diga que procura asentar sobre sólidas bases el régimen representativo quien impide por todos los medios la formación de un partido que turne con el conservador en el poder; ni se ha logrado por la ambición ó por la ceguera del Sr. Cánovas, otra cosa que recordar al partido fusionista la última jornada de que el mismo Sr. Cánovas hablaba en 1867.

En estas condiciones el debate, llegó á él el señor Sagasta. Silencio. La marea sube. El Sr. Sagasta habla y el Sr. Sagasta es la tempestad. No tiene su voz aquella terrible entonación que al ruido de los truenos se asemeja, ni su oratoria aquella impetuosidad y aquella vehemencia que hacen de la palabra torrente irresistible que lo destruye y aniquila todo; ni su lógica aquella severa argumentación, que por lo sólida y consistente, parece arrebató á la arquitectura su ley y su secreto; pero es su palabra tan acerada y punzante; su intención tan fina y sutil; su ingenio tan inagotable; su valor y su habilidad tan notorios; su conocimiento del terreno en que batalla, tan grande, que atrae á sus adversarios, los sorprende, se arroja sobre ellos é implacable los hunde una y cien veces el puñal de su crítica en el corazón con tal habilidad, que ni la cortesía podría perseguirle por irrespetuoso, ni la moderación por sanguinario. Los finales de sus párrafos eran, el día en que le tocó por desgracia de los conservadores combatirlos, chispas eléctricas que iban á descargar sobre la mayoría.

¡Qué espectáculo! Semblantes pálidos y descajados, el miedo en todas las actitudes, la perturbación retratada en todos los ojos, de todos los labios escapándose la palabra ¡socorro! la lucha terrible, primero; el naufragio, despues; allá en el horizonte nublado y triste la derrota con todos sus horrores. No habia remedio. El agua entraba en las bodegas y el buque ministerial se iba á pique. El Sr. Cánovas corria por la cubierta desesperado, vacilante, sin saber qué partido tomar ni ocurrírsele ninguna resolución salvadora. Mientras creyó contar con el silencio del Sr. Silvela, tuvo esperanzas. Pero hablar éste y perder el Sr. Cánovas la brújula, todo fué uno. No hubo ni siquiera teorías fantásticas, ni aquellas socorridas invenciones que otras veces tanta fé y tanta promesa de feliz arribo llevaban á la tripulación conservadora. De un decaimiento semejante nunca hemos visto víctima al Sr. Cánovas. Al que por redactar un documento que se oyó pregonar con el mismo interés que «las coplas de Calainos,» se le habia llamado aprendiz de periodista agradecido, pudo llamársele aquel día con igual justicia, aprendiz de orador desconcertado.

El buque ministerial, roto y deshecho está en tierra. Se ha salvado gracias al esfuerzo titánico de 200 agradecidos y heroicos conservadores. Estos sonreían satisfechos y gozosos. ¡Cuán ignorantes están de su desgracia!

El buque no podrá hacer ya largas caminatas. La tierra donde la tripulación está es una isla desierta.

Monseñor Freppel ha levantado con las derechas del Parlamento francés, una nueva bandera, señalando á los conservadores la necesidad de unirse en el terreno de sus creencias religiosas y prescindiendo de sus divisiones políticas, para convertir aquellas ideas en un arma puesta al servicio de sus intereses. Esta bandera, recogida en España por *El Fénix*, ha sido la de una rebelion amenazadora. Se han unido á ella algunos antiguos carlistas, varios moderados históricos y muchos ultramontanos sin filiación política determinada. El espectáculo que estos días ofrecen las huestes de la reaccion no puede ser más deplorable. Por lo visto, para los ultramontanos el mayor de los imposibles es predicar la mansedumbre con el ejemplo. Temiendo hemos estado que el señor cardenal Moreno volviera á verse obligado á poner en paz á los periódicos católicos. El palmetazo episcopal no ha venido y el cisma sigue. ¡Cisma inútil! Poner las influencias de la Iglesia al servicio de pequeñas miserias políticas, seria una empresa de grandes resultados si fuera posible. Pero no lo

es. No se ganan con ello más que las adhesiones de algunos carlistas arrepentidos, y en cambio, haciendo de la Iglesia un escudo, se logra que todos los golpes vayan á descargar sobre ella. ¿Es esto político? ¿Es ni siquiera respetuoso? Pues bien, puede profetizarse que las consecuencias de tal acto serán desdichadas.

El llamamiento á las honradas masas no fué oído. La bandera de la Union Católica hace salir del templo á los soldados que la siguen para llevarlos bajo pábilo á la plaza pública.

El advenimiento de la juventud democrática á la vida pública es un suceso dichosísimo. Las provincias todas responden entusiastas al movimiento de propaganda felizmente iniciado; los hombres más ilustres de la democracia se disputan el placer de saludarla con regocijo, y hacen votos fervientes por que triunfe muy pronto; la mayoría del país sonríe viendo próximo el albor de una democracia toda ventura, nada arrepentimientos ni delirios; y á los pesimistas una voz elocuente se encarga de decirlos que la juventud se encuentra en condiciones de realizar la suspirada concordia, porque no tiene historia, pero tiene convencimiento; porque no le ha dado la vida lugar para clasificarse, pero tiene fe en los principios fundamentales de nuestro sistema; porque no ha contraído más compromisos que los de su conciencia en el infinito vuelo de su amor al progreso, y no ha rozado con sus alas la realidad impura; por que no tiene los recuerdos que amargan ni los recelos que ofuscan.

En el concierto de tantas opiniones autorizadísimas, ha habido una nota discordante: la voz de un orador ilustre, gloria de nuestra tribuna y de España, cuando lejos de la política se le considera. Otras veces supo arrebatar al sentimiento del país sus tristezas y á las aspiraciones de la democracia su sentido, y abogó por ellas con el mismo entusiasmo que Vergniaud soñaba con una republica paradisiaca. Hoy atiende sólo á consejos desdichados; cierra sus oídos á toda razon y sus ojos á toda evidencia; llevaria las declaraciones políticas que en los banquetes democráticos se hacen, de mejor gana que á los periódicos al *Índice romano*, y truena contra todos los que prediquen la union y la concordia. Ha entrado en el Vaticano, detrás del cual vió en otra época «ponerse el sol como una hostia de fuego consagrada». Pero no para tomar del Pontificado la dulce mision de bendecir, sino el enojo terrible que se traduce en anatemas y excomuniones.

Si esto no es, no sabemos por qué no emplea su talento siempre fecundo y admirable en combatir á los que se afanan en pregonar que la democracia está dividida porque viven varios partidos dentro de ella. La democracia no es un partido, es un organismo. Y decir que está fraccionada porque admite tendencias más conservadoras y más radicales, seria lo mismo que sostener que la monarquía es un semillero de divisiones porque hay quien no la acepta sin la Constitucion de 1845 y quien no la tolera sin la consagración de los derechos individuales.

La juventud democrática en los banquetes de Valencia, Madrid, Oviedo y Huesca, ha expuesto lo que estos banquetes significan: protesta contra la política conservadora, y protesta de adhesion entusiasta á las ideas democráticas.

Tambien ha hecho declaraciones que permiten apreciar cuál es su programa.

Quiere llevar á cabo la union democrática; quiere fundarla sobre la base de una fórmula comun que permita á todos los elementos de la democracia vivir y desenvolverse sin obstáculo; quiere propagar estos principios de un modo más activo sin entrometerse á distinguir si han de ser punto de partida ó de parada, puesto que afirma la necesidad de su establecimiento; quiere, en una palabra, que todos entiendan que la oposicion de la democracia debe ser irreconciliable y su triunfo alejar igualmente de la escena política la dictadura y el anarquismo.

Su entusiasmo no cede á su deseo. Pero aunque con él no pudiera igualarse, el triunfo no seria dudoso. Puede decir con un orador ilustre: «La estatua de la democracia aún no ha sido vaciada, pero hierve el metal.»

El domingo hicieron su *Balance* anual dos Sociedades importantísimas: la que trabaja por lograr la abolición de la esclavitud y la que aspira, por la reforma de los aranceles de aduanas, á la consagración de la libertad de comercio.

Las dos publicaron su *Balance* ante un público numeroso y distinguido, y bien podian hacerlo. Oyendo al Sr. Azcárate encomiar los triunfos que las ideas libre cambistas, propagadas por toda España, alcanzan, no habia más remedio que convenirse de que los manejos de la proteccion y del monopolio no prevalecerán contra los que aman la libertad y procuran por el engrandecimiento del comercio y del país. Siguiendo al Sr. Labra en sus apóstrofes contra la abolición de la esclavitud, era preciso convenir en que los votos que se hacen por que la esclavitud desaparezca en toda la redondez de la tierra, se verán colmados en un término breve.

En la Asociacion abolicionista se verificaba tambien la recepcion del elocuente diputado brasileño Sr. D. Joaquin Nabuco, que entusiasmó al pú-

blico con un discurso lleno de imágenes brillantes, de generalizaciones admirables, de entusiasmo y color. La nueva campaña que ahora comienza, triunfará de la esclavitud y la condenará á perpetuo destierro.

Lo que hasta ahora se ha llamado calle de la Amargura, puede llamarse ya el camino de la Esperanza.

En la manifestacion de entusiasmo nacional que para solemnizar el centenario del grandramático de nuestro siglo de oro se prepara, la prensa debia tener parte principalísima, y la ha reclamado. La elocuente circular que la junta directiva ha dirigido á los periódicos españoles, merece aplauso. Tratándose de honrar á Calderon, el tributo de la prensa será tan entusiasta como valioso. El director de LA AMERICA, D. Eduardo Asquerino, ha ofrecido para esta empresa todo su concurso. La junta ha apreciado este ofrecimiento en lo mucho que vale, y ha resuelto que se asocie á ella el Sr. Asquerino.

Creemos que hablar de proyectos de solemnidad y fiesta, es prematuro.

Lo que sí parece resuelto es que se representará un *Auto de Fé*.

De seguro que el fiscal de imprenta quemaria de buena gana todos los periódicos para mayor propiedad del simulacro.

La cuestion del día, no es la de los quince, sino la de los sobabancos.

Hay quien los defiende, creyendo que vivir en un sobabanco es alcanzar una aproximacion en la lotería de la inmortalidad.

Hay quien los combate á pretexto de que con ellos las ciudades crecen, pero no engordan.

Recuerdo de un marqués muy rico y muy devoto que vivia en un sobabanco.

—¿Por qué este capricho tan raro?—le preguntaban.

—Porque cuando muera me será más fácil llegar al cielo teniendo andada la mitad del camino.

¡La nieve!... Madrid se ha vestido de blanco; los chicos de la calle se han entretenido en hacer bolas de nieve, símbolo de la calumnia; las inglesas han ido al Retiro á ver paisajes de azúcar piedra; se ha demostrado una vez más, que, como para los casos de incendio, nuestro municipio necesita un servicio para los casos de nieve; y niña inocente hubo que viendo hacer á un artista improvisado una estatua de hielo, dijo: «lo mismo que mi novio.»

Pero más expresivo es aun este dicho de un goloso.

—Quisiera que Madrid fuese de *chantilly*, para comérmele.

Arderius se ha retirado de la escena. Hace diez años nos parecia inmoral. Ahora nos iba pareciendo cándido. Dentro de diez años tal vez nos parezca poco canonizarle.

MIGUEL MOYA.

REPÚBLICA ARGENTINA.

CARTA DEL SEÑOR VARELA.

Tenemos mucho gusto en publicar la siguiente carta que nos dirige el Excmo. Sr. D. Héctor F. Varela, uno de los americanos más conocidos y apreciados en Europa.

«Señor Director de LA AMERICA.

Creeria faltar á un deber de conciencia, si hallándome á las puertas de España no levantase mi voz para protestar contra los juicios que algunos diarios de la Península emiten sobre la situacion general de mi patria—la república Argentina—y sobre los hombres que hoy se hallan al frente de los destinos, y toman parte ahora en la política militante del país.

Entre otros, que, como usted, señor Director, han tenido la galantería de brindarme sus columnas, he creído deber acoger LA AMERICA, por dos razones: primera, por el título simbólico que para mí tiene, y segunda, porque conozco el justo y merecido crédito que ha conquistado, no solo en el hermoso pedazo de tierra que lleva su nombre, sino aquí mismo en Europa, y principalmente en España, que tan importantes relaciones cultiva con el Río de la Plata.

Sea usted, pues, indulgente, señor Director, y dé hospitalidad á estos renglones, que no tienen otro objeto que establecer la verdad de los hechos.

Tratando de alejar la inmigracion, que á la república argentina se dirige de España, hay diario que ha dicho, «que aquel país ha caído en la más profunda anarquía; que el Gobierno que hoy la dirige ha sido impuesto por la fuerza; que su presidente, el general Roca, es un aventurero, que no tiene en el país otro apoyo que el de la fuerza de línea y el de los ladrones que le han ayudado á subir para vivir del presupuesto y de especulaciones repugnantes.»

Confieso, señor Director, que cuando estos, y

otros coros análogos he leído en algunos de los órganos de la ilustrada prensa española, no ha podido menos de sorprenderme, no tanto la facilidad con que se acogen semejantes absurdos, sino la ligereza imperdonable con que se repiten y se propalan, en daño de su crédito, y en mengua de un país que ha conquistado ya ante toda la Europa crédito, consideración, respeto y simpatías profundas.

En aquel país, como en España, hay partidos políticos que, en nombre de la hermosa libertad que allí reina, viven luchando constantemente por establecer su predominio y hacerse gobierno.

Ultimamente esos partidos fueron llamados á los comicios para elegir al presidente que debía reemplazar al doctor Avellaneda, que durante el período constitucional gobernó la república Argentina.

Desde que se inició la lucha, uno de los partidos militantes levantó la candidatura de D. Julio A. Roca, hombre de la nueva generación, inteligente, honrado, estudioso, amante de su país, y que, en distintas ocasiones, había revelado condiciones de hombre de Estado y hábil administrador.

Iniciada esta candidatura, no tardó en hacerse carne en toda la república, viéndose crecer con esa robustez sólida que constituyen las candidaturas verdaderamente populares.

Como opositor al general Roca, que no tenía mando, que estaba alejado del poder, que vivía tranquilamente en su hogar, se presentó, cínica y audazmente, el gobernador de la provincia de Buenos Aires, pretendiendo á todo trance, *bon gré, mal gré*, hacerse presidente de la república.

En torno suyo se agrupó el partido del general Mitre—partido que había sido completamente derrotado en la anterior lucha electoral, y que desde entonces vejetaba en la más completa impotencia.

En esta, su objetivo principal era, no tanto alcanzar el triunfo de Tejedor, sino impedir el de Roca; porque sabían de antemano que una vez en el poder los condenaría á seguir viviendo en la misma impotencia, anulando completamente al partido mitrista.

La perspectiva de la lucha, para éstos, era realmente halagadora.

La provincia de Buenos Aires es la más fuerte, rica, poderosa é importante de toda la República, y proclamándose su gobernador candidato á la Presidencia, comprendieron, que con el potente apoyo de los elementos oficiales, y con los tesoros de Buenos Aires, podrían realizar sus esperanzas, hacer triunfar la candidatura del doctor Tejedor, y ampararse del mando, del cual estaban alejados hacía ya doce años.

Sin embargo, nada de esto sucedió.

Hoy la república Argentina, ya no depende de Buenos Aires. Los otros trece pueblos, creciendo en importancia material y moral, con autonomía y voluntad propias, y pudiendo hacer valer libremente su voluntad, aceptaron la lucha en el terreno escogido por el gobernador Tejedor, y poniéndose de pie como un solo hombre, tomaron por bandera el nombre de Julio A. Roca, y bajaron á ella seguros de su triunfo, porque la inmensa mayoría estaba de su parte.

Llegado el momento oficial del escrutinio, ante el Congreso, no hubo ni el pretexto para la duda: doce provincias habían sufragado por el general Roca, y solo dos por el doctor Tejedor, quien, como he dicho á usted, era, en el momento de las elecciones, gobernador de la provincia de Buenos Aires, lo que importa decir, que pudo llevar á las urnas todo el peso y el poder de los elementos oficiales, que, como buen español, usted sabe, señor Director, lo que valen é importan.

La importancia política de esta derrota ante la existencia de los partidos militantes de la república Argentina, no estaba en haber anulado la candidatura oficial del doctor Tejedor, sino en haber reducido á la más completa de las impotencias al partido mitrista; partido fuerte por haber gobernado el país más de quince años, por la importancia de sus prohombres y por los elementos de opinión de que disponía.

¿Qué sucede en España, señor Director, cuando un partido es derrotado y condenados sus hombres á la impotencia?

Chilla, grita, se exaspera, halla malo, detestable, inicuo, todo cuanto hacen los vencedores; vé al país al borde del abismo; suspira por la hora feliz de la redención, y hace cuanto puede por desacreditar al partido que lo derrotó, y que, más feliz, más astuto ó audaz, consiguió llegar á la cima.

Pues, á fuer de descender de los españoles,—cuyas cualidades y defectos hemos heredado,—porque allí sucede lo mismo, ningún partido derrotado se conforma con su derrota, y mucho menos si ésta le condena á una impotencia segura, como ha sucedido en la república Argentina con el partido mitrista.

Leyendo sus órganos en la prensa, se creería, no sólo lo que han repetido algunos diarios españoles, sino que estamos en pleno bajo Imperio; que Buenos Aires es una Varsovia á la que no falta su verdugo; que aquello es una disolución completa, y que no existe en toda la redondez del globo un país más detestable y corrompido.

Afortunadamente, señor Director, no hay una sola palabra de verdad en nada de cuanto dice la prensa que, en mi patria, representa hoy al partido derrotado, y de cuyos exagerados, y á veces infames conceptos, recogen sus datos los diarios que

en España combaten la república Argentina, creyendo, de esa manera, contener la ola de inmigración que constantemente se agita entre los dos países.

Como una prueba de este aserto, en una próxima carta—si esta merece la hospitalidad que para ella pido—me haré un verdadero honor en dar á usted datos y cifras que prueben la marcha próspera de la república Argentina, su perfecta estabilidad, el crédito y la confianza que allí reinan, los progresos que realiza cada día, la simpatía con que cuenta el Gobierno que rige sus destinos y el porvenir que espera á la provincia de Buenos Aires con la elección que acaba de hacer, en la persona del eminente ciudadano, Rocha, para su futuro gobernador.

Agradeciendo á Vd. de antemano la inserción de esta primer carta, aprovecho complacido la oportunidad que se me presenta, de ofrecer á los señores redactores la expresión de mi simpatía personal.

HÉCTOR F. VARELA.

Lisboa, 21 Enero 1881.

LOS PRESUPUESTOS CONSIDERADOS

Á LA LUZ DE LA FILOSOFÍA.

(CONCLUSION.)

En cuanto al presupuesto de ingresos, habla con mucha elocuencia. A veces es una voz acusadora; á veces un gemido que se exhala del fondo del pueblo contribuyente. Todo hombre de Estado que se encuentre al frente de la Hacienda pública, debe tener en cuenta, siempre que trate de establecer cualquier género de impuestos, no sólo la materia imponible y la suma de los recursos nacionales, sino el carácter del pueblo donde hayan de hacerse efectivos, para que no choquen abiertamente con los hábitos, costumbres y tradiciones, ni susciten rebeldías ó provoquen resistencias. Cada pueblo, como cada hombre, tiene por una ley providencial su carácter genuino y su fisonomía propia en el escalafón de la especie humana. En la formación del uno y en la estructura de la otra, intervienen, á no dudarlo, la latitud geográfica bajo la cual se encuentra la raza á que pertenece, la naturaleza del suelo que ocupa, el aspecto y calidad de las producciones que le rodean, los estímulos á que obedece, las fuerzas íntimas y sentimientos que le animan, las viscosidades por que ha pasado en el transcurso de los siglos. Aunque todos los seres pertenecientes al linaje humano proceden de aquel portentoso troquel con que el Supremo artífice del universo acuña las generaciones, distínguense, sin embargo, unos de otros, en el orden moral por el distinto temple de alma; en el orden físico por ciertos signos exteriores que á cada uno de ellos individualizan. Lo mismo sucede en cuanto á las naciones, consideradas como entidades colectivas de la familia humana. El carácter de un pueblo es una facción del alma, que se dibuja en las costumbres públicas y se traduce en el idioma nacional. Puede modificarse con el tiempo y por el trato con otros países; pero nunca se extingue, nunca desaparece.

De todos modos, sea cual fuere el carácter, sean cuales fueren las costumbres de un pueblo, la razón aconseja y la conciencia exige que se eliminen de todo presupuesto de ingresos aquellas rentas que se funden en un principio de inmoralidad, que sean en extremo vejatorias á los contribuyentes ó que envuelvan un ataque á la libertad personal. En el número de las primeras (yo me atrevo á decirlo) figura la lotería. En el de las segundas, la contribución de consumos y derechos de puertas.

Consideradas las loterías á la luz de la razón y de la filosofía, son un juego de azar en que el Gobierno, constituyéndose en banquero, especula con la credulidad y la esperanza de los jugadores. La lotería relaja las costumbres, desmoraliza los pueblos, despierta en ellos y mantiene viva la afición á los juegos de azar, cuyas consecuencias suelen ocasionar la perdición y la ruina de las familias. Y juego por juego, tanto vale tentar la suerte en cualquiera administración de loterías, como en una de aquellas casas prohibidas por la ley.

La lotería, hace que el jornalero, el artesano, el proletario, en fin, que son generalmente los que más juegan, alucinados con la halagüeña esperanza de ganancias fabulosas á poca costa, lo fien todo á la suerte y nada al trabajo, á pesar de que éste es el pan alimenticio de las naciones. Influidos por el contagio epidémico del juego que despierta funestas y desatentadas pasiones en el corazón del hombre, se duermen soñando con los tesoros de Creso para despertarse frente á frente de la miseria, más desamparadas y con menos recursos que antes. Es la fábula de la lechera; pero la exasperación que suele producir el engaño, hace que con impiedad se rebelen no pocas veces contra la misma Providencia. Las loterías tienen algo de irreligioso, algo que recuerda los antiguos tiempos de la fatalidad gentilica.

¿Quereis proporcionaros productos? ¿Quereis conseguir ingresos? Pues apelad á otros medios de tributación de acuerdo con el honor y la moralidad; pero sostener por una parte el juego dándole hasta el carácter y la fuerza de una sanción oficial, y por otra imponerse el deber de perseguirlo, es á mi juicio un contrasentido que pugna con la razón y subleva la conciencia pública.

En cuanto á la contribución de consumos, no diré que deba suprimirse desde luego, y mucho menos tratándose de naciones esquiladas como la nuestra, que han menester de grandes, cuantiosos y extraordinarios recursos para hacer frente á grandes, cuantiosas y extraordinarias necesidades; pero sí sostengo, y lo sostendré siempre, que es cuando menos indispensable despojarla á todo trance de aquellos actos ofensivos y procedimientos vejatorios que la hacen odiosa, insoportable y depresiva. No hay que hacernos ilusiones; la contribución de consumos es desigual en su esencia, porque grava de un modo desigual á los consumidores de determinados artículos; es injusta, porque se adopta en ella por base del impuesto la población, en vez de fijarse por tipo regulador la producción, como lo exigen los buenos principios de la ciencia económica; es irregular, y en cierto modo incoherente, porque permite que su cobranza pueda hacerse por cualquiera de estos tres sistemas: por el fisco, por la administración ó por encabezamiento; es una restricción del libre tráfico, porque establece fletos que detienen en su tránsito los artículos y especies alimenticias destinadas al consumo: es un ataque á la libertad personal, porque marca el camino á la ruta que han de seguir los abastecedores y hasta las horas en que hayan de introducirse las subsistencias en los pueblos de más ó menos vecindario; y es, en fin, vejatoria, porque autoriza, y no puede menos de autorizar á sus gentes, para hacer pesquisas minuciosas é investigaciones casi inquisitoriales que ofenden la dignidad del productor, ponen la protesta en los labios de los consumidores y preparan los ánimos para demostraciones tumultuarias que suele reprimirse con los expresivos argumentos del sable y del cañón.

Bien sé que en algunos países, por una costumbre inveterada, suelen pagarse las contribuciones indirectas tal vez con menos violencia que las directas de nueva creación que tienen á su favor el apoyo de la ciencia económica, porque el vulgo no ve, aunque sienta, la mano que percibe. Pero es preciso confesar, que cuando aquellas se exageran y extreman, llegan á ocasionar peligrosos choques y terribles conflictos, y á poner en abierta pugna á los consumidores que sufren, con el productor que también padece, suscitando una especie de antagonismo anómalo y angustioso entre el consumo y la producción.

En algunos países del continente europeo, cuyos Gobiernos se precian de civilizados y prepotentes, las cuestiones económicas han dado origen al socialismo que con tanta audacia acaba de levantar allí la cabeza en son de guerra y venganza, haciendo un llamamiento á los malos instintos de las clases proletarias. Tales son los resultados que traen siempre las cuestiones económicas, cuando á su debido tiempo no se acude á satisfacer con patriótica solicitud las justas exigencias de la opinión y las apremiantes necesidades de los pueblos.

Así ha sucedido en los gigantescos dominios del autócrata moscovita, semi-europeos, semi-asiáticos, y bajo el cetro, del emperador de Alemania. Aquellos Gobiernos ciegos y desatentados, obedeciendo más que á los consejos de la sana razón, á la voz de su iracundo despecho, se figuran que con crueles castigos y con fieras amenazas podrán contener los extragos del contagio que deploran y exterminar al monstruo que los amenaza y desafía. En vez de descender á investigar la verdadera causa del fenómeno que presencian, para hacer que desaparezca á beneficio de grandes, fecundas y saludables reformas económicas y sociales; en vez de proceder á una especie de autopsia de los diferentes y complejos elementos que se contienen y fermentan en las entrañas del cuerpo social, para descubrir el origen de la ponzoña de donde proceden los poderosos estímulos que dan pábulo á la fiebre de las malas pasiones, se contentan con fulminar decretos de persecución y de muerte.

Sin embargo, en los apuros, escaseces y padecimientos económicos y sociales de las clases productoras y del proletariado de Rusia y Alemania, que se traducen en sus respectivos presupuestos de gastos é ingresos, se halla en gran parte la explicación, aunque la disculpa, de los recientes atentados y planes subversivos de la escuela socialista, á que ha dado vida el profundo malestar de unas clases generalmente pobres y condenadas á dolorosos sacrificios.

Si no fuera por el odio que inspira el despotismo y los cuantiosos tributos inherentes al Gobierno autocrático, quizás el nihilismo no hubiera hecho en Rusia tantos prosélitos. Si el Imperio alemán no abrumase á las clases productoras, como lo hace, bajo el peso de una coacción sistemática, de exorbitantes exacciones y de una carga superior á sus fuerzas, no hubiera tomado allí el socialismo las alarmantes proporciones que hoy tiene. Quien siembra malas semillas, recoje frutos ponzoñosos.

Los presupuestos de uno y otro imperio son una prueba de esta verdad y un testimonio evidente del gran desequilibrio que existe en Rusia y Alemania entre las fuerzas que consumen y las que producen; desequilibrio que pone, bajo malélicas influencias, en manos de conspiradores desatentados la tea del incendiario y el puñal del regicida.

El mismo príncipe de Bismark ha confesado la existencia de ese desequilibrio, sin proponer los

medios de conseguir que desaparezca, cuando declaró ante las Cámaras, que Prusia tenía que continuar armada hasta los dientes para imponer respeto al mundo con sus cañones, y tener á raya á las potencias limítrofes, á quienes había vencido y cuyos Gobiernos no han perdido la esperanza de tomar en su día un completo desquite y una solemne reparación.

Pero lejos de buscar en el apoyo de la opinión, en la gratitud de los pueblos y en la virtud de saludables reformas, la fuerza nacional que necesita, ya para asegurar sus triunfos diplomáticos y conquististas, ya para reducir á la impotencia al socialismo, se desencadena contra la libertad de imprenta, proscribiendo los derechos del pensamiento, suprime periódicos, disuelve *ab irato* asociaciones y aspira nada menos que á extirpar de la mente humana las ideas que condena, como se arranca la vil zizana de un campo de doradas mieses. ¡Extirpar las ideas! ¡Qué absurdo! ¡Qué atentado!

La idea, don del Criador, no le ha sido otorgada al hombre por el Supremo Artífice del Universo para que muriese antes de nacer, ni quedase sujeta á todos aquellos martirios y mutilaciones que conviniesen á los poderes constituidos ó á los hombres ambiciosos que se apoderan del mando por la violencia ó la intriga, en épocas de revueltas y tiempos de decadencia. No, no; la idea, buena ó mala, necesita producirse como el fruto contenido dentro del receptáculo de la flor; como la luz que irradia de la inextinguible hoguera del sol. La idea, considerada en absoluto, es de suyo múltiple, invasora, impresionable. Proteo inextinguible, toma toda clase de formas, en proporción de los obstáculos que encuentra y según lo exigen las necesidades intelectuales del mundo político y social. Cuando lucha con la tiranía se desliza entre los labios en protestas anónimas, se traduce en los sonidos, se significa en el silencio mismo, que á veces suele ser más elocuente que las palabras. Toma por intérpretes el mármol, el bronce, todos los materiales de la naturaleza. A falta de otros órganos ó instrumentos de publicidad, emplea los pinceles, el cincel y hasta los signos musicales. Cuantos más esfuerzos se hacen para sofocarla, brota con mayor violencia, y entonces no es ya el río que deslizándose mansamente riega y fertiliza los campos; es el torrente desbordado que rompe, destruye y devasta cuanto encuentra y se opone á su camino. Es la pólvora encerrada que estalla con atronadora explosión.

Empeñarse en encerrar la expresión de las ideas que se consideran perjudiciales, en un círculo de hierro para que no puedan comunicarse, ni ser objeto de exámen y materia de discusión, es obrar como procedería el que por temor al abuso, tratase de encerrar á un hombre en su domicilio para impedirle el ejercicio de su libertad de acción, quisiese amarrarle los brazos para que no pudiese maltratar con ellos á sus semejantes; procediese á ponerle un candado en los labios para que no llegase á proferir calumnias, injurias ó blasfemias. La propaganda de las ideas perniciosas no se previene, combate ni destruye con el grillete del presidario y la cuchilla del verdugo, sino oponiéndole como antídoto, el saludable influjo de otras sanas, fecundas y luminosas. La libre discusión labra el descrédito de los errores y pone en evidencia la verdad. Del choque que resulta entre principios y principios, entre opiniones y opiniones, entre sistemas y sistemas, brota la luz, como brota la chispa eléctrica del duro pedernal al rudo golpe del acero eslabon.

Ahora entro en la parte para mí más difícil y tal vez más comprometida, porque tengo que aplicar estos principios de un modo concreto á nuestros presupuestos. Y no hablo de los presupuestos de hoy, ni de los de ayer, sino de los presupuestos que vienen examinándose y discutiéndose... mal digo: que no se examinan ni se discuten por los Cuerpos Colegisladores.

Examinando nuestros presupuestos con el criterio de una sana razón y á la luz de la filosofía, se descubre en ellos grandes problemas económicos y hasta sociales, de cuya pronta y acertada solución depende la salud del Estado. Y ¿qué se ha hecho hasta hoy para resolverlos como aconseja la más vulgar prevision, lo exigen las imperiosas necesidades del pueblo contribuyente y lo demandan á voz en grito las clases proletarias que ganan el pan con el sudor de su frente? ¡Dolor causa decirlo! En vez de reducir á todo trance, sin perdonar desvelos ni sacrificios, las pesadas cargas que nos abruma, se aumenta cada día la suma de las exacciones, se nos exigen mayores sacrificios y se gravan con nuevos recargos los artículos de primera necesidad, destinados al consumo, con lo cual se hace la vida material más difícil y costosa.

Lo he dicho varias veces y lo repito ahora. El pueblo español es un país pobre, de escasa industria, cuyos artículos y artefactos no pueden competir con los de aquellos grandes emporios que caminan al frente de la civilización; de un comercio exiguo; de poca ó ninguna importancia en el mundo fabril, y cuyos campos—teatro de nuestras lamentables discordias y continuas guerras civiles—conservan todavía recientes señales de la sangre que ha corrido y de las devastaciones que hemos presenciado. Para formar una idea exacta acerca de la verdadera situación económica y de los recursos con que cuenta el pueblo español,—no hay que fijar los ojos en las regiones oficiales, donde se disfruta de las delicias de Cápua, sino

recorrer los distritos rurales y penetrar en el interior de los pueblos de la Península. En muchos de ellos aparecen sus naturales, medio desnudos, cubiertos de toscos harapos; se alimentan con pan de borona; se albergan en informes covachas, privadas de aire y de luz; duermen sobre el duro suelo ó sobre montones de paja, revueltos con los animales domésticos y bestias de labor, ofreciendo un repugnante espectáculo de miseria, atraso y abandono, que deja luto en el corazón, llanto en los ojos.

Para beneficiar los elementos de riqueza del pueblo español, hoy como perdidos, y los recursos en embrión que posee, serían indispensables prodigios de solicitud, de patriotismo, de abnegación. Desgraciadamente nuestros gobernantes—y no hablo de los actuales, ni de los anteriores, sino en general,—solo piensan en sostenerse á todo trance en el mando, en perpetuar su dominio y en defender los puestos que ocupan contra las oposiciones que les combaten, y no cesan de disputárselos en vez de consagrar todas las facultades de su inteligencia, toda la fuerza de su voluntad, á la fecunda tarea de arbitrar grandes recursos para encauzar nuestros ríos, que en verano son un hilo de plata y en invierno se convierten en torrentes impetuosos que todo lo devastan, ocasionando inundaciones como las que hoy lamentamos; para crear colonias agrícolas, para fundar Bancos populares, para abrir canales de riego, para sanear pantanos, para construir caminos vecinales por donde los frutos de los centros de producción pudieran ser trasportados á las grandes arterias de los caminos de hierro, con destino á los mercados de dentro y fuera del reino, para hacer sentir, en fin, en todas partes la mano que vivifica, fecundiza y regenera.

¡Locura! Verdadera locura sería proponerse formar un juicio exacto acerca de la riqueza imponible del pueblo español, de sus fuerzas productoras y de sus recursos, por el espectáculo fantasmagórico que presenta la capital de la monarquía. Aquí hay mucha apariencia y poca realidad; paz octaviana en la superficie y fuerte marejada en el fondo. Esa misma prosperidad de que al parecer disfruta, es una prosperidad ficticia, engañosa, detrás de la cual se ocultan grandes miserias y dolorosos infortunios. Sí, detrás de esos magníficos trenes que recorren nuestras plazas, calles y paseos; detrás de esos palacios, que hacen construir algunos capitalistas improvisados, poseedores de una fortuna cuyo origen se ignora; detrás de esos festines (algunos de los cuales recuerdan el de Baltasar) se multiplican y acrecientan las estafas, se falsifican los valores del Estado, se defraudan los intereses del Tesoro por medio de desfalcos y de concusiones, y una bandada de acreedores llama en vano á las puertas de muchos que viven al parecer en medio de la abundancia y de la opulencia. Y al contemplar un espectáculo en que compiten la vanidad y la corrupción; al medir la inmensa distancia que hay entre ese lujo vertiginoso—que trastorna las cabezas y que hace que cada cual gaste más de lo que puede—y la angustiosa situación de miseria, pobreza y abandono en que están sumidos la mayor parte de los pueblos de la Península, se recuerda involuntariamente las agonías del Bajo Imperio, donde una generación cae y enervada por las cadenas de la tiranía, bajo el influjo deletéreo de una civilización fastuosa é impotente, veía impasible entre fiestas y regocijos acercarse á las puertas de Constantinopla las formidables huestes de Mahomet II, destinadas á clavar el estandarte de la media luna sobre la basílica de Santa Sofía.

¡Ah! ¡Es que la libertad y la independencia nunca, nunca pueden defenderse ni salvarse por gentes sumidas en el fango del vicio y entregadas al libertinaje? No; se necesita, como ha dicho muy bien un poeta moderno, para que el Dios de la libertad é independencia,

«Sea y se muestre á una nación propicio:
para apoyo y sosten de los derechos
robustos brazos, vigorosos pechos,
que adoran la virtud y odian el vicio:
nunca gente estragada, gente artera,
en quien se abriga un corazón de cera.»

Eso no quiere decir que el pueblo español haya perdido aquellos nobles y generosos sentimientos que brillan en nuestras crónicas nacionales y que le hicieron grande en las épocas de su gloria, y más grande aún en los días del infortunio. No; aunque se ha procurado torcer su carácter y viciar sus magnánimos instintos, siempre que en trances supremos se haga vibrar cualquiera de las robustas fibras de su poderosa organización moral, el león de España despertará del letargo en que estuviese sumido, y contestará con actos de valor, patriotismo, abnegación y caridad cristiana, como respondió á la voz de Dios los elementos de la naturaleza y las funciones del universo.

La verdad es que cada día se disminuyen nuestros recursos y se aumentan nuestros apuros. Así se explica: la parálisis de muchas fábricas que sostenían un gran número de obreros; la desaparición de importantes industrias que gozaban de vida propia y las continuas y crecientes emigraciones á Francia, Argel, América y otros países, que aumentan con descrédito nuestro, la alarmante despoblación del Reino. Según datos estadísticos que he tenido á la vista, más de 25.000 españoles, acosados por el hambre, han ido recientemente á ofrecer sus servicios á las autoridades

fronterizas y á los centros de producción de los Bajos Pirineos. En Valencia y otros puntos, casi casi no pueden labrarse los campos ni recogerse las cosechas por falta de brazos.

En vez de aumentarse nuestra población rural y nuestros talleres industriales con afluencia de extranjeros, emigra periódicamente un gran número de españoles, por no tener en qué emplear sus fuerzas, su inteligencia, su actividad. Se malgastan los recursos de la nación en vanos simulacros, en obras superfluas, en espectáculos pueriles, que vienen á ser un insulto á la miseria pública.

Lo digo, con la sinceridad y con la independencia propias de mi carácter: Por el camino que se sigue—y téngase bien presente,—no se llega á las puertas de la redención, sino que se marcha en busca de la muerte.

FERNANDO CORRADI.

EL ARTE CRISTIANO.

En el arte pagano, *Enfrantor* pintó los doce Dioses, á *Teséo*, dictando leyes, y asimismo las batallas de *Cadmea*, de *Leuche* y de *Mantineia*.

Polignoto había figurado sobre las paredes del templo de *Delfos*, el *Saqueo de Troya* y la *Bajada de Ulises á los Infiernos*.

Apeles representó á *Venus Anadiomedes*, por el original de *Campaspe*.

Etion pintó las bodas de *Alejandro con Roxana*.

Teuxis había tomado por asunto de sus principales obras á *Penelope*, *Elena* y el *Amor*.

Thiamantes hizo el *Sacrificio de Itigenia*, que colocó en la solitaria cumbre de una montaña.

El arte cristiano se consagró también á enaltecer en sus cuadros el *Sacrificio de Abraham*, en otra cumbre, la de *Moriah*, según algunos intérpretes, donde se levantó más tarde el *Templo de Salomon*, según otros, el *Calvario*.

Abraham se dirigió á *Jerusalen* desde *Betsabé* donde habitaba, y llegó después de dos días de camino. Sara conservaba aun su hermosura á la edad de noventa años, su gracia sedujo á *Faraon*, y prendó después al rey *Arimelec*; Sara vivió ciento veintisiete años.

Benedelso Castiglione pintó algunos de los viajes de Sara con *Abraham*.

Rafael expresó en las salas del *Vaticano* el momento en que se rie Sara de las promesas de próxima maternidad hecha por los ángeles hospedados en la tienda de su esposo. Otra obra posterior del ilustré artista ostenta con más viveza la incredulidad de Sara.

Un cuadro en extremo notable sobre el mismo asunto, fué compuesto por *Sebastian Bourdon*, pintor de la escuela francesa.

El *Vaticano*, la *Capilla Sixtina*, las *Catacumbas de Roma*, las puertas del *Baptisterio de Florencia*, el *cementerio de Pisa*, las fachadas y las vidrieras de nuestras antiguas iglesias, las *Biblias* y los *Misales góticos* representan el arte cristiano en toda su grandiosidad y su pureza. Pintores ó escultores han expresado sobre telas inmortales, ó grabado sobre la piedra la imagen de nuestra primera madre, algún paso de la vida de *Eva*, su creación, su tentación, su caída y su penitencia.

Los goces y las desgracias del *Edén* han inspirado á genios creadores como *Miguel Angel*, *Murillo* y *Rafael*, y á otros no tan eminentes artistas, pero muy notables, como *Cimabné*, *Nicolás de Pisa*, *Chiverbo* y *Angélico*. Entre estos prodigios resalta, por la sublime expresión del rostro y la majestad de las cabezas, por la grandeza armónica de la composición, un cuadro del *Dominiquino*, que ha conquistado universal fama. Descuella la gran figura de Dios que condena la desobediencia del hombre; Adán lanza la acusación contra su mujer, y *Eva*, á su vez, pretende escurrir su falta y su debilidad, fascinada por la serpiente. En esta triple actitud se revela el talento del *Dominiquino*, que logró expresar la inquietud marcada, la ansiedad profunda de nuestros primeros padres, temerosos de oír la voz del Supremo Juez que los impone la sentencia que han merecido, por haber violado sus preceptos, y el conjunto es admirable por el efecto que produce en el ánimo, el delicado sentimiento que resplandece en esta obra magistral, en que la severidad del Eterno refleja un resplandor divino de clemencia, iluminando la vía celeste, para que puedan ascender en alas de la inocencia y del arrepentimiento las almas extraviadas en las tinieblas de la vida.

El célebre *cementerio de Pisa*, rodeado de extensas galerías, contiene numerosos cuadros pintados al fresco, que patentizan la inspiración ferviente de los diversos artistas de los siglos *xiv* y *xv*, que han inmortalizado los principales sucesos de la historia sagrada. El *monge Gozzoli* adornó los frescos del campo-santo con asuntos de *Rebeca* y la historia de *Job*, que pintó él mismo, rica de gracia y de delicadeza, no es de menor mérito que las *Bodas de Jacob y de Raquel*, el *Juramento hecho en Galaad por Jacob y Laban*, y su *Vision de la escalera misteriosa*. Este monje fué un gran artista; su fé religiosa, sincera sin duda, hizo brotar de su pincel obras admirables.

Buffalmacco representó la *Creación*; todos los grandes hombres del Testamento antiguo se presentan allí iluminados por las llamas del genio.

Rafael pintó en las salas del *Vaticano* á *Raquel*

naciendo beber á sus ganados, despues que Jacob hubo removido la piedra que cubria la embocadura del pozo.

Muchos episodios de la vida de Raquel fueron expresados en el siglo xvi por Esteban de Saume, y uno de ellos termina por el trabajoso parto, del cual murió, dando á luz á Benjamín.

El Pusino y Pedro de Artona han hecho aparecer á Raquel sentada sobre los ídolos de sus padres cuando la buscaban, y escusándose de no poder levantarse.

El Pussino ha representado la historia de Ruth, cuando coge espigas en el campo de Booz. Es una obra maestra de arte. Su Invierno, en el cual figuran el Diluvio, el Estío y la Siega, es una de las cuatro estaciones, de esos cuadros que dan la animacion y la vida á escenas de la historia santa.

Judit, la gran heroína, ha sido inmortalizada por los más célebres maestros del arte: Miguel Angel presenta á Judit habiendo puesto sobre un plato la cabeza de Holofernes cubierta con un lienzo que entrega á su criada. Arroja la última mirada sobre el cadáver, para asegurarse de que ya no vive el tirano.

Rafael ha elevado á Judit á la más alta esfera del género sublime. Se mantiene en pié apoya la sobre su espada, hollando la cabeza.

Rubens, el gran pintor, reproduce dos veces este asunto en composiciones llenas de vigor y magníficas de colorido.

Un manuscrito del Vaticano, que se remonta al siglo ix, ostenta la historia de Judit pintada en miniatura.

Guido hace que la heroína levante la mirada al cielo con admirable sentimiento.

Horacio Vernet la colocó en una actitud dramática y original. Judit mira á su víctima con un valor mezclado de terror, y se prepara á levantar el sable que ha de cortar su cabeza. Este cuadro adorna el nuevo Luxemburgo.

El Dominiquino fijó la situacion de Judit, en el momento que muestra la cabeza que acaba de cortar.

Cárlos Moratta dió á Judit una expresion grandiosa, un movimiento de efecto sorprendente. Tiene en su mano la cabeza cortada, y mira gotear la sangre. La observacion fria y filosófica se combina con el heroísmo trágico.

Lope de Vega dedicó á la memoria de Judit inspiradas estrofas:

Cuelga sangriento de la cama al suelo,
el hombre diestro del feroz tirano,
que opuesto al muro de Betulia en vano
despidió contra sí rayo del cielo.

Revuelto con el ánsia el rojo velo,
del pabellon á la siniestra mano,
descubre el espectáculo inhumano,
el tronco horrible convertido en hielo.

Vestido Baco el fuerte arnés afea,
los vasos y la mesa derribada,
duermen las guardas que tan mal emplea,
y sobre la muralla custodiada,
del pueblo de Israel la casta hebrea
con la cabeza resplandece armada.

¿Quién no recuerda á la sublime trágica Ristori que caracterizó á la Judit con propiedad asombrosa? ¡Qué sobriedad desplegó de actitudes eminentemente dramáticas! ¡Cómo blandía su delicada mano el fuerte acero! Su gran talento la identificó con la gran hebrea. ¡Con qué gracia y majestad se envolvía en su manto! En todos sus detalles se revelaba la inteligente artista.

Eustaquio Lessueur ha representado á Tobias, quemando el hígado de pez, y rogando con Sara para arrojar de sí al demonio Asmodeo. Es un cuadro que resalta por el vigor de la expresion, y lo esquisito del sentimiento.

Rafael dió al Angel por guia á Tobias; Martin de Vos y Agustín Camacho, han caracterizado algunas circunstancias de la vida de Tobias.

El Papa Leon III hizo pintar en los ornamentos de la iglesia de San Pablo en Roma, los principales pasos de San Joaquin y de Santa Ana.

Una obra muy bella del francés Antonio Dieu, fué la pintura de la Madre de los Macabeos exhortando á un hijo al martirio; pertenece al siglo xvii.

Rafael hizo algunos diseños maravillosamente reproducidos por el buril de Marco Antonio.

Beatriz de Arlés ganó en Roma en el siglo xii ó xiii el premio por su nobilísimo cuadro de Susana.

Esther ha sido objeto del culto artístico de Tintoretto, Dominiquino y Pablo Veronés; Perusino eligió el momento en que Ester acaba de entrar en el aposento de Asuero y cae desvanecida en brazos de sus doncellas, antes de haber podido proferir una sola palabra. Asuero, sentado sobre el trono y con el cetro en la mano, parece tan sorprendido de la presencia de Ester, como comovido de su desmayo. La composicion de este cuadro es admirable. Se destaca la figura de Ester en su desvanecimiento, que produce un efecto bellísimo; su cabeza, sobre todo, es ideal y contrasta con la majestad llena de nobleza de Asuero.

Antonio Coyper pintó un cuadro de marcado relieve, cuando el gran sacerdote, despues de haber most-ado Joas á Atalía, la hace prender por sus soldados y conducir fuera del templo.

La piedra y el acero, las vidrieras de las catedrales góticas, los más ricos museos, en sus preciosas telas, han contribuido á enaltecer la virtud de José, cuya historia revela que el génio del mal y de la tentacion no puede vencer al alma del jus-

to que sabe dominar las pasiones sensuales ante el altar del deber.

¡Qué tipos magníficos de la Virgen han trazado los divinos pinceles de Murillo, Rafael, Rubens y Miguel Angel! La visita de María á Isabel, la Virgen de la silla y todas las Vírgenes de Rafael, son un tipo sublime. Murillo, que pintaba de rodillas á la Madre de Dios, supo elevar sus concepciones al más bellísimo ideal; Miguel Angel la presentó con el mágico poder del génio; Rubens hizo grandiosos prodigios de arte en los retratos de la Virgen, que inspiró á Andrés del Sarto en sus excelentes y dulces composiciones de la Sacra familia.

Cimabué y Alberto Dureró sobresalieron en las composiciones consagradas á María; el Peruginó, Carradine y el Pusino, iluminados por su piedad, remontaron su vuelo artístico á las celestes esferas para retratar á María, y Lessueur expresó de un modo patético y noble el dolor profundo de la Virgen al pié de la cruz, al mismo tiempo que destella los célicos resplandores de su fé vivísima y de su santa resignacion.

Se cita un retrato de la Virgen del evangelista San Lucas. La Asuncion, del Pussino, se distingue por la rica armonía de la composicion.

Bottari, en sus bajo-relieves, presenta la mision de Moisés, ya puesto de rodillas sobre la montaña, alzando las manos al cielo, ruega por su pueblo durante la batalla contra los Amalecitas, ya muestra á los Israelitas precipitándose á apagar su sed; y en la parte interior del Sinaí recibe las Tablas de la Ley de una mano que sale de una nube. Las láminas que contienen los tomos de la obra de Bottari, retratan á Moisés, viejo, extendiendo la mágica vara sobre el mar Rojo, donde se anegaban los egipcios, y á Faraon arrastrado por cuatro caballos que se sumerge en el mar.

En otro bajo-relieve el Dios del mar Rojo, tendido sobre la costa con un cuerno de abundancia, vió de lejos dos arcos que parecen representar una ciudad, y advierte á Faraon que no se arriesgue en sus aguas.

En otro empieza la accion, algunos hombres desaparecen en sus ondas, en la orilla opuesta; terminada la accion, los israelitas han marchado, solo se descubre su retaguardia y Moisés, que contempla en pié la escena, apoyado en una vara.

Magdalena, en el descendimiento de la cruz; en el noli me tangere, es una composicion de belleza incomparable de Lessueur, su filosofía religiosa y la expresion de ternura respetuosa, se armonizan admirablemente, las lágrimas surcan sus mejillas, y sus labios besan los piés sangrientos del Salvador.

Cánova inmortalizó en el mármol el dolor profundo de Magdalena, las lágrimas amargas que han ajado aquel bello rostro en la soledad del desierto, donde la penitente eleva su espíritu purificado de terrenales pasiones en alas del amor divino.

El Cristo de Miguel Angel, en la Minerva, una de las iglesias de Roma, excita la admiracion, el respeto y la piedad; pero la obra más patética y sublime, escrita en la piedra, es la que representa al mártir del Gólgota, despues que ha descendido de la Cruz, y le sostiene y estrecha en sus brazos su divina madre. Jamás el mármol ha idealizado una escena tan patética y dolorosa como la que inspiró el génio religioso y eminentemente astístico de Bernini. En la cripta de una capilla de San Pablo, si el recuerdo nos es fiel, el ciceroni ilumina el grupo adorable, de tamaño natural, con una linterna, y el mármol palpita, y respira, y parece que vá á hablar, y el pensamiento y el alma se recogen en contemplacion muda y en éxtasis inefable ante la obra de arte tan perfecta, que revela las más grandes angustias del corazon maternal. Inmenso duelo y expresion sublime.

¡Qué pureza y diafanidad la del mármol que Bernini ha espiritualizado, para trasmitir á las generaciones el culto sacrosanto de la resignacion en el sufrimiento, y la esperanza humana de la resurreccion, de la redencion humana!

Lo que aparece más bello en la pintura del Juicio final de Miguel Angel, es el grupo de mujeres colocado á la derecha de Cristo, que se elevan de la tierra y se remontan al cielo, sin alas y sin el auxilio de los ángeles que las sostengan y las ayuden á subir; antes por el contrario, ellas ascienden por su propia virtud, como si sus sufrimientos, como mujeres, las hubieran libertado de este peso que liga á los hombres á la tierra. Y no se contentan con alzar su vuelo solas á la celeste morada, sino que generosas y llenas de abnegacion, ayudan á subir á los hombres, á sus hermanos, á sus hijos, á sus padres, á sus amantes, que se apoyan en sus espaldas, sobre su seno, indicando la maravillosa propiedad que tienen estas mujeres de elevarse, como se elevaria un cuerpo más ligero que el aire, el globo, por ejemplo, del aeronauta, despues que ha roto los lazos que lo sujetan fuertemente.

Parece que Miguel Angel, al pintar á estos seres, animados de este espíritu de caridad que les hace salvar á los objetos de su amor, y ascender con este divino peso á los cielos, reemplazando su atraccion hácia la tierra, quiso expresar con un arte ideal la naturaleza particular de la mujer en el mundo, sometida en su condicion á la voluntad de su esposo ó de su padre, ocupando un puesto subalterno en la sociedad; pero redimida, cuando resonará la trompeta del Juicio final y Cristo,

este rey de equidad divina, resplandecerá sobre su trono, escoltado por los ángeles

Ley de compensacion admirable, porque el cristianismo no destruyó completamente la esclavitud de la mujer, pero quiso restablecer el equilibrio, la justicia y la igualdad, diciendo á la esposa: «sirve á tu marido, que es tu dueño, aunque sabes en el fondo de tu corazon que la obediencia ciega no es el amor, por más que nada sea más querido al amor que la obediencia.

El culto de la Virgen, tan ferviente desde el siglo xiii, hasta el xvi, fué evidentemente la sancion de la igualdad de los dos sexos; pero no es ménos cierto que San Pablo, al explicar la gran palabra de la Biblia: «vosotros sereis dos en una misma carne, añade: Mulieris caput vir; ordenaba fidelidad al marido, pero da á este el imperio, la dominacion sobre la mujer.

San Agustin terminó un sermón sobre el casamiento, para demostrar á las mujeres que el verdadero matrimonio es el que ellas deben contraer en la celeste Jerusalem. Todos los prelados cristianos han predicado lo mismo: Dios conoce el secreto de tu alma dotada del sentimiento sublime de la abnegacion y del amor, y guarda para tí el amante más grande, más bello y más divino de todos. Guárdale solamente tu fé, y tú lo verás algun dia. Tú serás la esposa de Cristo.

Y Miguel Angel tradujo este pensamiento en su Juicio final, elevando las mujeres al cielo como el hierro es atraído por el iman.

El escultor Bergonzoli, muerto para el arte que embellecia su privilegiado talento, presentó en la Exposicion de Milán Los Amores de los Angeles, grupo magnífico: uno de los ángeles, de pié, vuelve sus esbeltas y delicadas formas en actitud difícil y admirable hasta colocar su encantadora cabeza en contacto con el rostro bellísimo del otro ángel. Es un prodigio del cincel, que domina el mármol como si fuese cera, para revestirle de tan ideales atractivos y animarle de expresion tan celeste.

Ya lo hemos dicho El arte cristiano hace brillar el elemento material, lo bello, subordinado al elemento esencial, lo verdadero, divinamente encarnado en el elemento vital ó espiritual, el bien.

EUSEBIO ASQUERINO.

ESPAÑA Y SUS COLONIAS.

ARTÍCULO II.

El partido clerical se mostró enérgico y valeroso despues de su pequeña y fácil victoria, y ojalá se hubiera contentado con esto. Pero, es el caso que, bien por que se creyera seguro, bien por que considerase su aquella como anuncio de otras más importantes, bien por que esté en su naturaleza, bien por no perder la costumbre de ser duro y feroz en la persecucion, cometió varios actos de crueldad inaudita con los prisioneros. Tambien se ha visto que despues de su pequeño éxito estableció la intolerancia religiosa en el Valais, á lo cual contestó el canton de Argovia pidiendo la expulsion de los jesuitas de todo el territorio helvético. Quedó esto compensado por la determinacion que tomó el gran Consejo de Lucerna, de tratar con la Compañía de Jesús para ver de confiarle la direccion de su colegio y de su seminario, añadiendo una série de medidas legislativas á consecuencia de las cuales un gran número de protestantes se veian en la precision de emigrar. Como era natural, estas medidas no hicieron más que aumentar la grandísima irritacion que ya existia en la mayoría de los cantones contra el partido clerical y la Compañía de Jesús; pero aquella llegó á su colmo cuando, despues de varias conferencias tenidas en Baden-Rothen, el Valais se decidió á entrar en el Sonderbund. Formóse esta nueva confederacion de siete cantones, teniendo por objeto nada ménos que deshacer la federacion Suiza. Las cláusulas del tratado de alianza eran contrarias á las leyes de esta. En tal estado las cosas, comprendieron los suizos que habia llegado el momento de obrar y de hacer cumplir la ley, siquiera fuera preciso emplear la fuerza. Se hizo eco de la opinion el canton de Zurich presentando una proposicion pidiendo se disolviera inmediatamente el Sonderbund. Un nuevo triunfo, aunque no de mucha duracion para los Padres; sus trabajos é influencia con los hombres que gobernaban el canton de Ginebra, consiguieron que Zurich se quedara en minoría; pero la victoria les fué perjudicial. En virtud del resultado que habia tenido la votacion, se verificó un movimiento en el canton de Ginebra, y los hombres que formaban el Gobierno y transigian con los Padres, fueron arrojados del poder. Se estableció un gobierno poco simpático á los jesuitas, y el canton de San-Gall, que habia estado indeciso, se puso al lado de los enemigos del partido clerical. Antes de acudir á la fuerza se dirigió una proclama á los cantones que formaban el Sonderbund, y se nombraron comisarios especiales que se entendieran con las personas que estaban al frente de esta nueva confederacion, para que les propusieran medios conciliatorios á fin de evitar una lucha que tan perjudicial pudiera ser á la pátria. Todo inútil: se negaron á dar oidos á toda proposicion conciliatoria, y no fueron ménos sor-dos á las excitaciones que á nombre del interés de aquella se les hicieron. Hablando en puridad, los

cándidos eran aquí los cantones opuestos al Sonderbund. ¿Qué les importaba á los Padres el interés de la patria, si ellos no la tienen? Lo que es lo mismo: la suya está donde se hallan los intereses del Papado. ¿Pues no se ha condenado, más de una vez, por teólogos y místicos este sentimiento, sosteniendo que es una pasión carnal y terrestre, y que el que aspira á la perfección es preciso se desprenda de ella como de las demás afecciones? ¿Pues cómo no han de condenar este sentimiento, cuando se ha condenado explícitamente el cariño á los padres y á la familia? ¿Pues no se nos ha pintado, como acto de suma virtud, el de algunos seres que, después de su muerte fueron declarados santos, el haberse negado á recibir el padre que les dió el sér ó la madre que les llevó en sus entrañas! ¿Pues no se ha alabado en Madrid mismo la abnegación de algun Padre de la Orden que evitaba el trato con su familia porque, según él, sus amores estaban en el cielo, y todos los fieles constituían aquella, mientras que la afección que la naturaleza le había dado, era una pasión egoísta y casi tentadora, poco ménos que sugerida por el génio del mal! ¿Qué extravíos! ¿Qué aberraciones! ¿Qué cambio en el sentido de las palabras! ¿Qué aplicación tan falsa de la pasión más noble que la potencia creadora ha puesto en el corazón humano! Esa pasión que se llama amor, término el más sublime del altruismo, y que tiene su manifestación más alta en la atracción de los sexos! ¡Y á qué actos punibles y degradantes ha dado lugar en la historia la equivocación de extraviar el amor de su objeto verdadero! Pero, ¿á qué hemos de continuar? ¿No anatematizó el Concilio de Trento á los que dijeran que el estado de virginidad no era superior al del matrimonio; es decir, el celibatismo superior á la familia; es decir, la virginidad superior al trabajo, al heroísmo y á la manifestación más alta de la justicia immanente; es decir, superior á lo que hay de más sublime en la naturaleza humana, á la abnegación de una madre? Pero dejemos este camino. ¿Qué les importaba la patria suiza á los que se veían estimulados por el Papa, á los que contaban con el apoyo material de Austria y de la Prusia, y á los que sabían que Luis Felipe, en su deseo de granjearse la benevolencia de aquellos reyes de derecho divino que lo despreciaban, había de unir las fuerzas de Francia á las de aquellas para aplastar, bajo la pesadumbre del número, á un puñado de ciudadanos suizos, honrados y valerosos hasta la temeridad, pero culpables del imperdonable delito de querer con delirio las libertades y leyes que habían tenido por conveniente darse! Ciertamente que en un tiempo había corrido compromisos muy graves esta célebre república, por defender el derecho de asilo en la misma persona de Luis Felipe; pero eso había pasado hacia mucho tiempo, y la gratitud es una carga incómoda para ciertas naturalezas. Sobre todo, los suizos podrían tener ó no razón, mas en frente de la intervención que se proyectaba eran un número insignificante aunque estuvieran todos unidos; y no era así por lo que ya hemos visto anteriormente.

Agotados todos los medios de transacción, no hubo más remedio que acudir á la última razón de los reyes y de los pueblos, y de los dos lados se prepararon al combate. El Gobierno de la Federación reunió un ejército de treinta mil hombres con cien mil de reserva á las órdenes del general Lufour para que hiciese obedecer sus leyes. Los cantones católicos, ó mejor dicho, el partido clerical que dominaba en ellos, no se descuidó. Se nombró un comité de guerra investido de amplias é ilimitadas facultades; reunieron un ejército de 36.000 hombres con 47.000 de reserva; tomaron la ofensiva, pasando la frontera de los cantones católicos; las tropas de la Dieta hicieron su entrada en el cantón de Freiburg, y después de algunos pequeños encuentros cerca de la capital, esta le abrió sus puertas, disolviéndose inmediatamente la reserva, y los individuos de la Compañía que había en el cantón, no queriendo incurrir en el pecado de temeridad, huyeron á toda prisa. Por último, para abreviar, vinieron á las manos los dos ejércitos. Resistieronse, al principio, tenazmente las milicias del Sonderbund, pero al fin cedieron y fueron derrotados, y el partido clerical y los Padres de la Compañía huyeron hasta ponerse en salvo. No hay que hacerles por eso una censura, pero debían haber sido tan enérgicos en la derrota como lo fueron en la victoria. Se expulsó á los jesuitas del territorio suizo y se le significó al Nuncio de una manera harto espresiva, que sus buenos oficios no eran necesarios. Lo comprendió él así y se apresuró á trasladarse á Roma.

La coalición contra Suiza no desistió por esta victoria, sino que, por el contrario, el príncipe de Meternich enviaba despachos muy apremiantes á Mr. Guizot, á fin de activar sus armamentos; pero, Lord Palmerston no olvidó en esta ocasión que era ministro de uno de los pueblos más libres del mundo, á la par que de una monarquía la más afianzada de Europa; lo que prueba una vez más, prácticamente, que los principios liberales están por encima de las formas de Gobierno. El ministro inglés tenía la esperanza de que la Federación daría buena cuenta de los cantones católicos. Era adversario de la intervención; mas en lugar de oponerse directamente, lo que hizo fué crear dilaciones, esperando que mientras tanto concluiría la contienda y no habría pretexto para que intervinieran las grandes potencias continentales. Dióse entonces un espectáculo digno de los mejores tiempos de Grecia. Suiza se propuso resistir, y si tenía que

sucumbir al número, también tenía que salvar el honor de la patria, y mostrar que eran dignos descendientes de aquellos que tanto se habían hecho temer y respetar en el siglo vx. Llamó, pues, todos los hombres á las armas é hizo llegar á noticias de los que se encontraban en diferentes partes del mundo, que la patria estaba en peligro, recordándoles el bien conocido lema: «Uno para todos; todos para uno.» Se ha visto en todas las naciones de Europa que los Suizos que se hallaban en ellas arreglaron sus intereses lo mejor que pudieron y tomaron el camino de su país. Tal vez pensaban encontrar en el fin de su viaje la bala de un enemigo, pero ¿qué importa! la patria, madre común de todos, los llamaba; estaba en peligro de ser insultada y para ¿qué objeto más digno puede conservar el hombre la vida, que para exponerla y perderla, si es necesario, en la defensa de aquella de las personas amadas, de su familia y de su honor?

Si se hubiera llegado á la lucha, el éxito era poco dudoso; y á pesar de los deseos del ministro inglés y de haber concluido Suiza su corta guerra civil, era tal la insistencia de las grandes potencias, ó tal su deseo de ir contra aquel pequeño país, que bien puede asegurarse no se han salvado del conflicto sino á merced de la revolución del 48 que derribó del trono á Luis Felipe, produciendo grandes ocupaciones dentro de su misma casa á los monarcas del continente, de tal suerte que, si no todos, la mayor parte, debieron la salvación de sus coronas á la pusilanimidad de los republicanos franceses.

Libre Suiza de todo peligro exterior, se dedicó á arreglar sus asuntos interiores, formando una Constitución la más democrática que se conoce, y gozando desde aquella hasta la fecha de una paz octaviana. De suerte que los trabajos y habilidades del partido clerical, teniendo por directores á los Padres de la Orden y el apoyo de la curia romana, fué para estos un doble descalabro; primero, porque creyeron establecer sólidamente sus principios de intolerancia en los cantones donde tenían mayoría; y segundo, que lograrían por medio de la intervención concluir con el mal ejemplo de un pueblo que se gobierna por sí mismo, en el cual todos los hombres saben leer, escribir y ser soldados y en él que no hay bandidos ni mendigos. Pues bien: respecto al primer punto, el resultado fué un poco diferente; en vez de dominar, fueron expulsados; y en cuanto al segundo, la Confederación helvética, desembarazándose de antiguas travas, entró en un camino de gran prosperidad y de confianza.

Allí, como en todas las naciones en las cuales los derechos del individuo están asegurados y garantidos, á nadie se le ocurre acudir á la fuerza para imponer sus ideas, esperándolo sólo de que estas ganen la opinión. No há mucho que todos hemos presenciado la resolución de cuestiones gravísimas, y por cierto, en sentido conservador, llevadas á cabo por la mayoría de los votos de los ciudadanos. ¿Qué diferencia entre el proceder de los de Suiza que se hallaban fuera de su patria, y el que en el año 70 siguieron algunos individuos de aquella juventud dorada, que el segundo imperio francés había educado y que hemos visto pasearse por las calles de Madrid, de Londres, de Ginebra y otras ciudades, cuando la suya estaba invadida por el extranjero, y que habían salvado la frontera por no cumplir con los deberes que hacía aquella tenían ocupando su puesto en el ejército!

¿Qué vergüenza! ¿Qué apego á la vida! Aquellos sibiritas no conocían sin duda esta máxima del Koran: «Si te ves en peligro de perder el honor ó la vida, no puedes dudar, porque esta tienes seguridad de perderla y el honor sigue más allá de la tumba.»

No es esto nuevo: el patriotismo es tanto más levantado en una nación, cuanto mayores son las libertades que en ellas se gozan; y no puede ménos de ser así. Al fin y al cabo este sentimiento no es otra cosa que la manifestación más noble del egoísmo.

Cuando nos comparamos con otras naciones civilizadas, hallamos diferencias que nos favorecen poco, pues, por razones que sería largo de enumerar, todo lo que es liberal y progresivo se aclimata aquí con dificultad, mientras que todo lo que es reaccionario tiene tales raíces en este país que, si por accidente de los tiempos, con ó sin justicia, se ven obligados á salvar la frontera los defensores de las ideas que han pasado, pueden estar tranquilos en el extranjero, en la seguridad de que pronto volverán á repararle para dominar; y hé aquí una de tantas pruebas como pueden darse. El Gobierno Provisional, en 12 de Octubre de 1868, suprimió la Compañía de Jesús en la Península é islas adyacentes; en 14 del mismo mes abolió los privilegios concedidos á las corporaciones religiosas en materia de enseñanza, haciendo una honrosa excepción en favor de las Escuelas Pías; en 14 de Noviembre de dicho año, extinguió los manasterios, conventos, colegios, congregaciones y demás casas de religiosas de ambos sexos, fundadas desde 29 de Julio de 1837; declaró del Estado las pertenencias de los mismos; redujo á la mitad los que hubiesen de subsistir; prohibió la admisión de novicias y las profesiones; autorizó la excomunión; sólo otorgó devolución de dote á las religiosas que hubieran profesado después de aquella fecha, y respetó á las Hermanas de la Caridad, de San Vicente de Paul, de Santa Isabel, de la Doctrina Cristiana y á cuantas más hubiese de-

dicadas á enseñanza y beneficencia, sujetándolas á los ordinarios respectivos.—Grandes críticas y anatemas cayeron sobre el autor de estos decretos, Sr. Romero Ortiz; pero cualquiera que sea el concepto que á cada uno merezcan, no puede negarse á su autor el interés por todo lo que á intrusión pública se refiere, que ni en poco ni en mucho sacrificó, como se vé, al espíritu de partido ó las circunstancias, hasta tal punto que ni siquiera tuvo en cuenta una opinión indiscutible hoy entre los hombres instruidos, á saber: que la educación dada por las sociedades religiosas de ambos sexos no está á la altura de la pedagogía moderna, siendo, en igualdad de circunstancias, muy inferior á la enseñanza laica. Gloria ó responsabilidad la del ministro que tuvo la honra de firmar aquellos decretos, más tarde convertidos en leyes, no puede negarse que obedeció á un sentimiento altamente patriótico. Pertenecía nuestro amigo al partido más conservador de la revolución, y es bien dudoso que los que le han sucedido en aquel puesto, militando en partidos más avanzados, hubieran mostrado el valor y la firmeza que ha tenido él al firmar aquellos decretos. Como sucede con frecuencia, los hombres que figurábamos en partidos más avanzados, no le hicimos entonces la justicia que se merecía.

La índole de estos escritos no nos permite discutir, con la amplitud que el caso requiere, lo referente al consentimiento ó negativa de los Gobiernos á nombre del Estado en todo lo que hace relación á la existencia de las comunidades religiosas, y esta, como otras tantas cuestiones, sólo se resuelven, generalmente hablando, y prescindiendo de circunstancias especiales por que atraviesan los Gobiernos y naciones, por el criterio de la libertad. Por un lado hay el argumento de gran fuerza de que, siendo el derecho de asociación uno de los más importantes que tienen los pueblos libres, no pueden, los que de liberales se precian, prohibir ó menoscabar las asociaciones que quieran establecerse con un fin religioso, so pena de *in fraganti* inconsecuencia, que tienen buen cuidado de hacer notar los partidarios de la intolerancia, sin advertir que ellos estarían en un terreno muy firme si sostuvieran, al mismo tiempo que esta libertad, que el Estado no se inmiscuyera para nada en todos los asuntos de conciencia, puesto que, todo lo que á ella se refiere es del dominio puramente individual. Pero sostener la intolerancia más absoluta los ultramontanos, y los que de liberales blasonan defender la protección de una religión determinada, y todos ellos después proteger y apoyar el establecimiento de asociaciones religiosas, es pura y simplemente ejercer un acto de tiranía que ni los principios eternos de justicia, ni el respeto á la propiedad individual, ni el interés y soberanía de la nación, abonan. Tener, por una parte, la Iglesia sometida á las leyes del Estado, y hacer por la otra que los Cánones de ésta tengan fuerza de ley primero, y dirijan los asuntos civiles, es un doble absurdo que sólo se explica por intereses políticos egoístas y por la ignorancia y la superstición que más de quince siglos de una desdichada enseñanza, han dejado en estos pueblos, que formaron en tiempo parte del imperio romano.

Lo decimos sinceramente: no hemos comprendido nunca ni comprendemos cómo ninguna iglesia de una religión positiva desea y anhela el apoyo y dependencia del Gobierno por un triste mendrugo del presupuesto, ordinariamente tan escaso como mal pagado; y el sostenerlo y defenderlo con tal ahínco, parécenos que es ir contra sus propios intereses ó que arguye algo que les favorece poco respecto á su influencia y al convencimiento de la bondad de sus ideas. ¡Desgraciada la revolución que se opone á los sentimientos religiosos de un pueblo! ¡Desgraciada la iglesia que se atreve á luchar contra las tendencias de derecho y libertad, necesidad suprema de los pueblos modernos, dimanada de esa ley divina del progreso que aplastará con su carro triunfal todos los obstáculos que osten atravesarse en su camino! Un escritor francés que ha ocupado los puestos más altos en la política, escribía hace algunos años, á consecuencia de las tendencias del partido clerical de aquella nación, estas palabras que han producido no poco escándalo: «abajo la religión; arriba la libertad!» No las hacemos nuestras ni mucho ménos; creemos, por el contrario, que puede afirmarse con toda evidencia lo siguiente: no hay libertad sin religión, ni religión sin libertad. Y si esto puede parecer á nuestros lectores puramente teórico, ahí está la práctica que nos dice que, en los pueblos donde la libertad religiosa es más completa, las iglesias son más respetadas y aquellos, á la par que más libres, más religiosos. No se crea, sin embargo, que el escritor aludido era un ateo, caso de que ateos existan, no: era un alma religiosa y un filósofo cristiano, educado por cierto con los jesuitas. Lo que hay de positivo es que á estas contradicciones y aun absurdos, conduce irremisiblemente el deseo de subordinar todos los asuntos de la vida al fin religioso tal y como lo entienden, si lo han entendido, ciertos doctores.

La sociedad, en su marcha infinitamente compleja, tiene varios fines que no se excluyen, al contrario, se apoyan y compenetran; pero, que no pueden subordinarse á uno cualquiera de ellos.—Uno de los fines de toda sociedad es, por ejemplo, el artístico; pues sujetar los demás fines á éste, sería ni más ni ménos ilógico que sujetar todos al fin

religioso; y lo mismo que decimos de éste pudiéramos aplicar á los demás.

No es una cavilación nuestra, ni una pura presunción, el suponer que á estas ó las otras ideas religiosas quieren someterse todos los actos de la sociedad: ahí están para contestarnos las encíclicas y los partidos que se dicen religiosos antes que políticos, sin perjuicio de ser esto último, y trabajar sin tréguo ni descanso para imponernos á los demás las ideas que ellos dicen profesan. La cuestión así planteada viene á reducirse á estos términos:

¿Descubren las ciencias positivas y morales verdades contrarias á los dogmas, á los libros sagrados y á la revelación de una iglesia determinada; ó es que no se destruyen sino que, tiene esferas diferentes y no pueden ni deben aquellas verdades y descubrimientos buscarse en estos libros cuya misión no es determinar el método y la marcha científicas? ¿No han de buscarse, por consiguiente, en ellos las verdades de la ciencia? En el primer caso se presenta un dilema inflexible, según que se trate de un libre pensador ó de un creyente. El primero no se cuida de buscar armonías ó conflictos entre la religión y la ciencia, y sólo admite como verdades las que esta, por los medios de la observación, de la experiencia, del raciocinio y del cálculo, ha evidenciado. El segundo, que cree en la revelación divina, tal como la afirma la iglesia de que forma parte, todos los artículos del dogma son para él infalibles é indiscutibles. De consiguiente, si la marcha de la civilización y del progreso en poco ó en mucho se opone á lo que la Iglesia ordena, son para él forzosamente absurdos y falsedades todos aquellos adelantos á que nos referimos. Declaramos, pues, con entera ingenuidad, que si perteneciéramos al número de los que entienden que la marcha de la sociedad debe estar subordinada á ser una consecuencia ineludible de lo que la gerarquía eclesiástica de la creencia romana sostiene y afirma, seríamos partidarios francos y resueltos del absolutismo de los reyes, pero sólo como delegados del Jefe de la Iglesia. En el segundo caso, se sigue forzosamente, ó como verdad incontrastable, lo que un político, el más distinguido é inteligente de la situación actual, afirmó solemnemente en una de nuestras Cámaras, sosteniendo que la marcha de las sociedades en todos los fines, excepto uno, están informadas por el criterio racionalista. Y es tan fundada nuestra creencia, que todos los días oímos en conversaciones particulares afirmar que no se puede ser á la vez liberal y católico; y sin embargo, la práctica nos enseña lo contrario. Pues si la consecuencia rigorosamente deducida es falsa, no puede ser el principio de que se ha partido verdadero. Es innegable la afirmación del hombre político antes aludido, pero hay más: el fin religioso tiene por objetivo principal, en lo que al individuo se refiere, los asuntos de ultra-tumba, y la sociedad, como la naturaleza, está constantemente en movimiento. Esta es la ley del progreso y de la vida, y no pueden confundirse los fines de esta con los de la muerte ni menos subordinarse.

No se nos diga que la religión es la moral, ó mejor dicho, que no existe ésta fuera de aquella. Esta es una teoría mal enunciada; lo que hay de positivo es que toda religión superior se apoya en un principio moral, sin lo que su propaganda sería imposible.

Vamos más lejos; la moral cristiana es tan sublime y levantada, que no sólo es superior á todas las otras religiones, sino que durante muchísimo tiempo, por no decir eternamente, será la moral de los pueblos civilizados aunque éstos, por acaso, dejen de creer. Esto sentado, conste para bien del género humano y como muestra de la infinita sabiduría de la potencia creadora, que no sólo la moral es independiente de toda religión positiva, sino que es anterior á ellas, y que precisamente las doctrinas predicadas en el Gólgota, que transformaron el mundo antiguo, debieron su propaganda y extensión por todo él, terrenalmente hablando, á la sublimidad de la moral en que se apoyan.

MANUEL BECERRA.

(Continuará.)

EL CANTOR DEL AMOR Y ÉPICO

GODOFREDO DE STRASBURGO.

Así como en la época del segundo florecimiento de la literatura alemana se encuentra el contraste entre lo severo y lo sublime, el cristiano y verdaderamente germánico Klopstock, y el representante de la gracia seductora y sensual, Wieland, aparece la misma diferencia en el primer período clásico entre el cantor de las ideas más elevadas y de las aspiraciones más nobles, el que enlazaba lo celestial con lo terrenal, el cristiano y caballero *Wolfram de Eschenbach*, personificación del genio épico en Alemania, á quien sus altos vuelos conducían á veces á lo oscuro, y su contemporáneo el cantor del sentimiento y de la pasión, el mundanal *Godofredo de Strasburgo*, que, admirando á *Walter Von der Vogelweide* como porta-estandarte de los cantores del amor, y elogiando á *Hartmann Von der Ouwe*, no consideró á *Wolfram de Eschenbach*, aunque éste merecía en justicia el nombre de verdadero poeta, sino cual narrador de cuentos extraños y confusos. No disputaremos á *Godofredo*, el famoso cantor de los amores de *Tristan y de Isolt*, el sabio, el maestro consumado de la lengua alemana y de otros idiomas, el

poeta favorito de la Edad Media, el de la primorosa elegancia y de los donaires, el maestro de la forma y pintor de las almas, la palma como uno de los cuatro grandes bardos del primer período clásico, pues todas sus producciones llevan el sello de la belleza más cumplida; ningún poeta, ningún Tasso, ningún Petrarca ha cantado mejor que él el amor, esa página más bella y sublime de la historia de la humanidad; ningún poeta ha cantado mejor que el que podría llamarse el Goethe de la Edad Media el mundo de la realidad con todas sus alegrías y todas sus penas, el amor que recorre todos los tonos, desde el júbilo más alto hasta el dolor más profundo; pero no negaremos que el que era un hijo alegre del mundo real como el que más, y que pintaba con los colores más ardientes y del modo más seductor y halagüeño el amor que llenaba las novelas de caballería, el amor que se rebelaba contra los mandamientos matrimoniales, el amor que haciéndose criminal rompió los lazos más sagrados, se anuncia ya la decadencia de la poesía, una tendencia que envenenaba la vida de los que, como *Ulrico de Lichtenstein*, le eligieron por modelo.

Parece que la antigua ciudad episcopal del Rhin, Strasburgo, mereció la cuna del bardo, que, desempeñando el cargo importante de secretario de Ayuntamiento, conoció á fondo la vida áulica, sin que haya necesitado del favor de los caballeros. Moduló sus primeras canciones, antes de que se poblase su barba, escribiendo poesías del amor, de las cuales sólo escasas se han conservado, y algunas composiciones didácticas; por ejemplo, la que pinta la fuerza poderosa de la pobreza voluntaria en estos términos: «La pobreza es la más grande de las expiaciones contra la ira de Dios; ella enlaza un amor santo entre Dios y nosotros, que no podría enlazar ningún ángel.

En la jerarquía poética el primer puesto corresponde al épico; y épico era también el maestro *Godofredo*, que hacía los años de 1210 empezó á escribir el poema de acabada forma que se titula *Tristan é Isolt*, hallando imitadores y admiradores en todos los siglos; pero había de encerrarse ya en el lóbrego hueco de una tumba antes de terminarlo. Trataron de concluirlo numerosos poetas; por ejemplo, *Ulrico de Turheim*, ya en 1240; *Enrique de Freiberg*, en 1300, y en nuestros días, el genial *Hernán Kurtz*, el anciano *Cárlos Simrock*, *Guillermo Hertz*, y sabido es que *Immermann* se apoderó del mismo asunto para representarlo también en forma épica, y que el argumento de una de las óperas de *Ricardo Wagner* versa asimismo sobre los amores de *Tristan y de Isolt*, de los cuales *Weilen* y *Luis Schneegans* hicieron los protagonistas de sus dramas.

El asunto de los amores de *Tristan y de Isolt*, tan querido de los trovadores, desarrollóse primero en *Britania é Irlanda*, pasando despues á *Francia*, de donde llegó á *Alemania* para encontrar en *Godofredo* su cantor magistral.

En todos los tiempos los grandes poetas han representado el poder fatal del amor, el destino trágico de los amantes que expiaron su culpa inspirándonos compasión por la fidelidad indisoluble que acompañaba su pasión, y las pinturas de aquel aspecto funesto del amor figuran entre las obras maestras de los poetas. Mencionaremos la historia de *Píramo y Tisbe*, la de *Leandro y Hero*, tan celebrada en la antigüedad; el episodio de *Tancredo y de Clorinda*, que brilla en la *Jerusalén libertada*, de *Tasso*, y el destino trágico de *Romeo y Julieta*, de *Shakespeare*, á quien parece que el mismo amor ayudaba á escribir su poema inmortal.

Trataremos de dar al lector una ligera idea del de *Godofredo de Strasburgo*.

Vivia en *Armenia* un joven é intrépido príncipe, de nombre *Riwalin*, semejando al sol de la mañana, que se pone cuando apenas brilla. Despues de vencido el rey británico *Morgan*, alcanzó para su país la independencia y salió para la corte del rey *Marke de Cornwall* y de *Inglaterra*, que le obsequió con una espléndida fiesta de Mayo, en la que *Riwalin* conoció á *Blancaflor*, la hermosa hermana del rey, en aquella dulce mañana de primavera, en que la naturaleza sonreía con sus ricas y variadas flores, con el caprichoso esmalte de sus verdes árboles, con sus transparentes y limpias aguas y con el armonioso canto de los pajarillos.

Ningun poeta ha cantado con mayor verdad, con mayor poder poético que *Godofredo* el amor naciente en una doncella, pintándonos el alma de *Blancaflor*, que, sin saberlo ella propia, vió á *Riwalin* llevar el cetro y la diadema en el reino de su corazón. Ningun vate ha acertado tanto en pintar el alma de un caballero enamorado, como *Godofredo*, representándonos á *Riwalin*, que se parecía á un pájaro que vuela por el aire libre hasta que se envisa, y que, tratando de libertarse y de desplegar otra vez sus alas, se vence á sí propio, quedándose suspenso de la liga. No sentía *Riwalin* que se haya dejado vencer por la hermosa joven, pues con placer indecible recordaba sus sienes, su frente, sus rizos, sus labios, sus mejillas y aquellos ojos en que se reflejaba un día risueño de Pascuas. Pero las lozanas flores del amor las quebraba el granizo: encontrándose el joven *Riwalin* entre los guerreros que salieron contra los enemigos del rey *Marke*, fué herido por una lanza. Ver por postrera vez á su amante moribundo: hé aquí lo que fué el deseo más ardiente de la hermosa *Blancaflor*, y vistiendo el traje de una mendiga, escondiendo la belleza de su rostro por densos paños, logró entrar en el cuarto donde yacía el caballero en su lecho de dolores. Ella se arrodilló, y sus mejillas tocaban las de su amante; entonces la pena la hizo perder sus fuerzas; sus labios, que antes tenían el rojo triste de las amapolas, palidecieron; oscurecieron sus claros ojos; pero cuando despertó de su desmayo lo olvidó todo por su amor, y cubrió de mil besos la boca de su héroe querido, y desde sus labios invadió la pasión el pecho del joven, y el fuego del amor encendía de nuevo en él las fuerzas ya extinguidas, y sucedió una maravilla: el héroe logró la salud, y de aquí en adelante no había en los dos sino una vida y un amor. Pero ¡cuán breve fué su dicha! *Riwalin* había de volver á su país para defenderlo contra *Morgan*. *Blancaflor* le acompañó casándose con su héroe; pero éste pereció en la fiera batalla, y á ella le costó la vida el haber dado á luz un niño que el fiel *Rual*, mariscal de *Riwalin*, recordando el destino tan triste de los padres del huérfano, bautizó con el nombre de *Tristan*.

El niño se hizo la flor de la Caballería; y cuando, ado-

lescente, salió, despues de muchas aventuras, para la corte de *Marke*, á quien el leal *Rual* reveló el secreto de que el joven héroe fuese su sobrino, *Marke* le armó caballero, y *Tristan* vengó la muerte de su padre matando á *Morgan*. Despues libertó á su tío del ignominioso tributo de treinta jóvenes que pagaba cada cuatro años al rey de *Irlanda*; pues cuando llegaba el vasallo y cuñado de éste, *Morold*, que tenía la fuerza de cuatro personas, para exigir el tributo, *Tristan* le mató, poniéndose de su lado, según dice el poeta, *Dios*, la justicia, el ánimo y el mismo *Tristan*; pero el vencedor recibió una herida que, según dijo el moribundo *Morold*, no podía curarse sino por su hermana, la reina *Isolt* de *Irlanda*. El enfermo salió para aquel país, vistiendo el traje de trovador y rivalizando en el dulce canto con *Horand*, que figura en *La Gudrun*; enseñó el arte de cantar á la joven princesa, que lo mismo que su madre la reina, se llamaba *Isolt*, y pronto la hermosa joven, que, sintiendo compasión por el enfermo, admiraba en él al cantor y concluyó amando al héroe, rivalizó en el canto con las seductoras sirenas; pero aún más mágico era su canto secreto, á saber: su hermosura peregrina.

Durante medio año trató el heroico trovador á la doncella; y habiendo vuelto despues de su restablecimiento á la corte del rey *Marke*, encomiaba ante éste tanto la hermosura de la princesa de *Irlanda*, que el rey, accediendo á los ruegos de sus cortesanos, declaró que no se casaría sino con la bella *Isolt*. *Tristan* sale otra vez para *Irlanda*, para pretender la mano de la princesa para su régio tío. Entre tanto, el padre de *Isolt* había prometido á su hija á quien matase al dragon que devastaba al país.

El valiente *Tristan* lo mató; pero se desmaya por el veneno de la lengua del dragon, que se había llevado en testimonio de su hazaña. Al vencedor desmayado lo encuentran la reina, la joven *Isolt* y su amiga *Brangana*, reconociéndolo la joven *Isolt*, que exclama: «¡Hé aquí el trovador!» Le prodigan toda suerte de cuidados en el palacio real, hasta que, por una casualidad, la joven *Isolt* sabe que el trovador y *Tristan* son una misma persona y que él mató á su tío *Morold*. Entonces quiere vengar á éste matando á *Tristan* en el baño. Tres veces levanta su arma, pero al mirar su cara, inclina la espada: no puede matar á su amante. Viéndose reconocido pretende *Tristan* la mano de *Isolt* para el rey *Marke*. Entonces la reina coge un bebedizo, entregándolo á *Brangana* para que ésta lo ofrezca la víspera de las bodas á *Marke* y á *Isolt*; aquel bebedizo tenía el mágico efecto de que los que lo bebían se amaban á pesar suyo, no teniendo sino una suerte y una vida, una alegría y una pena. Despues la joven *Isolt* y *Tristan*, acompañados de *Brangana* y de su séquito, se embarcan para *Cornwal*, donde había de verificarse el enlace de *Isolt* y de *Marke*. Al principio del viaje parecía que la joven, despidiéndose de su patria querida, odiaba á *Tristan*; pero á pesar de su supuesto odio le deja permanecer á su lado para que la consolase. Un día, teniendo sed el hijo de *Riwalin*, una joven ve aquel bebedizo y sin conocer su mágico efecto, lo ofrece á *Tristan*, quien despues de haber bebido lo presenta á *Isolt*, que bebe á pesar suyo. En este momento aparece *Brangana*, y llena de desesperación, echa el vaso fatal al turbulento mar; pero era tarde ya, ya empezaba á mostrarse el efecto del bebedizo: los dos no tenían sino un corazón, y el dolor del uno era el del otro.

No necesitaba el gran poeta del bebedizo que le presentaba la tradición para explicarnos el amor de *Tristan* y de *Isolt*, pues el amor que nos pinta *Godofredo* con el arte más cumplido se fundaba en la simpatía maravillosa de dos naturalezas tan impresionables, poéticas y parecidas, que podía decirse que, al contrario, hubiera sido menester un bebedizo para que en el espacio estrecho de un buque no se hubiesen atraído el uno hácia el otro. Con admirable conocimiento del alma pinta *Godofredo* los sentimientos de los amantes, luchando en *Tristan* su pasión funesta con el honor y el deber; pero el joven lucha en balde; no encuentra en su corazón sino á *Isolt* y su amor. Viendo á los dos amarse con sin igual pasión y fé, hasta *Brangana* fué arrastrada por el funesto encanto é hizo primero la confidente y despues la cómplice de los amantes, mientras exclama el poeta: «Al presentarnos la alegría y la pena del amor, erece mi ánimo como si se levantase hácia el cielo. Cuando me sumerjo en las maravillas que halla en el amor quien sabe buscarlas, y cuando recuerdo las alegrías que ofrece el amor junto con la fe, mi corazón no tiene límites.»

A vista de las costas de *Cornwal* los amantes reconocen su culpa, pero su destino fatal los aparta más y más del sendero del deber. ¡Ojalá que *Tristan* hubiese tenido el valor de confesar á *Marke* el dulce secreto del amor que le enlazaba con *Isolt*! No lo hizo, y el anciano *Marke* celebra sus bodas con la joven *Isolt*, y ésta y *Tristan* continúan engañando al bondadoso rey con toda suerte de ardides que el poeta se complace en narrar sin que tenga palabra alguna para censurar á los amantes criminales. Hasta cuando *Marke*, creyendo á los que le hablan de la infidelidad de su mujer, apela á la prueba horrorosa llamada *ordalia*, entonces en boga, de la cual sale victoriosa *Isolt*, el poeta espiritual del siglo XIII exclama: «¡Ya se ve que hasta las ordalias favorecen el fraude!»

Por fin, por una rara casualidad conoce *Marke* la infidelidad de ambos; pero sintiéndose incapaz de castigarlos, los deja salir libres para la selva, y el poeta describe con magia tanta la gruta de amor en que entonces vivían los amantes, que los consideraríamos como moradores inocentes del Paraíso, si pudiésemos olvidar su culpa. Un día los encuentra el bondadoso *Marke*, y viéndolos dormir, hallándose una espada en medio de ambos, los cree inocentes y se los lleva otra vez á la corte. Pero, por fin, sus propios ojos le mostraron la infidelidad de su mujer, y para defenderse de la ira del rey no le quedó á *Tristan* sino la huida.

Aun que su corazón continuaba perteneciendo á la rubia *Isolt*, otra princesa del mismo nombre, la de las manos blancas, hija del duque *Yovelin* de *Arundel*, concluyó cautivándole, porque le recordaba el dulce nombre de su querida, y ya hablaba *Tristan* en sus adentros, empezando á desligarse de la rubia *Isolt*: «La fé que consagro á mi querida, lejos de proporcionarme la menor alegría, me sumerge en profunda

tristeza en que se consume mi vida. Por Isolt dejó á infinitas mujeres hermosas; pero la verdad es que por ella no tengo ya ninguna felicidad sobre la tierra.»

Con estas palabras concluye de repente el poema de Godofredo, sorprendiendo al poeta la muerte en medio de su trabajo. Pero gracias á los fragmentos de antiguos poemas franceses, y gracias también á los continuadores alemanes del bellísimo poema de Godofredo, conocemos el final. Hélo aquí. Habiéndose abierto otra vez en un combate la herida de Tristan que había producido la espada envenenada de Morolt, el jóven héroe no puede curarse sino por su amada Isolt. Manda, pues, á buscarla y encarga al mensajero que en caso de que venga Isolt, ostente en el buque una vela blanca, y negra si se resistiese á venir.

Acercóse el ansiado buque á la costa de Arundel llevando consigo la dicha de Tristan y ostentando la ansiada vela blanca, pero la de las manos blancas, impulsada por los celos, hace creer á Tristan «que lo que divisaba era una vela negra!» Tan inmenso fué el dolor que produjo aquella falsa nueva en el alma del enamorado, que murió en el mismo momento, matando el dolor también á la rubia Isolt, que según dicen los continuadores alemanes del poema de Godofredo, fué enterrada en la misma tumba que Tristan. Plantaron sobre ella una vid y un rosal, que se enlazaron de un modo peregrino.

No me quedan sino escasas palabras. *Godofredo de Strasburgo*, el poeta alemán más florido de la Edad Media, es el complemento hermoso y feliz de *Wolfram de Eschenbach*. Ambos cantan la fé, pero el uno representa la alegría de la vida adornada con toda la belleza, la aspiración de alcanzar los bienes que le ofrece al hombre en la tierra la mano bondadosa de Dios, y el otro la severidad solemne, el entusiasmo por las cosas más sublimes, el triunfo del ideal sobre lo material. En todas las partes del poema de *Godofredo* encontramos la misma magia, el mismo sello de originalidad, sin que decaiga su portentosa imaginación ni palidezca el hermoso colorido de su estilo.

Godofredo es siempre Godofredo, así en el dibujo de los caracteres como en la claridad del lenguaje y en la variedad de las rimas, que no se limita á poner al final del verso, sino que las derrama hasta en el medio.

En mis excursiones por Tirol, en 1879, saludaba con entusiasmo un recuerdo de los protagonistas del poema inmortal de Godofredo en el romántico castillo de Runkelstein, situado próximo á Bozen á la entrada del Valle del Talfer. Este castillo altivo, tuvo su edad de oro á principios del siglo XV, cuando su dueño Nicolás Vintler derramaba desde el castillo el entusiasmo por la poesía y el arte, adornándolo con frescos que el emperador Maximiliano mandó restaurar á principios del siglo XVI, por los pintores de Cámara Jorge Kölderer y Federico Lebenfacher. Los mejores entre los frescos son los que representan la historia de Tristan y de Isolt.

La parte septentrional de aquella mansión de la poesía la adornan las figuras de los tres más insignes héroes paganos, Héctor, Alejandro Magno y Julio César; los tres mejores reyes cristianos, el legendario Artus, el majestuoso Carlo-Magno, y el espejo de virtud Godofredo de Bullon; los tres mejores caballeros, Parcival, Gawán é Iwein, el héroe cantado por Harman von der Oowe; los más nobles amantes, el duque Guillermo de Austria y su querida Aglei, el hermoso Tristan y la dulce Isolt, Guillermo de Orleans y Ameli, las tres mejores tizonas y sus dueños, á saber, Diterico de Berna con su famoso Sachs, Sigfredo con su célebre Balmung, Dietlieb con su temido Welsung, á que yo, como admirador del Cid, hubiera sustituido por la tizona del Campeador. Siguen los tres gigantes más poderosos, Asperan, Otnit y Struthan; y las tres mujeres gigantes, Hilda, Voldegart y Rahein. Pero mucho más que estas figuras llaman la atención los frescos originales que representan la historia de *Tristan y de Isolt*.

JUAN FASTENRATH.

Colonia 24 de Diciembre 1880.

HELENA CONSIDERADA COMO SIMBOLO DEL ARTE CLÁSICO.

IV

La poesía lírica es el primer canto que entona el génto del arte. Helena sin duda debía ser cantada por los poetas líricos antes de iluminar la mente de Homero. Este gran poeta no la presenta por vez primera en el libro III de su inmortal poema. Al cantar á la mujer, objeto de tan rudos combates, la lira del hijo de las Musas examina las dulcísimas armonías, como si agitase sus cuerdas el embalsamado aliento de Helena; sus exámetros tan fuertes y robustos se tornan suaves como un suspiro de amor, y la heroica y ruda lengua que modulan sus héroes, toma un tinte de indefinible melancolía. Como personificación del arte, Helena está reproduciendo con las suaves tintas de la inspiración los combates de griegos y troyanos empuñados en sagrienta guerra por obtener su amor (1). Iris, la alada mensajera de los dioses, le anuncia que Menelao y París van á combatir frente á frente en sangrienta lid, y que su hermosura será el premio del vencedor: la divinidad, recogiendo en sus labios los perfumes de las flores de Grecia, y el eco de las áuras que mecieron la cuna de Helena, despierta en su memoria el recuerdo del purísimo cielo que cobijó su inocencia, de suerte que Helena envuelta en blancos velos acude presurosa á la muralla á verter amargas lágrimas y á enviar á los guerreros al través del espacio las oraciones de su mente y los suspiros de su corazón.

Al verla pasar, los ancianos asentados en el pórtico de sus palacios la bendicen, porque lleva

en su frente siempre pura reflejos del Olimpo. ¡Con cuánto celo la acaricia Priamo y le dice para consolarla que el hado fatal, y no su hermosura, es para desencadenar las tempestades que amagan anegar en la eternidad el antiguo reino de Troya! Con los ojos anegados en llanto se ve pasar á los héroes de su patria y repite al par de amargas quejas sus queridos nombres. La lucha descrita con todo el fuego de la poesía homérica va á decidirse; cuando Vénus desciende del cielo, y en volviendo en blanca nube al hijo de Priamo, le arrebató á la muerte y le conduce á su lecho, donde suspira por su amada asaltado de lascivos deseos. Entonces Vénus se dirige á Helena, y la quiere arrastrar con halagos y amenazas á los brazos de su raptor.

La esposa de Menelao porfía antes de cumplir los mandatos de la diosa; y los hermosos versos que vierten sus labios tienen un sentimiento tal de melancolía y un acento de tan armoniosa dulzura, que el corazón se oprime, compadeciendo el martirio á que el hado condena á tan preciosa hermosura; hasta que víctima de un poder sobrenatural, ni le valen lágrimas ni suspiros, el soplo de una fuerza superior á su voluntad la impele contra su propio albedrío, y cayendo como flor agostada sobre el pecho de París, cede por fin á sus bárbaras caricias. La idea de Helena surge como una estrella en la imaginación del gran cantor de Grecia. La pureza no la abandona en brazos del placer; la severidad de la virtud resplandece en aquel rostro manchado por el impuro beso de un mancebo. Cuando su voluntad habla, resiste á las caricias de la seducción con heroico valor; cuando la tempestad de la suerte juega con su pureza, rechina su frente sobre el pecho, y sufre resignada su desgracia.

Porque nació hermosa, la profanan los hombres; porque hija del cielo, está dotada con los dones de la inmortalidad, los pueblos la salpican de sangre; porque más grande que todas las ideas vive en un mundo superior á los seres que la rodean, desconocen su martirio y la maldicen los mismos griegos; cuando sin ella eterna noche oscureciera el horizonte de sus artes.

Homero, al caer el sol en occidente, cuando los mares murmuran religiosas plegarias y las áuras cantan poéticos himnos, apoyado en su báculo, llamando á la puerta de las chozas, regalaba el oído del fatigado guerrero con las hazañas de sus padres, olvidadas ya en su memoria, porque el tiempo las había borrado como borra el soplo del viento las cenizas de los héroes, y mostraba al par la pura imagen de Helena, que iluminaba su imaginación con divinos resplandores, como la primer estrella de la tarde alumbraba el azulado desierto de los cielos. Y aquella Helena era su amor, su idea, su inspiración. Por ella abandonó su patria y recorrió los campos; por ella no se acordó de su nombre, ni supo que dictaba un poema á la gloria; por ella cantó sangrientas hazañas y moduló tristes quejas; por ella, en fin, suspiró de gozo, sin duda, el día en que la muerte vino á anunciarle que iba á unirse con el ideal que había adivinado desde el fondo de la oscura tierra con su intuición sobrenatural y divina. Hecha por Homero la apoteosis de la idea griega, faltaba arrojar sobre la frente del Asia una maldición que la hiciese temblar; y Esquilo, el gran poeta que reproduce el nuevo choque del Oriente y del Occidente, se levanta con doble arrogancia é imprime el sello de la infamia en la frente de su enemiga eterna. Cada una de sus tragedias es una protesta contra la civilización, que intenta arrogante apagar en sus inteligencias las revelaciones de lo bello, y el odio y la venganza, que bebió en la sangre de Marathon, la escupe á la frente del coloso, que yace exánime á sus plantas, asaltado por las flechas que templaron sus padres en la ruina de Troya. Si no, véase en el Agamenon cómo truena contra París en estos robustos é inspirados versos (1)

Esquilo nació de la frente de Homero. Es la consecuencia lógica, necesaria del gran poema, que llevaba en sus cantos los gérmenes eternos de todas las artes. Si el cantor de Aquiles divinizó la inspiración griega, el cantor de Prometeo abrasó con el fuego de su génto los últimos restos de la civilización oriental. Grecia no venga el rapto de Helena aventando las cenizas de Troya; no, necesita de Marathon, de Platea y de Salamina para saciar su sed de odio, y derrocar como fortalezas ruinosas los inmensos imperios orientales. Homero no entona los últimos cantos de victoria por el rescate de Helena; Esquilo, templando su lira con la misma mano que había empuñado victoriosa espada, recogerá la herencia que legaron los pasados siglos de inmortal memoria.

De Esquilo pasaremos á Sófocles, y nunca sentimos más el gran trabajo que nos hemos propuesto, tal vez sin apreciar nuestras débiles fuerzas y sin consultar la importancia de tamaño asunto. Las dos grandes tragedias que á Helena dedicó Sófocles, han sido por el olvido devoradas; de suerte que los críticos aún no andan acordados sobre el argumento que debió tener la intitulada, «Rapto de Helena,» y la memoria de la humanidad sólo conserva algunos fragmentos incompletos y destrozados de la llamada *Ελένης ἀπαγωγή*. Los trabajos que eruditos entendidos han empleado para devolver á la vista estos monumentos destruidos del arte griego, merecían mejor éxito. El dolor que

causa tamaña desgracia sube de punto, si paramos mientes en que Sófocles fué el gran teólogo de la Theogonía helénica, y en que sus colosales obras encierran siempre un sentido místico, y son, por lo general, una verdadera alegoría metafísica. Los eruditos han pretendido rehacer la segunda de estas producciones, buscando sin descanso sus esparcidos fragmentos. De su trabajo se deduce que Ulises y Antenon luchan en Africa con las armas de su sabiduría por la suerte de Helena.

Si consideramos que ambos jefes representan, como hemos dicho, la sabiduría de Grecia y Troya, tendremos que Helena aparecerá á nuestros ojos con el brillo de que la reviste la idea oculta representada en su vida. En gipto derramaron su sabiduría los griegos para rescatarla, los troyanos para retenerla. En estos primitivos tiempos de que tratamos, la idea es la acción, el libro donde estudia el hombre es la vida y la sabiduría es la prudencia. Pero la ciencia ni en su cuna puede vivir sin alejar sombras de la mente de los pueblos y sin elevarse á la concepción de pensamientos, que rayan más alto de lo que rayar suelen las vulgares preocupaciones.

Tal vez Menelao no buscara en Troya más que el rescate de su esposa robada, y Agamenon la venganza de la torpe ofensa hecha á su familia; pero Ulises, igual á los dioses en prudencia, buscaba sin duda el tipo de la civilización helénica concedido á su patria como don celeste por Júpiter, y arrebatado por París, para quitar á sus enemigos toda grandeza y toda vida. La idea de Helena pasa como deslumbrante centella por la poesía épica en los sagrados tiempos heroicos, se cierne sobre la guerra grandiosa en que Grecia volvió á ver humillada á su rival, y en la lira de Sófocles canta con religioso acento como si fuera la diosa del inmortal templo del arte. El patriotismo griego no está aún satisfecho. La idea de Helena ha de recibir su última y más alta transformación en la inteligencia de Eurípides. El último de los grandes trágicos, á quien Aristóteles llamó el mayor de todos ellos, nos dice que la impura mujer, objeto de las caricias de París, ni fué impura, ni cayó en brazos del rival de Menelao. Veamos su tragedia. Helena, emanada sin duda de la tradición histórica, que como hemos dicho en la primera parte de este nuestro imperfectísimo trabajo, apuntó Herodoto en el libro segundo de su historia.

Aparece Helena á orillas del Nilo llorando su soledad en versos amorosísimos y de inexplicable sentimiento; porque la lengua griega es para el poeta, lo que los mármoles de Páros son para el escultor.

Juno, protegiendo con su poder á la hija de Leda, entrega á las caricias de París una ilusión, una forma sin vida, y el infeliz pastor cree que aquel delirio de sus extraviados sentidos es una realidad de amor y de placer. No podemos resistir á la tentación de hacer notar que difícilmente la fantástica inteligencia de los poetas alemanes hubiera podido inventar una leyenda más profunda y más filosófica. Sin duda la admiración que muchos poetas nos inspiran, proviene de nuestra ignorancia y del desden con que mirar solemos el estudio de la clásica antigüedad.

El hijo de Priamo llevaba en aquel fantasma de perfecta hermosura el símbolo de las aspiraciones humanas, que se creen poseedoras de lo infinito y vagan perdidas en el vacío y en las sombras.

Cuando Helena concluye de dar al viento sus quejas aparece en la escena un naufrago llamado Teucro, jefe también de las armadas griegas, arrojado por furioso huracán á las costas de Egipto, naufrago que al verla maldice la hermosura de Helena. Sin duda son sus quejas justas. Ajax ha caído herido por enemiga flecha sobre su escudo; Leda no pudiendo sufrir el cautiverio de su hija, se ha dormido en el seno de la muerte, y Cástor y Pólux han volado á habitar entre los astros para llorar con lágrimas eternas la afrenta de su hermana.

Fué bien fatal la hermosura de aquella mujer. Su patria la maldice y dos mundos chocan por su causa en el espacio, convirtiéndose en cenizas un imperio, cuyas silenciosas ruinas piden una sangrienta venganza.

Helena, al verse inocente y maldecida, suspira con afán por la muerte: que el corazón amargado no puede sufrir los tristes latidos de una vida condenada á la execración de las gentes. Para colmo de males, Menelao, perdido en la inmensidad, es juguete de las olas, que sin duda alguna le arrojarán á los espumosos abismos de los mares.

El coro, al ver tan desesperada á Helena, le dice que en apartada gruta habita una mujer, cuyos son los secretos de los mares. A sus piés depositan tributos de perlas las náyades, y en sus oídos murmuran cantos apacibles como el rumor de próspero viento las hermosas neréidas. Su vista abarca los abismos, y en alas de los huracanes recorre como blanca nube la azulada superficie del Océano.

Se llama Thenoe, y es sin duda la personificación de las prósperas señales que alegran el corazón del marino. Posee además el arte de adivinación, y sabe seguir en su inmortal vuelo al tiempo. Menelao, impulsado también por la tormenta, arriba á las costas de Egipto, como á ruegos de Helena había anunciado ya Thenoe. No puede dar crédito á sus ojos, y cree que es ilusión de su deseo aquella ideal mujer que le recibe en sus brazos. Entonces Helena le cuenta su desgracia y le dice

(1) Iliada, lib. III, v. 125 y sig.

(1) Διὶ τοῖς ἑσπέρων μέγαν αἰδοῦμαι
τον τῆδε πραχόντι· ἐπ' Ἀγέξ' ἀνδρῶν ἔτε.

que Mercurio la condujo á Egipto burlando los deseos de Páris (1).

Tal vez el principio utilitario personificado en Mercurio intentó sepultar en el olvido al principio artístico; pero Dios, que quiere el enaltecimiento de la humanidad, impulsó al génio de Grecia á las riberas de Egipto, para que la hermosura no faltase nunca al hombre en su peregrinacion por el ingrato suelo de este mundo.

Helena ruega á Thenoe que los proteja contra Theoclimenes, su hermano, que no dudaría en sacrificar al infeliz náufrago, y corona su ruego con una súplica religiosa, tan sublime como un canto de Calderon, tan dulce como unos versos de Petrarca.

Por fin, burlado Theoclimenes, Helena en brazos de su esposo se entrega á los vientos, y vuelve pura á las riberas de Grecia.

El arte griego ha cumplido ya su destino. Ha logrado por fin purificar á Helena. Ya no es prostituida amante é infiel esposa, sino pura vírgen insultada por la historia. Cada poeta ha impreso en sus lábios un ósculo de amor. Homero despierta su memoria en Grecia; Esquilo maldice á sus perseguidores; Sófocles la eleva en alas del génio á las esferas de la Theología pagana, y Eurípides la justifica, ciñendo á sus sienas la aureola de la inocencia.

El arte clásico no había aún cumplido su destino. Le faltaba iluminar el Capitolio. La literatura latina tomó un carácter más sombrío, más melancólico que la literatura griega. En medio de sus bacanales presiente la muerte que la espera, y en la cumbre del poder oye sin duda fermentar el rayo que la amenaza. Presiente que agitada Roma por un pensamiento incomprensible, trabaja y vierte su sangre para preparar el triunfo de las ideas que han de arrancar á su frente la preciosa corona del universo. Este es, sin duda, el secreto de esa tristeza indefinible que nos inspiran hasta los cantos más alegres de los poetas latinos. Las divinidades risueñas de los pueblos paganos, se ven en Roma oscurecidas por el excecicismo; la filosofía griega con sus mil ensueños alejada por la inflexible severidad de los legisladores; las batallas de los Tirteos, animadas por el soplo del arte, se reemplazan con los sangrientos combates inspirados por el más indiferente estoicismo, y aquellos juegos olímpicos tan risueños, huyen ante las sangrientas y horribles tragedias del Circo.

La nacionalidad romana tuvo su cuna en las ruinas de Troya. Helena vive entre el sepulcro de la civilización oriental y la cuna de la civilización clásica.

De suerte que Roma tendrá también cantores para su nombre. Empeñados nosotros en seguirla á Roma, la presentaremos muy de ligero, como conviene á nuestro propósito, en la poesía lírica, en la épica y en la trágica. Así nuestros lectores la verán renacer en Roma.

Ovidio la presenta en sus Heróidas. La carta que su génio dictó á Helena es un modelo de tierna delicadeza.

La heroína desatiende los ofrecimientos de Páris. La belleza de su rostro y el brillo de sus dones no son parte á deslumbrarla. El amor la atrae á sus redes, pero el remordimiento la detiene. Lucha con su mismo corazon y triunfa de sus instintos. Teme que Grecia la maldiga y Troya la desprecie. En el lecho del placer la nube del adulterio se levanta para emponzoñar toda dicha, para matar toda ilusion. Si cede, faltará á la fé prometida y borrará de sus lábios el casto beso que Menelao depositó en ellos cuando partió para Creta.

Con noble indignacion rechaza las palabras de Páris y dice que Theseo no logró triunfar de su virtud; que es inútil pintar con mágico pincel el placer que le espera y la corona que le promete. Si le siguiese, cruel guerra se desencadenaría en los cielos y en la tierra. Hecha trofeo de la victoria de Vénus, las diosas vencidas arremolinarian todas las iras del Olimpo contra Helena, y Menelao burlado, esgrimiria su espada para dar satisfaccion á su ofendido y maltratado honor.—«Entonces, ¿qué harías?» le dice con amargo desprecio, echándole en cara su amor á los placeres:

Bella gerant fortes; tu, Pari, semper ama.
Hectora, quem laudas, pro te pugnare jubeto;
Militia est operis altera digna tuis (2)

Virgilio intentó forjar un poema nacional. Si consiguió su intento, pueden decirlo los cristianos. Nosotros diremos tan sólo que en nombre del patriotismo, maldice á Helena, causa inocente de los trabajos de Eneas. Y en efecto, Virgilio, enalteciendo á Roma, hereda sus odios y cumple con su destino condenando á la mujer que ahogó en sangre la cuna de sus abuelos.

Así en la tremenda última noche de Troya, Eneas, fugitivo, vé á Helena refugiada en un templo. La cólera le ciega, y saca su espada para inmolarse aquella víctima sobre las ruinas de la espirante pátria. Mas Vénus la envuelve con su manto y la liberta de segura muerte (3).

Sin duda el amor conocia que sus víctimas enagenan la voluntad para seguirle al ara del sacrificio.

La poesía épica tiene su último desarrollo en

la poesía dramática. Así Séneca nos presenta también á Helena en el teatro.

Los griegos, destruida Troya, apréstanse á partir, y en aquel punto la sombra de Aquiles les detiene demandando el sacrificio de Polixenes, su prometida esposa. Agamenon se opone á colmar el deseo del hijo de Tetis; pero Calchas, consultando el porvenir, dice que ni próspero viento ni amiga onda impelerá sus naves si no consuman el horrendo sacrificio que demandan los manes irritados del héroe.

Helena acompaña á Polixenes hasta el ara diciendo estas terribles palabras:

Quicumque hymen funestus, illestabilis
Lamenta, cædes sanguinem, gemitus habet,
Est auspice Helena dignus (1).

Andrómaca la echa en cara sus crímenes, pero Helena dice:

Causa bellorum fui (2).

Más despues añade:

Deditque donum judici vietrix dea (3).

Hasta que llorosa y acongojada, envidia la suerte de la infeliz que va á morir (4).

El mundo antiguo ha desaparecido de la tierra, y Helena no ha muerto todavía, antes bien en nube resplandeciente, llevando consigo los secretos del arte, ha subido al cielo de la poesía moderna. Véase, pues, cómo la mujer más ultrajada de todas las mujeres fué engrandecida y levantada sobre todas ellas.

En el gran día en que el pantheismo logró escribir su divina comedia llamada el *Fausto*, Helena debía ser evocada de la eternidad como representante de la belleza clásica. En esas esferas, donde cada generacion entonó un canto y cada siglo depositó un secreto, lució la hermosura de Helena como luce la luna en la inmensidad del firmamento. Fausto, que revolvió las entrañas de la naturaleza, abismándose en el desierto de los cielos, ya para aspirar el aliento de vida que anima todo sér, ya para oír las eternas armonías que produce la inmensa escala de los mundos, no descansó de su peregrinacion ni exhaló el aroma de su alma al foco de la vida, sin haber antes adorado bajo el cielo de Grecia la belleza de Helena.

El doctor alemán, cuyo destino era fundir todas las ciencias en el crisol del escepticismo para extraer la verdad absoluta; unir todas las artes con la luminosa cadena del amor para forjar la belleza perfecta; reunir en el cielo inmortal de su espíritu todas las sustancias para rehacer lo infinito en la humana inteligencia con las formas de lo relativo; el doctor alemán, atormentado por un remordimiento y una esperanza, se perdió en brazos de Helena, para arrancarle el secreto del arte más grande que en su eterno cantar ha producido la humanidad.

Antes de llegar á su idea, envuelto en el torbellino del tiempo, oye la voz de las esfinges que se despiertan en sus lechos de piedra, y el canto de las sirenas que se levantan del fondo de los mares, como evocadas por la trompeta del juicio final. Y en efecto, el espíritu humano, poseedor de lo absoluto, ha llegado ya á los tiempos del Apocalipsis. Las ondas de luminosas ideas, que naturaleza arroja á sus plantas, son los secretos de los pasados siglos, que han perdido las nubes que los manchaban.

Fausto en su carrera reúne todas las ideas y todos los sistemas esparcidos, como rayos quebrados de luz, en la mente de los filósofos y de los poetas.

Así al verle cruzar recostado sobre la gloria, naturaleza se estremece, los filósofos levantan su voz, los sábios abandonan su laboratorio, porque comprenden sin duda que ha sonado en la eternidad la hora de la armonía universal representada por lo absoluto, cuyo santuario es el espíritu humano. Aquella sinfonia de todas las divinidades es el último gemido de una lira que se rompe. Fausto, refugiado en un templo gótico, arca de la alianza, donde se encierran las oraciones y las lágrimas de los hombres, recibe á la mística luz de las lámparas que oscilan como el corazon del creyente, el privilegio artístico (Helena), y de aquel enlace de amor surge la poesía moderna.

Fausto consagró á los pies de Helena el génio de Byron; de ese poeta que cantaba sobre las ruinas de las antiguas instituciones destruidas por el poder del pueblo, resumiendo en sí toda una época.

El canto de Byron fué una blasfemia, su vida una orgía. El mundo le había herido en el corazon, y destilaba sangre. Quería amor, y encontró desengaños; buscaba ciencia, y en el fondo del saber halló la duda. Tenia en su mente la eternidad, y el tiempo le encadenaba á su carro; concebía lo infinito, y el espacio le encerraba en su triste sepulcro. Nacido al pié de las ruinas, cantó como un cisne; ansioso de luz, ascendió al sol para descubrir tan sólo las manchas de su disco. Turbó con su canto la felicidad de mil pueblos, y dictó sus negaciones á la Europa entera. Era el ángel caído que llevaba en sus manos la lira del cielo. Su grandeza fué su martirio. Por más que intentaba encenagarse en el vicio, la corona de su génio flotaba

siempre en el cielo. No tenia fé, y peleó por la fé; se burlaba del hombre, y murió por el hombre.

Aquel poeta, que se reía del amor, fué á buscar amor bajo el cielo de Grecia y al pié de la tumba de Helena. Allí la muerte, compadecida de sus dolores, selló su frente con un beso de paz.

Helena, pues, ha pasado por la imaginacion de todos los siglos. El espíritu humado la ha purificado de sus crímenes. Ya no es una mujer, no es una idea. Asentado esto, si contamos con tiempo y espacio, examinaremos cómo los filósofos han juzgado el arte clásico, del cual fué un símbolo Helena.

EMILIO CASTELAR.

ORLANDO FURIOSO.

Canto vigésimo nono.

(TRADUCCION LIBRE.)

¡Oh del mortal enferma, instable mente,
cuánto eres fácil á cambiar de juicio!
Toda idea mudamos fácilmente,
y más si nace de amoroso vicio.
Yo contra las mujeres tan ardiente
del infiel ví primero el maleficio,
que no pensé que su odio se entibiara,
cuanto más que á extinguirse al fin llegará.

De lo que dijo aquél en daño vuestro,
¡bellas damas! estoy tan resentido,
que mientras con su mal no lo demuestro,
no le perdono el crimen cometido;
y moveré mi pluma con tal estro,
que patente he de hacer cómo ha mentido,
y que más de callarse le valiera,
y que la torpe lengua se mordiera.

Y que ella habló de loca y desmandada
os lo demuestra clara la experiencia.
Contra todas sacó de antes la espada,
sin hacer de ninguna diferencia,
y de Isabel despues una mirada
le hace cambiar de juicio y de conciencia;
la ha visto apenas y quién es ignora,
y en vez de su otra dama ya la adora.

Y en servicio de amor, que así le anuda,
con frívolas argucias del momento,
piensa que el brio debilita y muda
de aquel entero y firme pensamiento.
Mas el buen eremita que la escuda,
para que no abandone el casto intento,
con cuanto esfuerzo puede le rebate,
y con sanas razones le combate.

Despues que oyó el infiel (¡como no sabel!)
del fraile audáz el discutir esperto,
é inútilmente le gritó que acabe,
y vaya en paz, sin ella á su desierto,
y viendo que con él trégua no cabe,
y que le está dañando á golpe cierto,
á las barbas con rabia le echa mano,
y cuantas le cogió le arranca insano.

Y tal se irrita, que su diestra el cuello,
á modo de tenaza le acongoja,
y con dos vueltas córtale el resuello,
y cual pelota al aire, al mar le arroja.
Ni sé, ni digo lo que fué de aquello;
que la fama parlara lo recoja.
Contra un escollo dicen que tal queda
que no hay faccion que distinguirse pueda.

Cuentan unos que al mar fué el monge grave
que de allí millas tres brama lejano,
y que se ahogó, porque nadar no sabe,
y preces y oraciones rezó en vano:
otros, que un santo le aceró una trave
y le sacó á la orilla por su mano.
Lo que de cierto al fraile pasaria
no ha de decirlo ya la historia mia.

Rodomonte cruel, que se ha quitado
así del medio al gárrulo eremita
con rostro se volvió, ménos turbado,
hacia la pobre dama que aun palpita.
Y con aquel acento, siempre usado
por los amantes, llámala su vida,
luz y esperanza de sus dias bellos,
y otros nombres que siguen detrás de ellos.

Y tan suave y cortés muéstrase ahora,
que la fuerza no asoma su cabeza.
El semblante gentil que le enamora
apaga en él la sólita fiereza,
y si el fruto cojer puede en buen hora,
no quiere aún pasar de la corteza;
que no por bueno y plácido lo estima,
si no lo dá la voluntad sin grima.

Preparar á Isabel al juego impuro
de su amor, poco á poco, pretendia.
Ella sola, perdida en monte oscuro,
raton que coje el gato se creia,
y prefiriera arder en fuego puro:
mas en su mente el caso aun revolvia,
por si un recurso descubrir lograra
que del trance, sin mancha, la sacára.

Propónese en el alma el firme intento
de darse por su mano ántes la muerte
que el sarraceno vil logre su intento,
dándole la ocasion de errar tan fuerte
contra aquel que en sus brazos el aliento
le apagó, amante, despiadada suerte;
y al cual le habia, con pensar devoto,
hecho de castidad perenne voto.

(1) Ο Διός, ὀδίου, ὦ ποιοι,
μ'επιλασεν Νεϊλω

(2) Heroid, XVII, v. 254 seqq.

(3) Encida. Véase desde el verso 567 hasta el 587.

(1) Séneca. Troacles, act. IV, v. 862.

(2) V. 918.

(3) V. 922.

(4) V. 939.

Mira ir creciendo el apetito luego del bruto rey, ni sabe ya qué hacerse: bien conoce á cual acto aspira ciego y que su esfuerzo es pobre á defenderse. De cien cosas, en tanto, en el trasiego, halló por fin el medio á qué atenerse, para salvar su castidad: el modo con gloria de su nombre oíganle todo.

Al pagano que torpe ya venía con palabras y acciones que atropella, depuesta la amorosa cortesía que en su primero hablar usó con ella, «si haceis (le dijo) que la fama mía de nada tema, y me salvais doncella, cosa en cambio os daré, que os indemnice de quitar el honor á una infelice.

«Por el placer ligero de un momento, que abundante hallareis tanto en el mundo, no despreciéis un eterno contento: un gozo entre los gozos sin segundo. Hallareis quien os dé mujeres ciento, de lindas formas, de mirar jocundo: mas que os pueda lograr este don mio, á que halles uno solo os desaffo.

Sé de una yerba, asaz desconocida, (y aquí cerca la he visto en la campaña) que con yedra y con otras bien cocida, al fuego de un ciprés de verde caña, y por manos de virgen esprimida, un jugo dá, que á quien con él se baña por tres veces, la piel le hace tan dura, que contra hierro y fuego le asegura.

Digo que si tres veces se hace untura, la acción invulnerable un mes se lleva: mas como solo un mes su virtud dura, debe por cada luna hacerse nueva. Yo sé hacerla y mi labio os asegura que hoy mismo, si quereis, tendreis la prueba, que juzgo os ha de ser de más agrado que haber toda la Europa sojuzgado.

Y en justa recompensa exijo de esto, que me juréis, de fe y honor en sino, que no á mi honestidad seréis molesto con palabra, ademan, acto mezquino.» Así diciendo, á Rodomonte honesto volvió de audaz, que acceso tal le vino de verse invulnerable, que la ofrece cuanto le pide, y más que ella merece.

Y hasta que pruebe, cumplirálo exacto del admirable jugo la experiencia, esforzándose en tanto á no hacer acto ni aún la más leve muestra de violencia: mas piensa en su interior romper el pacto; porque no guarda ley, ni reverencia á Dios ni á santos; y en faltar á todo, sigue de Africa vil el uso y modo.

De no más molestarla, á la doncella protestas el pagano le hace á miles, porque apanarle el jugo pueda ella que le vuelva invencible como Aquiles. Montaña y valle oscuro, Isabel huella: léjos de villa y chozas pastoriles muchas yerbas recoge. El argelino no la abandona y síguela vecino.

Cuando, en diversos sitios, lo bastante, y adecuado juntaron al consumo, volvió tarde á la gruta el par errante; donde el modelo aquél de pudor sumo ocupó de la noche lo restante en cocer yerbas y extraer el zumo; y el arte y el cuidado que ponía el rey de Argel con interés seguía.

El cual, con pocos siervos que llevaba, velar quiso esa noche, en grato juego, porque en la estrecha gruta que encerraba todo el calor del encendido fuego, tal sed tenía que, con ansia brava, dos barriles bebió llenos del Griego, que arrebatado habian dias antes sus sirvientes á tristes caminantes.

No estaba el rey acostumbrado al vino, pues su Alá lo prohíbe y lo condena: mas no bien lo gustó, maná divino le pareció, que calma toda pena; y reprendiendo el rito Sarracino, sendos frascos trasiega, vasos llena; con lo que siente andárselo en contorno la cabeza, girando como un tornio.

La dama, en esto, aparta la caldera del fuego en que las yerbas han cocido, y dice á Rodomonte: «por que entera puedas ver la verdad de lo ofrecido, y por que aprenda el vulgo, que adultera el secreto que oyó, no bien sabido, hoy en mí misma el ejemplar primero, y no en agenos cuerpos, hacer quiero.

Y antes que nadie probaré el reciente preparado licor, de virtud lleno, porque no llegue á sospechar tu mente que te aplico tal vez mortal veneno; y dél me bañaré desde la frente, por la cabeza, y por el cuello y seno: tú luego, con tu fuerza tan probada, descarga en mí la cortadora espada.»

Cual dijo se bañó; y el cuello erguido al incauto del rey, puso desnudo: incauto, y aun del vino ya vencido, contra el que vanos son yelmo y escudo.

Y el bárbaro bestial, que lo ha creído, descarga tan feroz el hierro crudo, que de aquel tipo insigne de belleza hizo torso, segando la cabeza.

Dió tres saltos, y voz oyóse clara que pronunciaba el nombre de ¡Cerbino! por quien ella la vía encontró rara de escapar al baldon del argelino. ¡Alma, que en más tuviste la fé cara, y el casi ignoto nombre peregrino que tu vida y tu edad, en flor tan verde, no la tierra tu casto ejemplo pierde!

¡Véte en paz, alma pura, casta y bella! ¡A Dios plugiera que esta vez mi canto tuviese el dulce són, la gracia aquella que al sentido decir adorna tanto; porque mil y mil años, como estrella brillase en nuestra edad tu nombre santo! ¡Sube al cielo, y ejemplo sin segundo dó aprendan las demás deja en el mundo!

Al acto de virtud incomparable, volvió los ojos el fautor del cielo, y dijo: «Esta ha vencido á la implacable que á Tarquino privó de trono y suelo; y por ella una ley haré durable que al mundo sirva de eterno consuelo: la cual, por las sagradas aguas, juro que no la ha de cambiar siglo futuro.

Quiero que la que tenga en adelante el nombre suyo, refulgir se vea, y que bella, cortés, discreta, amante, de honestidad y honor ejemplo sea; porque ese dulce nombre hagan brillantes los mármoles y el bronce en que se lea; y estén Parnaso y Pindo, en tono blando, ¡Isabel! ¡Isabel! siempre sonando.»

Dice, y el aire se serena en torno, y como nunca el mar se ve calmado, y al tercer cielo el alma vá en retorno, á ser feliz de su Cerbino al lado. Mas lleno de dolor queda y bochorno aquel nuevo Breúso despiadado; que el efecto no bien pasó del vino, su error maldijo y su funesto sino.

Luego pensó como aplacar podria el alma celestial de la doncella, y ya que dado muerte al cuerpo habia darle otra vida á la memoria de ella; y cual medio encontró que lo cumpla, el convertir la ermita humilde aquella donde habitaba y la mató beodo, en un sepulcro; y escuchad el modo.

Hace venir de la comarca entera alarifes, por miedo y varias trazas, y de gente seis mil, que en la cantera cercana, losas corte á hierro y mazas, con que un cerco se forme, de manera que, del frente á los piés, noventa brazas mida, y pueda la Iglesia encerrar dentro, que guarde á los amantes en su centro.

Casi imita á la mole que eminente alzó Adriano en la márgen Tiberina. Labra junto al sepulcro torre ingente, que, á vivirla algun tiempo, el rey destina. De dos brazas, no más de anchura, un puente sobre el agua, que corre allí vecina, arma que dos caballos, con el pecho, llenáran, y es larguísimo, aunque estrecho.

Dos que, á la par, vinieran sin reparo, ó que llegáran de la opuesta vía; petriles no la deja, ni otro amparo, y caer de ambos lados se podia; pues quiere que, aquel paso cueste caro al guerrero pagano ó de María; que del despojo suyo, armas sin cuento promete al funerario monumento.

En diez dias no más quedó perfeta, y aun algo ménos, la labor del puente: mas no la del sepulcro se sujeta á tal plazo, y la torre está aparente sólo para que ocupe la veleta guarda, que otea el campo, permanente, y al primer caballero que trasmonte avise con el cuerno á Rodomonte,

Este sus armas viste y pronto acorre á esperarle á la una ú otra vía; que si el guerrero andaba hácia la torre, al frente opuesto el rey de Argel salía. Es el puentucho el campo en que se corre, y si el corcel un nada se desvía, vá, de bien alto, al rio que es profundo; y peligro mayor no hay en el mundo.

Se habia imaginado el argelino que aunque al rio cayera de cabeza, beber no le dañaba agua sin tino, más antes, de ese modo, de la alteza del yerro, á que le indujo el mucho vino, la mucha agua purgara la impureza; pues que el agua, á su vez, borra ó amengua error que el vino obró con mano ó lengua.

Pronto ocurrió de muchos la venida; que á los unos la recta vía trujo, pues siendo la directa esta avenida, tomar otro camino fuera lujo; y el honor, que más aman que la vida, á probar su valer á otros condujo; y pensando ganar todos la palma, suelta alguno el arnés, muchos el alma.

Del que era de su ley, el argelino con las armas no más, se contentaba; y, sobrepuesto el nombre del mezquino, del recinto en los muros las colgaba: más al que de la Cruz adora el sino, guarda preso, si á Argel no le mandaba. Aún no era toco terminado, cuando allí vino á parar el loco Orlando.

Por azar vino el paladin violento de este rio á pisar la gran ribera en donde Rodomonte, como os cuento, aprisa edificaba: y aún no era ni con mucho acabado el monumento, si bien, ya todo en armas, sin visera, estaba el rey de Argel, feroz no poco, cuando al rio y al puente llegó el loco.

Brinca el terrible conde la estacada, que le impulsa el furor, y al puente corre; más Rodomonte, con la faz airada, como se hallaba á pié, junto á la torre, desdeñando sacar por él la espada grita con voz que el ámbito recorre: «¡Eh! temerario, imbécil, delirante, miserable patan, pára al instante.

Para nobles señores este puente es y no para tí, bestia palurda.» Orlando, que no allí tiene la mente, sigue y pone al infel oreja burda. «Preciso es que castigue á ese demente, (dice el pagano) y con la mano zurda, se avanzaba á arrojarlo ya en la onda, no pensando encontrar quien le responda.

En tal momento una gentil doncella para pasar el puente llega al rio, ricamente vestida, de faz bella, y de hermoso mirar, aunque sombrío. Era, Señor, si os acordais, aquella que, contrariada por el hado impío, á excepcion de París donde se hallaba, á Brandimarte por do quier buscaba.

Cuando llegaba Flordelis al puente, (que así la dama hermosa se decia) pensaba Orlando al africano ardiente que arrojarle en el rio pretendia. La jóven que conoce en el demente al conde Orlando á quien tratado habia, al verle, en su locura, allí desnudo, de maravilla en sí volver no pudo.

Qué fin tendria, á contemplar se pára, la lucha entre ese par tan poderoso: ponen todo su esfuerzo, cara á cara, por lanzarse uno á otro al rio undoso. «¿Cómo un loco tendrá fuerza tan rara?» (entre dientes murmura el rey furioso), y el pecho hinchado de soberbia ira, aquí y allí se vuelve, y tuerce y gira.

Con una y otra mano va buscando donde pueda más fácil hacer presa: ya por dentro ó por fuera le va echando el pié, que entre los suyos atraviesa. Parece Rodomonte, contra Orlando, osa que al árbol, do cayó sorpresa, se arroja imbécil, con inquina triste, y al que no tiene culpa, odia y embiste.

El conde que, vagando peregrino tiene el ingenio, y solo fuerza brava usa: esa fuerza que el asombro vino del mundo á ser, que igual no la contaba, del puente se dejó caer supino, abrazado al pagano como estaba. Caen juntos del rio á lo más hondo: salta el agua: retiembla el mismo fondo.

La corriente rompió sus fuertes lazos. Desnudo Orlando está: como un pez nada: de aquí los piés, de allí mueve los brazos: llega á la orilla: sigue á la estacada, y salta, y corre, y no le dá embarazos que juzguen bien ó mal de su escapada. Mas el pagano armado, en esa brega, tarde y con gran trabajo al márgen llega.

Seguramente Flordelis en tanto callada se apartó de puente y vía, y entró á reconocer el templo santo por si de Brandimarte armas habia, y dél no viendo escudo, arnés, ni manto, piensa que en otra parte le hallaria. Mas al conde volvamos que se aleja, y atras la torre, el rio, el puente deja.

Será tal vez locura que de Orlando las locuras os cuente una por una: tantas fueron y tales que contando no acabara jamás: pero si alguna insigne que narrar pueda cantando, y que á la historia mia halle oportuna; no debiendo callar la milagrosa que en Pirene ocurrió junto á Tolosa.

Arrebatado de su loca mente, corre el conde harta tierra y nunca pára, hasta que al fin al monte llegó ingente, que del francés al tarracón separa, si bien teniendo aún vuelta la frente hácia dó esconde el sol su roja cara. Allí, desde el gran monte se encamina por senda estrecha, al valle que domina.

Con él, en esto á emparejar llegaban dos jóvenes labriegos que delante con leña un asno, en gran porcion llevaban; y como vieran bien por el talante,

que la razón y el juicio le faltaban, le gritaron con voz amenazante, que atrás ó á los costados se volviera, y el camino espedito les pusiera.

Al simple amenazar del par sencillo, Orlando no responde: mas con ira, trae á sí de una pata al borriquillo, y con la fuerza que do quier se admira, al alto lo echa tal, que un pajarillo le parece, volando, al que lo mira, y vá á dar á la cima de un collado, á una milla del valle levantado.

Luego entrar con los jóvenes intenta: de los cuales el uno, con ventura mayor que juicio, arrójase á sesenta brazas del suelo ¡tanta es su pavor! más á la mitad del viaje le sustenta de una mata de rubia la espesura, que blanda le recibe, y no le daña sino en el rostro y cuello que le araña.

Asirse de un arbusto el otro estima, que de la roca sale escueto y fuerte, porque espera, si llega hasta su cima, que ese medio del loco le liberte: mas éste al que trepaba se aproxima: los piés le agarra; ansía darle muerte; y cuanto puede dilatar los brazos los estiendo y le rasga en dos pedazos.

No de otro modo hacer verás frecuente con ganso ó pollastron, con el intento de sacarle el menudo, así caliente, para satisfacer á Astor hambriento. ¡Ya veis si tuvo suerte, el que pendiente estuvo de romperse el osamento. El tal su raro azar contó prolijo, y lo escuchó Turpino y nos lo dijo.

Y esta y otras mil cosas estupendas hizo, al pasar la célebre montaña, donde, tras muchos lances y contiendas, siempre al medio día, bajó á España, y al largo de la mar, llegó, por sendas, al litoral que á Tarragona baña; dó al impulso del fuego que le abrasa, piensa hacerse en la arena albergue y casa.

En ella, pues, del sol el rayo esquiva; y ocupaba aquel triste hueco insano, cuando aparece Angélica, en la riva, por azar, con su bello mauritano; que de los montes, como os dije arriba, bajaban juntamente al suelo hispano. La hermosa aquí, que en él no reparaba, ya á dos pasos del loco se encontraba.

Iba á pasar, pues nada la previene que fuese Orlando aquél, su antiguo amante; tal, desde entonces su furor le tiene, á sombra y sol desnudo caminante. Aunque naciera en la árida Sirene, ó donde á Amón dá culto el Garam ante, ó dó el Nilo, al nacer, á Egipto alegría, no pudiera tener la piel más negra.

Con el oso su aguda faz confronta: sus ojos, como en cueva están profunda: hispido pelo la cerviz remonta y espesa y fosca barba el pecho inunda. No bien ella le observa, vuelve pronta, de la vision temblando, furibunda: gritos al aire desolada envía, y socorro y favor pide á su guía.

En cuanto Orlando en ella ha reparado, á fin de detenerla, en pié se ha erguido, y tal le place el rostro delicado, que de pronto su antojo le ha venido. De tanto en su servicio haber pasado, todo recuerdo en él era extinguido, y echa á correr detrás de la manera que corre el cán al perseguir la fiera.

El joven que vé al loco ir con presteza tras su dama, el corcéel le echa, rabioso, y le sigue y percuta con rudeza; y como le dá espaldas el furioso piensa que ha de cortarle la cabeza: pero encuentra una piel cual la de un oso; y aun más, porque una hada con su hechizo, invulnerable á su nacer le hizo.

Cuando Orlando el granizo que en él llueve llega á sentir, el puño aprieta cierto, y con la fuerza que pensar se debe, al caballo, que el moro rige esperto, dá en la cabeza, y como á vidrio leve se la rompe y al bruto deja muerto; y trás de la beldad que vá delante otra vez á correr se echa al instante.

La dama, porque el ímpetu no pierda, á la yegua el ijar toca y retoca, que en tal aprieto aún le parece lerdá aunque sale cual flecha de la coca. Del anillo que lleva aquí se acuerda, para salvarse, y llévalo á la boca, y con su usado oficio la tumbaga, como el soplo á la luz, su vista apaga.

O fuese el miedo, ó bien que se agitaba al sacar el anillo y escondello, ó que veloz la yegua tropezaba, (que no puedo afirmar esto ni aquello) en el instante que en su boca entraba la sortija, celando el rostro bello, pierde el arzon, los piés van por el aire, y á la arena vá á dar con gran donaire.

Sobre el loco á caer fuera sin duda á muy poco que el salto avanzara: bien es que el ángel suyo aquí la acuda, porque al choque la vida perdería. Busque, pues, que otro hurto le dé ayuda de otro animal, como el que tuvo un día; que ya más no ha de ver ese que, al frente del conde, corre por la arena ardiente.

Mas no dudeis que ella sabrá buscarse su menester, y vamos ora á Orlando, en quien no puede el gran furor calmarse de ver que se va Angélica ocultando. Sigue en tanto á la alfana sin pararse, y el loco más y más se va acercando: ya la toca; las crines ya le alcanza; luego el freno, y al cabo la afianza.

La coje el paladin con el contento con que un galan cogiera á una doncella. Brida y riendas la arregla en un momento, y de un ligero salto monta en ella; y la impele, y corriendo millas ciento, sin parar de esta parte ni de aquella, no la quita jamás freno ni silla, ni la deja comer ni áun yerbecilla.

Con la infeliz tirarse quiere á un foso y se arroja de lo alto de una loma: no daña al loco el salto peligroso, más la misera bestia se desloma. Cómo la ha de sacar no vé el furioso, y al fin á cuestras rápido la toma, y del barranco sale, y con su carga corre sin detenerse legua larga.

Viendo luego que el peso le incomoda, pónela en tierra y llévala de mano. Ella le sigue, derrengada toda, y él «anda, torpe.» le decía en vano; y que no trote y corra le incomoda, que quisiera eso y más el triste insano. El ronzal de su cuello al fin desata y por detrás de un pié la enreda y ata.

Y así la arrastra, y la persuade atenta, que á seguirle mejor con eso acierta. Del camino en los cantos, ya cruento deja el pelo; la piel tiene ya abierta, y del cansancio al fin y del tormento, la mal llevada bestia cae muerta. Ni lo vé, ni lo advierte el paladino, y corriendo prosigue su camino.

Mas, ni aunque muerta, de arrastrarla deja, dirigiendo su marcha al Occidente; y con campos y casas empareja, si ganas de comer ó beber siente; y fruta y carne y pan roba, y aqueja con feroz trato y fuerzas á la gente; que á éste hiere, á ese mata, y pára poco, y ¡adelante! ¡adelante! grita el loco.

Sino por el anillo, aquel tan fiero, eso, y más con su dama cumpliría, que encuentra en hacer daño gozo entero y no blanco de negro discernía. ¡Ah! maldito el anillo y el guerrero que, tan sin juicio, dado se lo había! Sin él, vengára el loco, en dos instantes su fe violada y la de cien amantes.

Ni á esos solos: más ojalá que Orlando vengar pudiera á ciantos son y han sido; que es falsa la mujer, y está probando que para ageno bien nunca ha servido. Mas antes que, las cuerdas yo templando, vuelva otra vez la lira á su sonido, acallarla será prudencia mucha, y dar menos fatiga al que la escucha.

EL CONDE DE CHESTE.

LOS BUFONES EN ALGUNOS ESTADOS ALEMANES.

En 1461 en Bohemia se trató de decidir una importante disputa religiosa, por medio de un combate entre dos bufones. El rey de Hungría, Matías Corvino, y el rey de Bohemia, Jorge Podiebrad, tuvieron una conferencia en Praga. El rey Jorge, partidario de la Reforma, era suegro de Corvino, y Corvino era católico. Cada uno de ellos levantó una magnífica tienda, y en ambas alternativamente se reunían las dos córtes, y disputaban sobre puntos religiosos. Tomaban parte en las conferencias, no solamente los cortesanos de Bohemia y Hungría, sino tambien el Nuncio del Papa, y últimamente hasta los bufones.

El consejero Isdengo, que recibía una subvención secreta de Matías Corvino, propuso que para decidir si era mejor la Reforma que el catolicismo, peleasen los dos bufones: el de Hungría, por la religión católica, y el de Bohemia, por la Reforma. El Nuncio del Papa protestó contra semejante proposición; pero los dos soberanos creyeron excelente la idea, proponiéndose sacar de ella gran partido para su entretenimiento. Por consiguiente, los bufones tuvieron orden de pelear uno con otro en defensa de su respectiva fé. Los bufones, despues de haberse exasperado mutuamente con dicterios y voces, comenzaron la lucha. Los espectadores atendían á los argumentos de fuerza que cada uno de los combatientes producía: los bohemios, partidarios de la Reforma, estaban muy esperanzados por que su campeón era un hombre gigantesco, mientras que el contrario no pasaba de la estatura comun. El húngaro, sin embargo, se mantuvo

firme en la pelea, y al cabo de algun tiempo, luego que de la lucha á brazo pasaron á los golpes, dió uno tan fuerte á su contrario que le hubiera tendido en el suelo sino hubiera sido sostenido por un compatriota suyo que estaba á su espalda. Los húngaros inmediatamente gritaron, ¡traicion! los bohemios gritaron á su vez y de las exclamaciones, ambas partes acudieron á las espadas, y en breve hubo una pelea de la cual los dos bufones se retiraron y estuvieron contemplándola con la risa en los labios. Sus amos tuvieron gran dificultad en apaciguar el tumulto, que produjo algunas muertes y heridas, y finalmente Isdengo fué desterrado por haber hecho la proposición y haber dejado la cuestion religiosa al arbitrio de un par de bufones.

Cuando Luis II de Hungría y I de Bohemia visitó á Erlau en 1520, encontró en casa del gobernador un par dealcones de los mejores y un bufon de los más famosos que habia visto; y tanto le agradaron losalcones y el bufon, que quiso comprarlos. Y en efecto los compró por 40.000 guldens ó sean unos 15 á 20.000 duros. Como esta cantidad incluía tambien el precio de losalcones, no podemos saber á punto fijo cuánto valía en aquel tiempo un bufon de los más famosos, si bien desde el tiempo de Esopo, á quien vendieron por seis cuartos, el precio habia aumentado considerablemente.

Federico, el de la cara mordida, príncipe de Turingia, debió éste sobrenombre y la cicatriz que se le ocasionó, al hecho de un bufon de su córte. Parece que el padre de Federico, el Landgrave Alberto de Turingia, quería á la señora Cunegunda de Eisenberg más que á su esposa Margarita, hija del Emperador Felipe II. El bufon, que se empleaba en llevar leña y agua al castillo de Wartburg, donde residía Margarita, se encontró un día con Cunegunda, la cual, con amenazas terribles, le hizo prometer que asesinaría á la esposa del Landgrave. No obstante, el bufon no pensó cumplir su promesa; antes bien, entró en la habitación de Margarita para revelarle la conspiración y pedirle perdón de su falta. La pobre Margarita, persuadida de que su vida no estaba segura, desde el momento en que Cunegunda de Eisenberg habia resuelto quitársela, emprendió la fuga; pero antes quiso despedirse de su hijo Federico, y en el ansia por besarle, le mordió la cara y le hizo una cicatriz que le duró toda su vida. Los historiadores no nos dan el nombre del fiel bufon; pero sí dicen que estuvo al servicio de Margarita durante los pocos meses que restaron de vida á ésta princesa, la cual falleció en Francfort sobre el Maine.

El bufon más famoso del siglo siguiente fué Jenni von Stocken, agregado á la córte de Leopoldo el Piadoso. Su amo le estimaba mucho por los consejos que le daba y que le hubieran aprovechado grandemente si los hubiese seguido. Entre otros consejos le dió el de no entrar en los desfiladeros de Suiza sin haberse asegurado la retirada; y la batalla de Sempach, en el año 1383, demostró que las advertencias del bufon eran dignas de haberse tenido en cuenta.

A fines del siglo xv y principios del xvi, floreció en la córte electoral de Sajonia el bufon Klaus von Ranstadt, que sirvió sucesivamente á cuatro electores. El primero, que fué el elector Ernesto, encontró á Klaus guardando gansos: pasaba el príncipe de Ranstadt con gran séquito de hombres, caballos y carros cuando Klaus, deseando ver la comitiva y no queriendo dejar á los gansos, ató á los más jóvenes á su cinturón por el cuello, y con los dos más viejos bajo el brazo, se puso á ver la procesion. El príncipe no pudo contener la risa al ver á aquel hombre que habia ahorcado los gansos. Le hizo varias preguntas y complacido con sus respuestas, le agregó á su córte como bufon. El elector Federico viendo amenazados sus dominios de una invasion, se inclinaba á entrar en tratos con el enemigo, y preguntando á Klaus sobre el asunto, Klaus le contestó:—Dáme tu mejor capa y te lo diré. Federico mandó darle, en efecto, su mejor capa, y Klaus retirándose á un lado la rasgó en dos pedazos y volvió llevando cada uno colgado de un hombro. El elector, irritado, preguntó qué significaba aquella chanza.—Significa, dijo Klaus, que si tratas con el enemigo te presentarás á la vista del público de un modo tan ridículo con la mitad de tus dominios como yo con la mitad de tu capa.

El Landgrave Felipe de Baden, contemporáneo del anterior, tenía un bufon llamado Pedro Barenhaist. Un día el Landgrave se quejó de un gran dolor de cabeza, consecuencia de una noche de orgía. El bufon le dijo que sabia el modo de curar aquel dolor.—¿Y qué remedio me das?—preguntó el Landgrave.—Que vuelvas á beber hoy tambien,—contestó Pedro.—Pero entonces mañana tendré el dolor más fuerte,—dijo el príncipe.—Mañana debes beber más entonces.—¿Y en qué vendrá á parar tu remedio?—En que serás tan loco como yo.

En 1519, en presencia del duque de Sajonia y de su bufon, hubo una discusión en Wittenberg entre Lutero y Eck acerca de los Artículos de la Fé. Algunos cortesanos dijeron al bufon que Lutero y Eck estaban disputando acerca de su matrimonio, apoyándole Lutero y combatiéndole Eck. El bufon no tenía más que un ojo, pero aquel ojo brillaba de indignación contra Eck, á quien suponía opuesto á su matrimonio. Eck sufrió por algun tiempo con paciencia la mirada indignada del tuerto, pero al fin, causado, y no comprendiendo lo que significaba, le contestó remedándole y guiñando uno de sus ojos. Entonces el bufon, perdiendo los

estribos, se dirigió á Eck, le insultó, le llamó tunante, embustero, ladrón y salió de la estancia saltando entre la risa universal del auditorio. Esto muestra qué clase de chistes se permitían á los bufones en aquel tiempo.

Como prueba de la grosería de las costumbres, citaremos el caso del bufon Conrado Pocher. Este era pastor de vacas, y tenía por ayudante á un muchacho endeble y enfermizo. Pocher, movido á compasión por la vida de trabajos que esperaba á aquel niño, le ahorcó de un árbol. Sujetósele á juicio por aquel asesinato, pero se defendió diciendo que había hecho un gran beneficio á aquel muchacho infeliz, abandonado y enfermo, de tal suerte, que su elocuencia tuvo en constante alegría al Tribunal, y el elector Palatino, en cuya corte ocurría el caso, inmediatamente le nombró su bufon. Divertíase en cortar las colas á las vacas del elector para que pudieran tener apariencia de caballos, y en una ocasión, cuando su amo puso sitio á una pequeña ciudad á la cual quería reducir por hambre, Pocher estuvo tres días tendido en el foso en dirección á la ciudad, diciendo que de aquella manera apresuraría su rendición. Los pastores en las pequeñas cortes de Alemania, parecía que eran en los tiempos antiguos, gente calificada para subir al empleo de bufon, porque encontramos otro pastor de vacas en Pomerania, llamado Claus Hintze, que entró al servicio del duque Juan Steltin y fué tan favorito de su amo, que éste le nombró señor de la Villa-Butter.

En el siglo xvii brilló en la corte de Sajonia un bufon no oficial, pero más digno de serlo que otros muchos. Llamábase Tanbman. Tenía algo de poeta, algo también de filósofo y era instruido. Como su pobreza no le permitía tener el lujo que deseaba, se presentaba con frecuencia en la corte, donde se pagaban sus chanzas con dinero, ricos manjares y costosos vinos. En una ocasión Tanbman preguntó al cardenal Clesel si sabía dónde no estaba Dios.—En el infierno, contestó el cardenal inmediatamente.—Ni tampoco en Roma, contestó el bufon; porque si estuviera en Roma, ¿para qué quería un vicegerente?

Tanbman murió en 1613, y el elector Juan Jorge I nombró para sucederle nada menos que tres bufones: el uno llamado Miguel, el otro Gaspar y el otro Bolla. Este era italiano y sobresaliente en componer versos en latin macarrónico.

A principios del siglo xviii, en la corte de Federico Guillermo I, rey de Prusia, vivía el baron von Gunding, hombre de carrera y de buena familia que fué elegido por el rey para entretenerse en sus horas de ocio deseando instruirse y divertirse al mismo tiempo. El baron era muy pedante; tenía un orgullo desmesurado y una afición decidida al vino. El rey le dió los títulos más ridículos y le vestía con los trages más burlescos. Unas veces le llamaba Lutero; otras el rey Arturo de la Tabla redonda; otras el gran juez Midas, etc., etc. Otras veces le hacia abrazar á un mono bien vestido que le presentaban como si fuera su hijo; en otras ocasiones enviaban por él desde Palacio en una silla de manos cuyo fondo debía caerse en el camino, teniendo los portadores órdenes de llevarle á pié de aquella manera hasta la presencia del rey. Gunding murió en 1731 y se le mandó enterrar en un tonel de vino de largo tiempo preparado para aquella ocasión.

El clero, sin embargo, se negó á asistir á la ceremonia del enterramiento. Federico Guillermo tenía una colección de estos bufones literatos, con quienes se divertía de la manera que acabamos de decir. Uno de ellos era el doctor Bartholi, que fué disputador y acabó sus días en la cárcel; otro era Karnemann, á quien hicieron casar con una fingida condesa y verdadera aventurera; otro, Hackmann, tan tunante como instruido, que robó al rey, huyó á Viena, cambió diversas veces de religion y volvióse á Prusia, donde fué azotado por el verdugo, y murió en la miseria. David Frassmann, escritor de mucho mérito, fué otro de los bufones filósofos de Federico Guillermo. Frassmann desempeñó varios empleos en la corte: por perder una llave le condenó Federico á llevar colgada del cuello por muchos días otra enorme de dos varas de larga hecha de madera. El baron de Poelnitz, en la corte de Federico II, tenía el mismo oficio; y en las relaciones entre el rey y el baron, es difícil decir cuál era el más bufon de los dos y cuál cometía mayores necedades. Una vez Federico le dió la comision de comprarle un par de pavos. Poelnitz se los envió con una carta muy lacónica diciendo: «Ahí van los pavos, señor.» Chocó á Federico el estilo de aquella breve carta y mandó comprar el buey más flaco que se encontrara, adornarle de flores, dorarle los cuernos y ponerle á la puerta de la casa del baron con un cartel en el testuz que decía: «Ahí va el buey, Poelnitz.» Estando una vez Poelnitz con la espalda vuelta á la chimenea, en la estancia real, se quemó el faldon de la casaca. El baron Sihwertz, que descendía de padres judíos, dijo: «Así ardiéron en otro tiempo Sodoma y Gomorra.» A lo cual replicó inmediatamente Poelnitz: «¿Cómo, ¿te acuerdas todavía del Antiguo Testamento?»

El último bufon alemán de que se hace memoria, estaba al servicio del Príncipe Mauricio de Orange. Cuéntase que hallándose Mauricio poniendo sitio á Nimega y encontrando dificultades en mantener sus tropas en orden, se volvió hacia el bufon que le acompañaba y le preguntó si no podría cambiar de oficio, mandando el bufon las tropas y él siendo bufon.—No ganaríamos nada con

eso, dijo éste, por que tú, amigo mio, eres tan incapaz de decir una chanza, como yo de mandar un ejército. Si cambiáramos de oficio, los Estados generales nos destituirían á los dos.—En esto no llevaba razon el juglar, porque el Príncipe Mauricio de Orange solía decir buenas cosas, y su descripción de las cualidades militares de las diversas naciones en aquel período es propia de un agudo ingenio. Decía, en efecto, y con esto daremos fin á la historia de los bufones alemanes, que los soldados de Alemania en la guerra eran como los piosos, que se dejaban matar sin moverse de un sitio, los franceses como las pulgas, que saltaban de un lado á otro y era difícil cojerles; los españoles como ciertos insectos, que con dificultad pueden ser desalojados del sitio donde se meten; y los italianos como las chinches, que cuando las matan despiden un olor insoportable.

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

LA RUIDOSA Y DEBATIDA CUESTION

DE LA TRAVESÍA DE LOS PIRINEOS CENTRALES POR VÍAS DE HIERRO INTERNACIONALES.

Gavarnie.—Túnel del Marboré.—Torla (Línea la más directa y Central) ó Canfranc y valle de Aspe (Aragón).—Noguera.—Pallaresa.—St. Giron ó Puerto de Puymorin y Puigerdá. (Lérida).—Burdeos.—St. Jean.—Pied de Port.—Los Alduides.—Zubiri.—Pamplona ó Isaba Roncal.—Salvatierra.—Sangüesa.—Carcastillo.—Castejon.—Baidés. (Navarra).

Advertimos á los lectores de la Revista LA AMÉRICA, que no escribimos lo que van á leer con ánimo de entablar largas polémicas, porque el asunto se va ya agotando desde el año de 1838 ó 40 que se viene hablando y discutiendo sobre él: emitimos nuestro juicio: se aproxima el momento de obrar, de construir lo proyectado, de reunir capitales, de dejar pronto la pluma y amojonar el eje de las vías con sus cotas de rasante, haciendo un exacto replanteo. Tendría como el mejor timbre de gloria, satisfacción y tranquilidad de mi alma, el haber contribuido con tan poco á la prosperidad de las seis provincias pirenaicas Guipúzcoa, Navarra, Zaragoza, Huesca, Lérida y Gerona.

Usaremos todo lo que podamos en estos artículos la sobriedad de la frase; evitaremos las elucubraciones que se usan en estos casos y sirven más para ofuscar que para convencer, pero tendremos que decir todo lo útil, aunque haya que escribir algo más. Política y militarmente está ya cuasi juzgada la cuestion de que nos vamos á ocupar ante la opinion pública; hay divergencia sobre el punto ó pasos más ventajosos para abrir nuevas vías con Francia: pero no son las viejas teorías militares las que retendrán á dos pueblos que quieren unirse y darse la mano de amigos.

El objeto principal de estos escritos, es probar que debemos hacer que pronto sea un hecho el que los Pirineos tengan tantos agujeros como una flauta, pues debe haber no solo dos vías férreas por los extremos del Pirineo, sino 3 ó 5 si son útiles, que los atraviesen, muchos caminos provinciales, muchos vecinales. Muchas vías navegables, de riago y de fuerza motriz.

También probaré que de las seis travesías conocidas por los Pirineos, la línea central de París, por Orleans, Limoges, Tarbes, Lourdes, Túnel central del Marboré, Torla, Huesca, Zaragoza y Madrid, es la más útil, la más productiva y segura, la más corta y directa, y la menos costosa. Viene á ser este trabajo un estudio detenido y comparativo, un resumen de todo lo que se ha escrito, dibujado, medido y nivelado, del lado de acá y del lado de allá de los Pirineos, en más de treinta años, sobre todo en Francia aún más que en España, y recogido por nosotros en las oficinas de los ingenieros franceses, (muchos de ellos mis condiscipulos) en periódicos, en deliberaciones de varios Consejos municipales y generales de varias ciudades francesas y españolas, en viajes y estudios científicos de diversa índole á los Pirineos, hechos tanto bajo el punto de vista de la España como de la Francia.

Señores aragoneses: no es por Canfranc por donde debemos atravesar con la línea central los Pirineos; es por Torla y por más arriba de Torla, siguiendo el curso de un afluente del rio Ara, que desemboca en ese pueblo, esto por la parte española, para ir á buscar en la francesa el nacimiento del rio Gave de Pau, la brecha de Rolland ó el Marboré, el valle de Gavarnie, de Ordesa, á Baresges. Ese es el camino más central para unir el corazón de España y Portugal con Francia. Ese es el que más les conviene á los de Zaragoza y Huesca, y á los de esas dos provincias.

Conocemos los proyectos franceses y los españoles tantas veces estudiados por tantas comisiones españolas de ingenieros como todos los veranos vá á veranear, por esas montañas. Usamos en estos trabajos las cartas mejores de los Pirineos, de Roussel, Lopez, y la perfeccionada por medio de documentos recogidos por el Depósito de la Guerra francés durante la expedición de 1823; y sobre todo, una que nos regaló el Ingeniero francés del Cuerpo de Puentes y Calzadas, Mr. Montet del Sud Oeste de la Francia y del Nordeste y Mediodía de España, de Cassini y Ferraris.

«Luis XIV ó algun otro dijo «No hay Pirineos.» El deseo es bueno, y demostraba que para enriquecer y prosperar los dos pueblos latinos se necesitaban además de las dos comunicaciones milita-

res de Bayona y Perpiñan, otras varias que atraviesasen los Pirineos, huyendo del mar,

Napoleon, en 1811, decidió la apertura de ocho grandes y medianas carreteras de tres clases en su decreto orgánico de 16 de Diciembre de ese año: las dos primeras de París á las fronteras extremas de mar y tierra para unir las á las otras naciones; de estas las de primera clase eran 14 grandes líneas militares para todo el imperio y entre ellas las de Behovia y Perpiñan para los grandes ejércitos: la segunda clase tenía 13 que eran comerciales; una era la carretera de París á Tolosa y á España por el valle del Arriège, el puerto de Puymorin y Puigerdá, para ir á Barcelona y todo el litoral español del Mediterráneo; y la otra de París á Baresges y valle de Gavarnie y á España por el centro de Francia, el fondo del Gave de Pau, á Torla, Huesca, Zaragoza y Madrid, línea central de las naciones. No diremos nada de las 202 carreteras de tercera clase que decretó para el Imperio, pero sí anunciaremos que sólo las cuatro citadas de primera y segunda clase, eran las que merecían llamarse grandes carreteras imperiales de París á España, pues las cuatro de tercera clase de Auch, Alby y Burdeos, por Carcasonne y Mont Luis, por Ancizan, por St. Jean de Pied de Port y por Oloron, tenían un objeto secundario.

La Restauracion francesa, habiéndose desmembrado el Imperio, hizo una nueva nomenclatura de la gran viabilidad francesa que fué determinada por M. Becquey y M. Legrand en 1824, director y secretario del Consejo de Puentes y Calzadas, dando á la carretera núm. 24 de París á Baresges y á España, el núm. 21, denominándola de *París á Baresges y á Caunterets*; la única de las 12 de segunda clase que para los restauradores, aún guardándole su clase y rango, no llegaba á la frontera, base principal de la clasificación de 1808 y 1811; y parecía hecha solo con el único objeto de llevar á los de París á las aguas de Caunterets 6 meses del año, lo cual era absurdo.

El Gobierno francés de Julio, de 1830, por medio de M. Legrand, director general de Puentes y Calzadas, comisionó á M. Colomés de Juillan de 1838 á 1841, para estudiar y recoger todos los datos necesarios, á fin de establecer un paralelo luminoso entre las 14 travesías de la cadena de los Montes Pirenaicos, entre el Océano y Mediterráneo, cuyo ingeniero hizo un trabajo en 1841 notable y que contiene preciosos datos sobre todo lo que se refiere á la travesía de los Pirineos. Ante estos antecedentes se desvanece completamente el loco y vano empeño en que los de Canfranc se ilusionaron, creyendo favorable al valle de Aspe, la cifra de ingresos de 1856 de la oficina de Aduanas que allí estaba establecida, lo cual produjo como consecuencia el estudio atento de todos los puertos, pasos, y registros de aduanas y carabineros españoles y franceses, en ese y todos los valles de los Pirineos, y designó ya entonces, por el contrario, para la gran comunicacion central que conviene más y mejor al porvenir comercial de las dos naciones, así como á las disposiciones topográficas de la cadena pirenaica la *llanura de Gavarnie* en el fondo del Gave de Pau, atravesando por un subterráneo de 6.000 metros, la brecha del Marboré, que la cierra al Mediodía. Estas fueron las conclusiones serias y generales del Gobierno francés de Julio de 1830, para establecer la gran vía necesaria á los intereses políticos y comerciales, reponiendo en el lugar que la correspondía la arteria principal núm. 24 de París á Baresges y á España, del cual fué separado por la Restauracion francesa.

El resumen pues, del pasado es, que Napoleon I tenía razon de llamar carretera imperial de segunda clase núm. 24, á la de París á Baresges y á España, para hacer una de las dos grandes comunicaciones continentales de la Francia y la Península con Zaragoza, Madrid y Lisboa, dejando á las vías de tercera clase satisfacer las necesidades secundarias y excepcionales de un pasado que se extingue.

En la época presente y en tiempos de Napoleon III, todas las travesías de la cadena pirenaica se estudiaban con el título comun de ramal hacia España, de la línea de Toulouse á Bayona; y solamente dos pudieron figurar en los informes de 1854 con las denominaciones, 1.º De ramal de Lourdes á España, por el Gave de Pau y Gavarnie; 2.º ramal de Pau á España por el valle de Aspe y el fuerte de Urdos. Otra tercera comunicacion con España figuraba en el programa de 1854, no ya como ramal á la línea de Toulouse á Bayona, sino con este título particular: *Línea de Bayona á la frontera de España*. En cuanto á la de 2.ª clase núm. 23 de París á Toulouse y España, por el puerto de Puymorin y el Arriège, no fué en esos años, ni aun más adelante objeto de ningun estudio; no ignorando que la llegada á Mont Luis, no conduce bien desde la Francia oriental al litoral del Mediterráneo español, por los valles del Segre y Ebro, sino á Lérida y á Valencia, aun mejor que á Barcelona y Cataluña, de cuyo reino la primera capital no es más que una pequeña parte.

Por esto no se explicaba ni se explica aún de una manera satisfactoria, cómo en tiempos de Napoleon III, y hasta el año 1870 lo menos, el Imperio se pusiese con ahinco á estudiar la línea de Burdeos á Pau y á España, que era la menos estimada en tiempos del otro Napoleon, y se abandonase la travesía por el Arriège, clasificada con el número 23, que con el 10, el 11 y el 24, son las cuatro líneas que reúnen con seguridad y prontitud París á todas las regiones de la Península Ibérica.

Los franceses quieren pura y sencillamente prolongar hacia España, sin desviarla de la dirección más natural y corta, la línea de París á Bareges, para hacerla pasar, no por el valle de Aspe y Pau, torciéndola así en Agen y abandonando Tarbes y Auch, sino por el valle de Gavarnie el Marboré y el de Ordesa; y no sólo se abandonan esas dos poblaciones grandes Tarbes y Auch, sino también Lectoure, Mirande, Lus y otros muchos pueblos grandes y ricos, mientras que por la otra línea propuesta por el Ingeniero francés M. Boura no hay apenas pueblos de grande importancia; y renunciar á la línea de Agen á Tarbes, Auch, Toulouse, Montauban, es desconocer la red pirenaica ya estudiada, sometida á los informes de corporaciones francesas respetables y adoptada por casi todos los cuerpos constituidos.

En el período de la actual República francesa y en estos últimos años se vuelve á estudiar con más ahínco que nunca la cuestión de la travesía de los Pirineos por vías de hierro: en el año presente están estudiando ya definitivamente los franceses algunos ferro-carriles por el valle del Ariège y Puigcerdá, para responder á los que nosotros los españoles hemos emprendido desde ahí á Lérida por el Pallaresa, los cuales aun no están concluidos; pues los de la línea central de Gavarnie y los de los Alduides y Canfranc los tienen ya muy estudiados y concluidos definitivamente, así como otros estudios por el valle del Roncal, Castejon y Baides, que se piden sin subvención por la parte española. Agitan ahora nuestros vecinos el proyecto de prolongar la línea de Prades á Puigcerdá para obtener el enlace de la misma con la que se trata de construir desde Puigcerdá á Ax, atravesando la Cerdeña francesa, y desde el mismo punto á Ripoll por la Cerdeña española: pero ya sabemos que á proyectistas nadie les gana á los franceses y de ellos nos hemos contagiado.

La Francia tiene cuatro departamentos fronterizos á la España, llamados Bajos Pirineos, Altos Pirineos, Ariège y Pirineos Orientales, correspondientes á nuestras cinco provincias ó seis Guipúzcoa, Navarra, Zaragoza, Huesca, Lérida y Gerona: las barreras naturales ó defensas de los Estados, son aquí las cadenas de montañas en las que se cuenta la divisoria del territorio francés y español, que corre desde el Cabo de Creus hasta la desembocadura del río Bidasoa, con una extensión de 500 kilómetros. En el primer departamento hay siete carreteras nacionales con una extensión de 420 kilómetros, y de las cuales se dirigen cuatro á España: una de Oloron á Zaragoza por Canfranc; otra desde St. Jean de Pied de Port á Pamplona por los puertos de Valcarlos y Roncesvalles: la tercera de Bayona á Pamplona por Añoa y valle del Bazan, Urdax, Elizondo, Lanz; y la cuarta desde Bayona á Irún y Vitoria por Uruque á Behovia, y multitud de kilómetros de vías de tercera clase y de caminos vecinales. En el segundo departamento y tercero fronterizo, se cuentan siete carreteras, hoy nacionales, con una extensión de 567 kilómetros, partiendo una de ellas desde Tarbes á Benasque, Plan, Alós, etc., otra desde Tolosa á Puigcerdá por el puerto y montaña de Puymorin, etc.; teniendo además once carreteras departamentales, que ofrecen un desarrollo de 635 kilómetros, y contando con 2.226 caminos vecinales que tienen más de 10.000 kilómetros.

El cuarto departamento es el de los Pirineos Orientales, cruzado por siete carreteras nacionales de una extensión de 325 kilómetros, de las cuales tres de ellos penetran en el territorio español: la una por el puerto de Perthus á Figueras, otra por el de Prats de Molló á Camprodon; y la tercera por el de Mon-Louis, ó de la Perche, á Puigcerdá: desde el de Puymorin en el Ariège se dirige otro camino al valle de Carol y termina en el Hospitalet. El departamento de Pirineos Orientales tiene además siete carreteras departamentales, con un desarrollo de 432 kilómetros, y 1.092 caminos vecinales que ponen en comunicación 4.552 kilómetros. Uno de los ferro-carriles que hay establecidos por esta parte, es el de Narbona á Perpiñan, y de allí á Port Vendres y á España por Bellegarde y Gerona. Hay en los Pirineos Aduanas fronterizas de primera, segunda, y tercera clase, hemos contado varias veces de 89 á 100 oficinas de Aduanas francesas y españolas, algunos puestos y fuertes militares de ambas naciones: Bien conocidas y conocidos son las carreteras y caminos del Estado español, por lo poco numerosos, que llegan desde el interior de España, ó desde esas seis provincias pirenaicas, á la zona fronteriza de los montes Pirineos, para que nos entretengamos en conocerlas, estando unas concluidas y otras en construcción.

No nos engañaremos aquí, por no entretenernos demasiado, en una discusión amplia y detallada, de los hábitos actuales del comercio transpirenaico: podríamos producir en apoyo de aquella el recuento de los ingresos, durante los años de 1875 al 1880 en cada uno de los 90 ó 100 registros de aduanas; cifras que por la parte francesa, al menos, demuestran que los puestos de aduanas más productivos, están en los puntos á donde terminan las vías de comunicación de tercera clase menos importantes, queriendo así Napoleón I dar satisfacción á este interés preexistente, mientras que para las otras dos, mucho más importantes en su pensamiento por ser de segunda clase y ser arterias comerciales entre París y España, indicó en 1811 direcciones poco productivas, al menos en

lostiempos pasados. En 1840 el tráfico entre Francia y España era de 65 á 70.000 toneladas; las aduanas establecidas en las cuatro líneas de tercera clase de los Pirineos, producían en esa época sobre 3.000 toneladas y 18.000 á 20.000 toneladas era el producto de los 85 ó 90 registros restantes. Hoy todo este tráfico es muy posible que haya decuplicado; pero débiles y todo, como han sido hasta hoy las relaciones comerciales por la cadena central de los Pirineos, no revelaban tampoco por la vía que designaban la dirección mejor que había que seguir para atravesarle por vías de hierro. En efecto; las aduanas del valle de Aspe, como las del de Aure, sacan sus principales ingresos de las lanas españolas, recogidas en Castilla y Aragón, concentradas y lavadas en Zaragoza, Barbastro y Jaca, y llevadas y explotadas por contrabandistas, y por sendas y veredas de una á otra nación, durante tres meses solo por el valle del Aure, y más de siete por el valle de Aspe, en donde se acumulan méos nieves que en el primer punto, y raro es el caso en que á los tres días, en este último, no tengan las caballerías ya una senda practicable para pasar, sentar el pié y poder volverse con facilidad con su carga, sin que para esto haya habido dificultades topográficas que hubiesen podido paralizar otro cualquier medio de transporte: y en cuanto á las rocas inaccesibles, aunque en estos dos valles no se ven con frecuencia, podría suceder que no conviniese huir de ellas si hubiese que establecer una carretera ó un ferro-carril, y que por el contrario, que fuese el lugar en que existiesen, el que presentase más facilidades para atravesarlo por una de esas dos clases de vías: y por ejemplo, si el núcleo central de la cadena pirenaica, tan violentamente batido y azotado por las tormentas atmosféricas, puede atravesarse en alguna parte por medio de un túnel que presentaría así una inmensa ventaja, sería precisamente en los sitios en que se encuentran rocas cortadas á pico, cuyos paramentos, cuasi verticales, podrían disminuir considerablemente el espesor en la base de la montaña, y por tanto, puede hoy muy bien suceder y sucede que los transportes del pasado, que debían huir de esos sitios, estén muy lejos de ser un signo determinante para hoy.

Cuando Napoleón I vivía no trato de atravesar los Pirineos sino por carreteras, porque los ferro-carriles ni se presentaban aun: pero no nos queda el menor asomo de duda que si eso hubiese sucedido, hubiera removido todos los obstáculos para dejar trazadas pronto en el suelo las cuatro grandes direcciones que parten de París, ya indicadas, y las hubiera concluido con gran celeridad, sin poner tanta para las de tercera clase, ya sea porque las necesidades, que representaban siendo más limitadas, su satisfacción inmediata hubiese cedido á las necesidades financieras; ya sea porque la maravillosa locomoción de que iban á participar las cuatro líneas principales con las vías ferreas, podían hacerlas bastar á satisfacer esas necesidades parciales al propio tiempo que las generales; y muy bien podía suceder que de las cuatro comunicaciones internacionales de tercera clase del decreto de 1811 francés, una sola, y la más occidental, la de Burdeos á España por St. Jean de Pied de Port y los Alduides, sobreviviere á la venida de los ferro-carriles, porque su objeto, era evidentemente para un caso de guerra marítima, evitar el paso cerca del mar, del tráfico y relaciones occidentales de la Francia con España, ayudándole en ello la travesía por Gavarnie con la línea de Pamplona hacia Jaca y Vitoria; y si la travesía por el fondo de los Alduides ó el valle del Roncal, es la más fácil de esa comarca de Navarra, su hora vendrá aunque no pidan subvención á la nación española, pero no será para bajar de allí á Bayona si los franceses han de seguir las altas miras de Napoleón I, que si las siguen y seguirán, porque éste trataba con esa línea de huir del mar; en cuyo caso tendrán que subir el río Nive hacia San Juan Pied de Port y de ahí á Burdeos: pero aun así y todo, es evidente que para que una empresa tome á su cargo la construcción del ferro-carril de los Alduides ó el mas moderno por el valle del Roncal, ha de mirarse mucho si se trata de considerarlo como línea directa internacional cuando hay otros que le llevan ventaja notable en esto, y en todo caso siempre tendrán que esperar á que las relaciones y el tráfico comercial é industrial se hayan desarrollado en esa comarca bajo la influencia de las cuatro líneas de clase é importancia superiores á la de los Alduides y el Roncal, previstas por el ya citado decreto francés; y esto por más que estos hagan la renuncia de la subvención, inclusa la de cuarenta millones afecta á la sección de Castejon á Baides, y aun á pesar de las conclusiones de la última comisión francesa española encargada, bajo las órdenes del ingeniero Mr. Decoble, del estudio del Pirineo, en las que facultativamente dá la preferencia entre varios proyectos al del valle del Roncal, salvando los derechos que los llamados de Canfranc, Cinca y Noguera-Pallaresa invocan á la subvención extraordinaria concedida por la ley de 1870 española.

Facilidades y ventajas ofrecidas á los beneficios generales de la Agricultura, Industria y Comercio, que reportaría á España la travesía de los Pirineos Centrales por el valle de Gavarnie y Torla.

Que nosotros conozcamos, son seis los proyectos que hace muchos años, antiguos y modernos, se estudian para atravesar los Pirineos Centrales por vías de hierro; uno por San Giron, y el No-

guera Pallaresa á Lérida; otro por el valle de Aran y el Rivagorzana; otro por el valle de Aure y el Cinca; otro por el de Gavarnie, el mejor, más importante y más directo y central; otro por el valle de Aspe, Canfranc y Jaca, y otro por el de los Alduides; eso sin contar con los dos por Bellegarde y Behovia, ya construidos, de los extremos de las montañas esas; aún podríamos añadir un noveno por Bagnères de Luchon, el Esera, Benasque; y aun uno décimo que pasaría del Gave de Ossu (Bajos Pirineos), al valle del Gállego por bajo del puerto de Ancou. De modo que á cada una de las dos arterias comerciales que Napoleón I decretó, que eran la de Gavarnie y Puigcerdá, le han salido por lo ménos cuatro rivales, que no es un grano de anís. Pienso poner aquí todos en parangon con el que yo defiendo del valle de Gavarnie, y sacar á relucir sus ventajas é inconvenientes. Sentaré antes de entrar en materia, como axioma, la proposición siguiente, que harán bien mis paisanos los aragoneses de Zaragoza, Huesca y sus provincias, de aprenderla de memoria como el Padre Nuestro, para ser ó no valer entre sus convecinos y compatriotas en el porvenir. Ese axioma es el siguiente:

Si un día los Pirineos Centrales, fuesen atravesados por vías de hierro á la vez por varios de los puntos que acabo de nombrar á derecha y á izquierda de Gavarnie, Torla, sin serlo por la línea Central que pasa por estos dos puntos y por Zaragoza y Huesca, las dos provincias de este nombre perderían la importancia poca ó mucha que hoy tienen, quedarían supeditadas á las otras y medio arruinadas. Zaragoza y Huesca deben reivindicar por lo menos, todo el tráfico central en personas y mercancías, de las dos naciones de Francia y España: quédese para los Alduides ó el Roncal, y el Noguera Pallaresa ó el Ariège y Puigcerdá, el movimiento de la Francia y la España hacia las regiones respectivas de Occidente y de Oriente. Cuanto más directa sea la línea de París á Madrid, pasando por Zaragoza y Huesca, bien entendido, es decir, cuanto más corta, tanto mejor para estas dos provincias; y aún estoy dispuesto á decir más, y es, que todo lo deben sacrificarlos de esas dos provincias, á tener una línea que en vez de 1.346 kilómetros de París á Madrid tenga 1.300; esta es la salvación de mis paisanos, pues no deben olvidar que hoy el comercio, la industria y las gentes que viajan, lo que quieren y prefieren es líneas directas, estar poco tiempo en el viaje, llegar pronto y gastar lo menos posible.

Al estudiar y sentar una vía férrea puede ocurrir que encontremos un país plano, poco quebrado y poco inclinado y abierto, en donde nada puede impedir á un ingeniero ó jefe de sección, tomar la dirección más conveniente y directa entre los puntos de paso obligados; ocurre no pocas veces encontrarse con un valle poco rápido pero estrecho, encajonado, y sinuoso, en donde si bien no hay que inquietarse mucho de las pendientes, en cambio está ese jefe ó ingeniero mortificado á cada instante por las vueltas y revueltas de la montaña ó río, que imponen el trazado de curvas de corto radio, los grandes desmontes, terraplenes ó túneles bajolos promontorios demasiado agudos, y puentes más ó ménos importantes y numerosos para atravesar ya sea el alveo del río principal ó los de sus afluentes; y á veces también sucede que hay que salvar alguna grande divisoria que las débiles inclinaciones impuestas á los ferro-carriles, no permiten atravesar sino por un túnel que desemboca en puntos del fondo de los valles que tienen demasiada pendiente para la vía férrea, y que la fuerzan á establecerse sobre el flanco de las montañas ó á media ladera, no solamente mientras dura esa excesiva inclinación del fondo, sino aún más allá ó más lejos, para que las débiles pendientes del valle bajo, hayan tenido el tiempo de compensar las pendientes demasiado rápidas, cercanas al túnel. En la cuestión de los gastos, la primera situación se aísla cuasi siempre de las otras dos que para los terrenos montañosos marchan frecuentemente de consuno, exigiendo gastos mucho más considerables. En la cuestión de las longitudes, por el contrario, la tercera es la que se separa de las dos primeras, llamadas ordinariamente á realizar las distancias: acusadas por las cartas geográficas, siguiendo el fondo de los valles más directos, ó las direcciones más cortas en las llanuras. Mientras que la parte de los trazados á media ladera suministra poco más ó ménos cuasi siempre trayectos notablemente alargados con relación á los que van por el fondo del valle, que aún crecen si se tropiezan con valles más pequeños afluentes del otro, cuyo desarrollo no hay más remedio que recorrer y seguir, valiéndose en este caso de bien poco las cartas geográficas, y necesitando un estudio detallado y especial en cada caso particular para conocer bien esa prolongación.

Hablando en rigor, todas las 6 ó 8 travesías centrales de los Pirineos, pueden franquear y salvar solo la divisoria central de la cadena principal de esos montes y no las divisorias secundarias, porque todas tienen un valle principal sobre cada vertiente, que se verán obligados á seguir para encontrar al poco tiempo las llanuras del mismo. Después de todo lo dicho, por las dos travesías de Gavarnie y Canfranc puede aún un ingeniero llegar más pronto al centro de España y Francia que por las otras, porque llegan á evitar la desviación que les impondría la dirección de los valles, salvando las divisorias secundarias causa de esa desviación, pero de todos modos se necesitaban estudios serios

y detallados, de un extremo al otro de esas travesías á fin de obtener cifras exactas sobre las longitudes, y con respecto á los dos valles de Aspe y Gavarnie ya se hicieron esos por ingenieros franceses y españoles, habiendo llevado los primeros sus trabajos hasta el valle del Garonne en estos últimos tiempos.

En cuanto á las otras cuatro ó seis travesías, incluyendo la de los Alduides, que no tienen otro recurso que seguir sobre las dos vertientes española y francesa el fondo de los valles y no deben atravesar más que la divisoria central, las cartas geográficas pueden y han sido más socorridas en la apreciación del desarrollo que ellas exigen, ignorando que en todas esas cuatro ó seis travesías se hayan hecho estudios definitivamente ultimados en lo que concierne á la ascension de la divisoria central y principal, y si sólo tanteos y ante-proyectos que bastan para aclarar la comparación, ayudadas poderosamente por las evaluaciones aproximativas que puede dar sobre el resto del trayecto el simple desarrollo de los valles seguidos, medido sobre las cartas geográficas.

De estos estudios no profundos que hasta hoy creemos sólo se han hecho en cuatro travesías, resulta, en lo que concierne á la del valle del Aure, que entre el pueblo de Arreau y la entrada del túnel central, el trazado de la vía férrea que se quisiese construir por ese valle no exigía más que veintiocho kilómetros de desarrollo, y el del fondo del valle veintidos, que son seis menos por la vertiente septentrional para subir á la divisoria central, y otros seis por la parte meridional, total doce kilómetros, advirtiéndose á los lectores de esta revista que en unos estudios detenidos y definitivos podría encontrarse la demostración de algunos errores ó ilusiones cometidos en aquellos sobre la posibilidad de ciertas alineaciones, rectas ó curvas que estos últimos harían inexorablemente más sinuosos.

En la travesía por Bagnères de Luchon y el Esera y Benasque, que fué estudiada por el ingeniero francés Mr. Barrande, hallamos 109 kilómetros entre Montrejean y Benasque, mientras que el desarrollo por el fondo de los valles no es más que de 66, aunque tiene menores pendientes de 15 milímetros que la del valle del Aure, y dándole á aquellas las pendientes de esta, que son del doble, podría tal vez conseguirse acortar esa ascension é igualarla á la del valle del Aure.

Relativamente á las otras dos travesías del valle de Aran y de San Giron, y el Noguera Pallaresa, no sabemos que se hayan publicado y divulgado estudios serios ningunos y si tanteos y ante-proyectos: pero es de presumir, según el trazo acusado sobre las cartas por los afluentes numerosos que en ellos se observan, que la prolongación, demasiado moderada, admitida para los valles del Aure y de Luchon, no será en éste demasiado exagerada.

En cuanto á la travesía central por el Gave de Ossau (Pirineos bajos) al valle del Gállego por debajo del puerto de Ancou, sólo diremos, que reconociendo las localidades que á esta vía interesa, que en esta travesía se encontrarían obstáculos insuperables, nos ha parecido inútil preocuparnos de ella en el presente paralelo, tanto más cuanto que su intervención no cambiaría en nada las conclusiones en favor de la travesía por Gavarnie.

P. CALVO Y MARTIN.

EL AZÚCAR EN RUSIA.

Desde que en Rusia se estableció en 1876 el sistema *drawbacks*, ó devolución de derechos de aduana, respecto del azúcar, se ha desarrollado allí considerablemente la industria azucarera, y se ha dado grande impulso á la exportación de sus productos para países extranjeros. A ese progreso han contribuido también otras causas, principalmente la escasez de azúcares franceses en 1877 y los altos precios consiguientes que reinaron; la excelente calidad de los azúcares rusos y el préstamo de 3 millones de rublos (unos 45.000.000 de reales) que el Banco Nacional hizo á un sindicato de los fabricantes de azúcar con condiciones sumamente favorables.

A pesar de la creciente exportación de azúcares rusos á favor de grandes primas los precios no se han elevado en el país, lo cual prueba que el artículo se fabrica en cantidad bastante para abastecer el consumo. también creciente, y alimentar la exportación. En efecto, las cantidades siguientes revelan el aumento de la contribución de consumos sobre el azúcar indígena.

Años.	Rublos.
1872.....	2.147,855
1873.....	3.775,242
1874.....	3.760,798
1875.....	3.086,737
1876.....	4.850,808
1877.....	5.700,000

Como era natural, el desarrollo de la fabricación de azúcar de remolacha en Rusia ha hecho disminuir considerablemente la cantidad de azúcar de caña importada allí, de tal manera que habiendo ascendido la importación en 1876 á 7.039 toneladas, en 1877 sólo llegó á 18 toneladas.

El azúcar de caña, según una publicación de donde tomamos estos datos, se importaba en Rusia principalmente por San Petersburgo, en cuya ciudad había varias grandes refinerías; pero la mayor parte de estas han sido abandonadas, y las pocas que aún existen se dedican á refinar los azúcares indígenas, porque los precios de los azúcares de caña crudos no pueden ya competir en el mercado de San Petersburgo con los de los azúcares de remolacha.

En Moscow hay cuatro refinerías, exclusivamente dedicadas á refinar los azúcares de remolacha, cuyo tubérculo se obtiene en las provincias de Kiev, Kharkov, Tchernigov y la Ucrania. Esas refinerías producen anualmente más de 29.000 toneladas de azúcar.

En el gran ducado de Finlandia solo hay dos refinerías que producen en junto por valor de 1.800.000 rs. de azúcares refinados, y en ellas se emplean los azúcares crudos de otros países; pero desde principios de 1877 se introducen allí en grandes cantidades los azúcares de la Rusia propiamente dicha, por haberse hecho extensivo el sistema *drawbacks* hasta las fronteras de ambos territorios, y el efecto de esa medida será la desaparición completa de la industria azucarera en Finlandia.

Por último, la fabricación del azúcar de remolacha ya adquiriendo tales proporciones en Siberia, que dentro de breve tiempo no tendrá necesidad ese territorio de la Rusia asiática de importar ese artículo de la Rusia europea.

P. RUIZ ALBISTUR.

LA FANTASMA.

I

Caía el sol rápidamente. La tarde espiraba, y en un cielo plomizo algunas nubes se agolpaban en el horizonte para recibir al astro del día. En el extremo opuesto, otras nubes de distinto carácter se elevaban de la cresta de las montañas. La atmósfera era pesada; parecían bullir en ella efluvios de tempestad. Los campos estaban yermos, faltos de vegetación; en la tierra labrada, hondos surcos señalaban la marcha del arado.

Por entre una calle de árboles que se alzan en el camino de Guadalajara y ya en las afueras de Tarazona, pequeño pueblecito perdido en las llanuras de la Alcarria, Anselmo y Andrés, dos jóvenes de la misma edad aproximadamente, departían con animación. Anselmo hablaba; su compañero le oía en silencio y con la cabeza baja como para prestar más atención á lo que decía. De cuando en cuando una chispa saltaba de sus ojos y se perdía entre las largas pestañas antes que Anselmo hubiera podido sorprenderla.

—No sé qué tiene Magdalena,—decía éste.—aunque me interrogasen no podría responder nada: pero veo en ella algo extraño. No está conmigo como estaba antes de mi partida.

—Cavilaciones tuyas, quizá,—objetaba Andrés.

—Eso creí yo en un principio; pero la he observado cuidadosamente en los días que llevo aquí, y desde que vine llamado de Guadalajara por el accidente que acometió á mi tía, la he encontrado igual conmigo. Siempre fría, siempre reservada. La hablo y no me atiende. La pregunto y no me contesta. Mientras estoy á su lado conserva los ojos bajos; cuando los alza del suelo no es para fijarlos en mí, sino para mirar cualquier cosa, las nubes ó los montes. Parece que tiene miedo á que mi mirada se encuentre con la suya.

—¿Y por qué ha de tenerlo?

—¿Yo qué sé? ¡Quién sabe si en mi ausencia algún envidioso habrá dicho ante ella frases y conceptos injuriosos para mí que me hayan hecho perder su estimación!... ¡Es tan malo este mundo, y tan extraña, tan extraña la mujer!

Al oír hablar á Anselmo de este modo, su amigo se estremeció.

—No pienses eso. La habrás hallado de mal humor por cualquier niñería.

—¿Y basta una niñería cualquiera para hacerme perder su cariño? ¿Basta una niñería cualquiera para que olvide los proyectos de nuestros padres, el amor de nuestra vida, el fin de nuestras acciones? ¡Oh! Poco me quiere si á cualquier niñería me pospone.—

Calló Anselmo y Andrés calló también. Caminaron un rato en silencio. Aquél se paró de pronto y una nube pasó por sus ojos.

—Estoy buscando desde que vine una contestación á mis preguntas, y la busco con afán, porque rechazo una que sin duda me inspira el demonio mismo, según me hace sufrir y padecer. Es un hierro candente que atraviesa mis sienes y traspasa mi cráneo. No, no es posible.

—¿Qué piensas?

Bajó la cabeza Anselmo, é inclinándose hácia Andrés, vertió estas palabras en su oído:

—Hay instantes, en que, mira, tengo celos.

—¿Celos! ¿Tú, celos? ¿Y de quién?

—No; ¡si esto es un mal pensamiento que me acude á la imaginación y en ella se está plantado á pesar de mi resistencia! ¡Si yo mismo me avergüenzo de alimentarlo, aunque no sea más que momentáneamente! Eres mi amigo de la infancia, más que mi amigo, porque eres casi un hermano para mí. Pues bien, no digas nunca á nadie que ni por un momento he dudado; pero ven aquí, aquí donde nadie pueda oírnos, pon la mano sobre tu corazón y dime si durante mi ausencia has visto algo que pueda dar cuerpo á mi sospecha. Recuerda las más sencillas acciones, las más insignificantes palabras. Revuelve tu memoria. Busca, busca algo, por débil que sea, en que yo pueda fundar estos celos que abrigo y, sin embargo, quiero rechazar.

—Nada, nada; juzgo infundados tus temores,—dijo solemnemente Andrés; pero su voz temblaba al decir esto. Ansel-

mo no se apercibió de ello, y estrechándole con fuerza convulsiva entre sus brazos, le oprimió contra su corazón.

—No sabes el peso que me has quitado de encima. Quería confesarte mi debilidad, pero no me atrevía á ello; quería creer y, á pesar de esto, dudaba. Me hacía falta una prueba de su inocencia, y tú acabas de dármele en este instante, porque si hubiera alguna, no dejarían de hablar de ella en el pueblo. Andrés, Andrés, ¡cuánto debo á tu amistad!

La luz palidecía. A no haber empezado á anochecer momentos antes, Anselmo hubiera podido ver el rostro pálido y desencajado de su amigo. Pero Anselmo no veía nada. Sentíase feliz y sólo tenía ojos para ver su felicidad.

II

La noche había cerrado completamente, los últimos resplandores del crepúsculo habíanse desvanecido, y negras sombras flotaban en el espacio en vez de aquellas nubes de algodón festoneadas de púrpura, que en las últimas horas de la tarde rodeaban al sol poniente.

Los campos estaban solitarios; los ganados ya en los apriscos; los perros velaban rondando por el corral, dirigiendo de vez en cuando una mirada inteligente á sus tápias, fáciles de salvar. La lechuza silbaba en el hueco del campanario, y los muchachos, temerosos, escondían el rostro en el regazo de sus madres, mientras los mozos se miraban con espanto también: es sabido que el grito de la lechuza es anuncio de muerte y de desgracia.

Caía la lluvia golpeando con fuerza las cerradas puertas de las casas, y el viento bramaba por los campos, semejante á un león que en el acceso de la calentura hubiera roto los barrotes de la jaula en que se retorcía, conmovido por terribles convulsiones; azotados por él los árboles que el invierno despojara de su frondosidad, chocaban unas con otras sus delgadas ramas, produciendo sonidos ásperos y desacordes, semejantes á un eco funeral que sonaba claro y distinto en los horrores de aquella noche sombría.

En casa del tío Martin, el labrador más rico de Tarazona, y al rededor del hogar, hallábase sentada toda la familia, compuesta de mozos y mozas, hombres maduros y madres jóvenes aún, que estrechaban contra su corazón á sus hijos, súcios y desarrapados chieuelos á quienes el miedo del huracán y algún trueno que de cuando en cuando retumbaba, impedían conciliar el sueño que, con sus pesadas manos, quería cerrar hacia tiempo sus pestañas de seda y oro. Cuando la voz de la tempestad rugía, apretábanse los niños contra sus madres, y éstas, estampando un beso en sus rubias cabezas de serafín, murmuraban santiguándose:

—¡Bendita sea Santa Bárbara! ¡Qué noche más horrible! Duérmete, hijo mío, duérmete y no tengas miedo. ¡Es que Dios está irritado con los ángeles, y los pobrecitos lloran por que ven enfadado á Dios!

Y los niños no se atrevían á exhalar una queja.

Cerca del fuego, en el ancho sillón patriarcal heredado de sus abuelos, el tío Martin callaba viendo retorcerse los verdes troncos en el negro fondo del hogar, y estallar en chispas de oro, que trepando por sus enmohecidas paredes, volaban y se perdían en su estrecho tubo, exhalando también chasquidos desacordes. En frente de él, la tía Justa, su mujer, hacia média, lo mismo que sus criadas, sentadas á distancia respetable, pero dentro del gran corro formado en torno del fuego. A su lado, triste y pensativa, su hija, la hermosa Magdalena, rubia como una virgen de Murillo, esbelta y alta como mujer nacida del sueño de un poeta, blanca como la nata de la leche, de grandes ojos azules y melancólicos que parecían moverse en un nimbo de luz, sostenía con ambas manos su costura, sin que sus manos, torpes hacia solo algún tiempo, acertasen ahora á mover la aguja con su acostumbrada agilidad. Al lado del tío Martin, su sobrino Anselmo, llegado hacia pocos días de la ciudad, en que estudiaba agricultura, seguía con inquieta mirada los movimientos de su prima, escudriñando sin pestañear las arrugas del hermoso semblante de la joven, como si en ellas quisiera leer algo fatídico y una historia triste, muy triste; como que llenaba de lágrimas los ojos de Magdalena; historia que él parecía adivinar sin acabar de comprenderla.

Todos permanecían callados; los truenos, el viento, la lluvia, habían interrumpido las conversaciones y nadie hablaba; abortó cada cual en sus propios pensamientos no se tomaba el trabajo de sorprender los pensamientos de los demás. Las noches de tempestad infunden al ánimo cierto pavor, que parece ahogar las palabras en la garganta y detener la formación de ideas en el laboratorio del cerebro.

De cuando en cuando calmábase la tempestad y la lechuza dejaba oír su estridente silbido. Entonces se miraban unos á otros y no decían nada por no avergonzarse, pero también tenían miedo.

—¡Mala noche para arrieros y navegantes!—murmuró el tío Martin mientras se santiguaba piadosamente, porque acababa de ver brillar un relámpago por las grietas de una ventana colocada delante de él.

—Dios los guarde de todo mal y los lleve á su casa sin peligro,—añadió la tía Justa santiguándose á su vez.

—¡Amen!—añadieron las mujeres.—

Y la conversación quedó de nuevo interrumpida.

En aquel momento un nuevo silbido rasgó el aire y vino á helar la sangre en las venas de la familia; todos los presentes, por un movimiento que no fueron dueños de contener, dieron un salto en sus asientos y levantaron la cabeza mirándose con los ojos agrandados por el terror. La lechuza había lanzado un grito, pero no en la torre, sino en el tejado de la casa. Y esto era horrible; sabíase en el pueblo que cuando la lechuza silbaba encima de una casa, era porque la muerte se cernía sobre ella y acechaba su presa contándola ya segura. Cada uno podía referir un caso: así sucedió en casa del tío Cachacilla, que estaba bueno y sano y á los dos días apareció cadáver en su cama; así sucedió á la tía Larga: una noche silbó en el tejado de su casa la lechuza y al día siguiente la trageron á su hijo muerto en una disputa que tuvo en la era con Malaentraña, el licenciado de presidio. Los casos podían multiplicarse hasta el infinito.

—¿Ha sido aquí ó en tu casa, Sabijondo, donde ha silbado

la lechuza?—dijo con voz que quería aparentar serena el tío Martín, dirigiéndose a su vecino el secretario del ayuntamiento, que debía a este cargo y a su ciencia su apodo de Sabijondo.

—No, hombre, no; en la tuya;—se apresuró éste a decir, como si se quitase un peso de encima.

—Sí, sí, aquí ha sido,—murmuró la tía Justa que, pálida y conmovida, dejó caer en el suelo la calceta que ya tenía casi terminada.

—Y sea aquí ó en casa del tío Sabijondo,—dijo Anselmo, —¿eso qué importa?

—No hables así, Anselmillo,—dijo al joven amenazándole amistosamente con la mano el tío Martín.—¿A qué echaré telas de descreído, cuando te has puesto tan pálido como los demás?

—¿Pero cree usted, tío, que ese animalucho puede hacerme algún mal?

—Ninguno, hombre, ninguno. Lo que es mientras Dios no quiera, ni la muerte ni el diablo pueden nada contra nosotros.

—Pues entonces, ¿a qué viene que nos preocupemos de la lechuza?

—No pueden hacernos daño, dices bien, pero pueden tener conocimiento, por su instinto, del que nos va a acaecer y avisarnos de ese modo, que es su único medio de expresión.

—Sin embargo...

—Calla, Anselmo,—saltó su madre que se hallaba frente a él sentada junto a su prima la tía Justa,—no me agrada oír hablar de esas cosas en una noche como esta.

—Tal vez haya sido el viento el que haya silbado al entrar por el agujero de la chimenea,—dijo el tío Sabijondo.

—Puede ser,—añadió un mozo haciendo una señal de incredulidad.

—Pero, como si quisiera dar un mentís a sus palabras, la lechuza silbó de nuevo. Y asustado uno de los perros empezó a aullar en el corral, haciéndole coro bien pronto todos los perros de la casa.

—¿Dos signos de muerte en una noche!—balbuceó el tío Martín entre dientes.—No cabe duda: ¡alguno de nosotros va a morir!

Al oír estas palabras, que eran la expresión de los temores de cada uno, todos volvieron a mirarse con inquietud sin atreverse a pronunciar una sola frase. Durante algún tiempo los perros aullaron, asustados quizá por el eco que a lo lejos les devolvía sus aullidos. La lechuza silbó por tercera vez, y después de esto se la oyó mover las alas y levantar el vuelo hasta la torre de la iglesia. Cumplida la misión que la había encomendado el destino, tornaba a su nido del campanario.

Seguía reinando en la sala un profundo silencio, que nadie se atrevía a interrumpir, hasta que al fin lo rompió uno de los mozos, murmurando:

—¿Si yo lo decía! ¡Si es imposible que la fantasma nos tragara nada bueno!

Al oír hablar de la fantasma, Anselmo miró a su prima, cuyo rostro se alteró apenas perceptiblemente, y cuyos ojos, por un movimiento instintivo, estaban fijos en Anselmo. La tenaz mirada de éste se los hizo bajar, y recogiendo su costura trató de disimular su turbación, de que no se apercibió nadie.

—¿Pero es de veras eso de la fantasma?—preguntó con inquietud Rosa,—una hermana del tío Martín.

—¿Que si lo es!—dijo encogiéndose de hombros el que había hablado antes.—Dígamele Vd. a mí, tía Rosa, que la ví el otro día deslizarse por detrás de las tapias del corral cuando volvía de dejar en su casa al señor médico que vino a ver a la tía Justa.

—Esas son sandeces,—exclamó el tío Martín.—El miedo que traerías al verte solo en esos campos te haría ver visiones.

—Le digo a Vd., tío Martín, que ví a la fantasma tan claro como le estoy viendo a Vd. ahora, y esto es tan cierto como que esa es luz,—y señalaba al candel cogido a un clavo sobre la ahumada pared.—Venía yo tan sereno como lo estoy ahora, que hay pocas cosas que a mí me metan en cuidado, y díganme si no los tres lobos que maté a principio de invierno cuando nadie se atrevía a acercarse desde media legua.

—Ya sé que no eres un cobarde, pero no me convencerás de que no viste visiones aquella noche. ¡Era tan oscura!

—Pues porque lo era distinguí mejor a la fantasma, envuelta en un manto blanco.

—¿Y cómo era?—preguntó Anselmo con interés.

—Era como tres veces más alta que yo, y Vd. perdona; muy flaca, muy flaca. Ya en la cabeza, casi entre las nubes, relucía con vivo fuego su mirada, y cuando se movía sonaba ruido de cadenas y retemblaba el suelo. Parecía, y cuidado que no me equivoco, la torre de la iglesia andando por el campo y llevando arriba, arriba, cerca de la veleta, el brillo de los ojos de la lechuza.

—¿Y te dijo algo?

—Como que yo esperé a que me lo dijera! En cuanto la ví eché a correr y no paré hasta la casa de mi primo el saludador, donde dormí aquella noche, y no volví aquí hasta que amaneció.

—Es extraño,—repetía Anselmo mirando distraídamente a su prima que parecía no poder resistir más.—

Todos estaban aterrados; la lechuza, los perros, la fantasma, se unían y giraban confusamente en su imaginación inspirándoles pueriles pavores que los hacían tener miedo del chisporroteo de la leña seca y del eco de sus palabras. La tía Justa cortó el diálogo:

—Vaya que lo que es esta noche teneis una conversación agradable! Dejad estas brujerías, que lo que ha de suceder sucederá y punto concluido. Nos estais poniendo los pelos de punta. ¡Lo que es lo que des hoy a ese angelito se le vá a volver veneno,—y se dirigía a una de sus sobrinas, mujer del que había visto la fantasma, que tenía dormido en sus brazos a un niño de pocos meses.

—Ya es tarde,—dijo al llegar a este punto el tío Martín, que hasta entonces permaneciera pensativo.—Vámonos a acostar y buenas noches, que mañana hay que madrugar para salir al campo, si no llueve.—

Y se levantó del sillón. Todos le imitaron y se despidieron de él con respeto, saliendo de la cocina y yendo a perderse por los vastos pasillos de la casa, la más grande del pueblo, donde el tío Martín gustaba de tener reunida su familia. Sólo Anselmo vivía fuera. Dado el estado de sus relaciones con Magdalena, no estaba bien que durmiera bajo el mismo techo que ella, y pasaba las noches en casa de un hermano de su madre que vivía en el otro extremo del pueblo.

—Adios, tío, hasta mañana,—dijo el joven besándole la mano, y lo mismo hizo con su tía. Luego llegó cerca de Magdalena, y esforzándose por endulzar su voz y hacer menos sombría su mirada:

—Adios, prima,—murmuró, pero de tal manera, que la joven se le quedó mirando sin atreverse a contestarle.—

Su tío le abrazó acompañando a él y a Sabijondo hasta la puerta de la calle, para cerrarla después, operación que no encomendaba a nadie. Cuando nuevamente se despidió de él su sobrino, le dijo con voz franca:

—Ya tengo ganas de que no duermas fuera de mi casa. ¿Cuándo acabarás tu carrera y te casarás con mi Magdalena y seréis mis hijos los dos?

—Cuando Dios quiera, tío,—respondió simplemente el joven, y envolviéndose en su capa se alejó, después de despedirse del tío Sabijondo, que vivía en la casa inmediata a la del tío Martín, perdiéndose pronto en las sombras que cubrían el pueblo.—

La tempestad había cesado, pero la noche continuaba muy oscura. El tío Martín se quedó un punto contemplándole desde el umbral, y luego se metió para adentro murmurando mientras cerraba la puerta:

—Es un guapo chico, y hará buena pareja con mi hija.—

Vinole en esto a la imaginación el recuerdo de la lechuza y de sus perros, y como era algo supersticioso, continuó:

—Pronto va a morir alguno en casa. ¿Quién será? Yo debo ser, puesto que soy el más viejo... ¡Bah! dice bien la Justa: no pensemos en ello y sea lo que Dios quiera!

III

Daba las diez la cascada campana de la torre, obedeciendo el impulso del desvenecado reloj, y Taracena dormía sosegada descansando de los trabajos de aquel día y preparándose a los trabajos del siguiente. No había nadie por los campos, nadie por las calles, si tal nombre merecían las filas de casas puestas unas al lado de otras que accidentan el centro de la aldea.

No todos velaban, sin embargo; parado a cierta distancia de la casa del tío Martín, un hombre envuelto en un ancho capote de monte la acechaba sin perderla de vista. Estuvo así mucho tiempo, pero al cabo se acercó a ella con cuidado y se arrojó a la pared para confundirse con ella en la sombra.

—¿A qué he venido?—pensaba.—Soy un loco. Esta tarde me convenció Andrés de que mi sospecha no tenía fundamento, y esta noche siento que nuevamente se despierta ese demonio mal dormido que llevo aquí, dentro del pecho, y tan tenazmente me muerde en el corazón. Magdalena duerme, sin duda. Yo también debía estar durmiendo. Quizá sueña conmigo en el sueño de su inocencia, y yo, entre tanto, aquí, pegado al muro de su casa, dudo de ella y la ofendo con mis dudas. No, yo no debo dudar, yo debo amarla solamente, amarla y crearla. Fé y amor; esta es la vida y la felicidad. Tener celos es llevar en el alma la muerte y el vacío, es rodar eternamente por un abismo sin fondo; perderse en la noche negra, insondable; es blasfemar, enloquecer y morir!... Y yo no quiero morir, porque quiero vivir para amar, y quiero amar para amarla a ella... Pero entonces, si es buena, si es pura, si me ama, ¿por qué al oír hablar de la fantasma se estremeció? ¿Por qué clavó sus ojos en los míos? ¿Qué leí yo entonces en las nubes de su mirada, en las arrugas de su frente? ¿Qué pensamientos cruzaron por su imaginación correspondiendo a otros pensamientos que al mismo tiempo cruzaban por la mía? Lo ignoro; sólo sé que me dió miedo, mucho miedo, y que tuve que poner la mano en mi pecho, porque creí que iba a romperse. Entonces decidí venir a pasar la noche en este sitio... Desearía ver a esa fantasma. ¡Una fantasma!... Yo no creo en ellas, pero con tal seguridad lo afirmó Antonio, que no dudo ni un instante de que él la viera. ¿Qué significará esa fantasma? Dicen que ronda por estos sitios, que salía por detrás de aquellas tapias... Ya puede salir hoy sin duda agena de que hay quien quiere verla y esperarla. Por mucho que corra, traigo aquí algo que corre más que ella.—

El frío le hacía tiritar. Se arrebujó más y más en el capote y continuó su monólogo al aire libre:

—¿Pero qué me importa a mí la fantasma y por qué he de enlazar estas dos ideas? Mi prima, es mi prima; la fantasma, es la fantasma; ¿qué tiene ella que ver con almas en pena escapadas del Purgatorio, por soborno de algún carcelero de baja estofa? Yo no sé, pero es lo cierto que esta noche todo parecía preparado para teñir con colores sombríos mi pensamiento que se tambaleaba por mi cráneo como borracho por las calles. La lechuza que lanzó tres gritos en esta casa, anunciando que alguno de los que estaban dentro vá a morir; el aullido de los perros, que parecían presagiar esta muerte; la tempestad que azotaba las puertas con furor, como si fuera la ronca voz de la desgracia que pedía que se las franqueasen; todo esto se fundía en mi mente y formaba una música terrible, con palabras espantosas también, que yo no pude comprender... Por eso estoy aquí. Me ahogaba en mi casa, necesitaba aire y, aunque pesado, éste que aspiró dá vida a mis pulmones.—

Aquí llegaba de su soliloquio, cuando creyó oír dentro del huerto de la casa un rumor débil y apagado, como de dos voces que hablaban quedo, muy quedo, voces de delito, cobardes y pusilánimes, no atreviéndose a sonar ni en el silencio de la noche. Las oyó y se quedó suspenso, como herido del rayo, sin saber lo que le pasaba.

—Creo que hablan en el huerto... ¿Quién será?... Quizá el viento que agita los árboles... No, suena claro y distinto el eco de dos voces, de dos voces... En casa de mi tío, donde vive Magdalena, a estas horas... ¡Oh! ¿Qué es esto?—

Un sudor frío invadía su rostro.

—¿Será la fantasma? ¡No; pues si es la fantasma vá a pagarme caras las desazones que me dá!—

Y echó mano al bolsillo de la americana en que, antes de salir de su casa, y sin saber por qué, pues nunca lo había, había puesto un revolver que apretó convulsivamente en su mano; se pegó más y más a la pared conteniendo la respiración, y oyó el diálogo que mantenían las dos voces:

—No me atrevo,—decía una de ellas.

—Ven,—repetía la otra.—Ya, aquí, no puedes vivir. Él sospecha de tí. Cuando tu estado se descubra, tu padre te arrojará de su casa; él te odiará persiguiéndote con su odio; además, está enamorado y tiene celos, y celos y amor, son malos, pero muy malos consejeros. Decídetes y no temas. Ven.—

La voz que había hablado primero se resistió, y murmuró algunas palabras que no llegaron hasta Anselmo. La segunda voz continuaba:

—Hoy la oscuridad nos favorece. Traigo conmigo otro disfraz, te lo pones, salimos, y antes de amanecer estamos a algunas leguas de distancia; ya volveremos, cuando tu padre nos perdone y tu primo nos haya olvidado. ¿Vamos?

—¡Sí!—murmuró, más débil todavía, la otra voz.—

Anselmo respiró con fuerza, porque se ahogaba. Sus facciones estaban descompuestas, su rostro lívido, sus cabellos erizados, los ojos parecían saltarle de las órbitas y rodaban a un lado y a otro inyectados de sangre. Con una mano se apretaba el corazón, temeroso de que sus latidos denunciasen su presencia allí, y con la otra mantenía fuertemente estrechado contra su pecho el revolver que había sacado del bolsillo.

No sabía lo que le pasaba. Las casas daban vueltas a su alrededor; el suelo se movía bajo sus pies y trepidaba violentamente. La alta torre de la iglesia parecía venir hacia él lenta y magestuosamente. Oía sobre su cabeza aleteo de pájaros nocturnos, gritos de buhos, graznidos de cuervos, silbos del huracán, choque de ramas rotas, desgajamiento de árboles, desplome de montañas. Veía sombras sobre su cabeza, sombras a su alrededor, abismos a sus pies. Relámpagos de llamas, dejando un surco en el cielo, le acardenalaban con su luz.

Ante él el llano inmenso semejava un vasto campamento; millones de fuegos fátuos se deslizaban de una tumba a otra formando una especie de cerco azulado alrededor de las sepulturas. Creyó soñar y se pasó una mano por la frente. Quiso apartarse de allí y una fuerza invisible le mantuvo sujeto a aquel sitio. Y sin voz, sin aliento, sin voluntad, quedó como una estatua, siempre apoyado contra el muro.

Oyó en esto un tenue ruido. La puerta del corral rechinó sobre sus goznes y dos extrañas fantasmas aparecieron en ella. Altas, secas, envueltas en hábitos blancos que caían hasta el suelo, parecían dos cipreses cubiertos por una nevada copiosa. En su extremo superior brillaban dos linternas que ocultándose y apareciendo alternativamente, despedían fulgores de relámpagos. Rumor discordante de cadenas sonaba bajo sus túnicas.

Las dos fantasmas avanzaban una tras otra, a pasos lentos, sin precipitación, torpemente. Ni una ni otra hablaban, pero bajo la vestidura de la segunda se oían como suspiros de mujer. El silencio era grande; no lo turbaba el más ligero ruido. La noche seguía oscura, muy oscura. Las fantasmas se aproximaban, y ya iban a pasar por delante de Anselmo, cuando éste, volviendo en sí de pronto por un violento esfuerzo de su voluntad, exhaló un grito de rabia, tendió el brazo en que sostenía el revolver y murmurando:

—¡La fantasma!—hizo fuego.—

Dos veces cayó el percutor; dos detonaciones sonaron y las dos fantasmas cayeron. Abrióse a poco la puerta de la casa, y el tío Martín, seguido de sus hijos y sobrinos apareció en ella a medio vestir, pero con una escopeta de dos cañones en la mano. Los perros se despedazaban a aullidos. Anselmo seguía en el mismo sitio, apoyado contra la pared. Había dejado caer el revolver y se apretaba la cabeza con las manos, incapaz de dar un paso hacia adelante.

Cuando todos se dirigieron a reconocer los dos cuerpos tendidos en tierra, el tío Martín soltó la escopeta y cayó de rodillas junto a ellos: acababa de reconocer a su hija Magdalena pálida y sin color. La bala de su primo la había atravesado el corazón. A su lado yacía el cuerpo de Andrés, muerto también de un balazo en la frente.

Anselmo no se movía. De pronto prorumpió en un grito ronco y estridente, y exclamó con una voz que nada tenía de humana, mezcla de queja y de ruido, de carejada y de sollozo:

—Prima, prima, asómate a la reja; he matado a la fantasma, y la fantasma era Andrés, mi amigo, mi hermano, Andrés que me engañaba... Yo le he matado, yo; por él, por él, sólo por él, silbaba la lechuza!—

El espanto, la cólera, la venganza, le habían trastornado el juicio.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

PERÚ.—La noticia de las próximas paces entre esta República y la de Chile, recibida por telégrafo, hace creer que el Gobierno de Piérola no abriga el proyecto de resistir hasta el último extremo al vencedor.

Un periódico, calificando el proyecto de descabellado, dice que una vez el Callao en poder de los chilenos y constituido en su base de operaciones, dominando toda la costa del Pacífico desde su frontera meridional hasta el Callao, y pudiendo dominar con facilidad desde el Callao hasta los confines de la República del Ecuador, abandonada por los peruanos toda la vertiente de la cordillera, el Perú quedaría reducido a la condición de Estado puramente continental, como Bolivia, y condenado al aislamiento y a la anemia, pues no hallarían salida al mar los productos de sus anchos y riquísimos valles.

Si, pues, la iniciativa de alguna nación, ha aprovechado el momento presente para interponerse como mediadora, es de creer que el Gobierno de Piérola, vuelto en sí de sus ensueños de resistencia tras la cordillera, se preste a realizar unas paces que le permitan cerrar las heridas de la patria y restablecer su vigor perdido.

ANUNCIOS.

Les annonces étrangères sont reçues à Paris, Agence Havas, 8 Place de la Bourse et à Madrid Agence Havas-Fabra, calle de la Bolsa, 12.—Ces agences ont la regie exclusive des dites annonces.

GUERLAIN DE PARIS

15, Rue de la Paix—ARTÍCULOS RECOMENDADOS

HOTEL SAN GEORGES Y DE AMÉRICA

Paris, 10, Rue St. Georges

Cerca de la nueva ópera y de los Boulevares.

BERNARDO FERRAS, PROPIETARIO.

Mesa redonda y á la carta. Cocina española y francesa.

Esta casa se recomienda por sus precios módicos y esmerado servicio.

CASA GENERAL DE TRASPORTES

DE

JULIAN MORENO

CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES

DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,

Y

UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

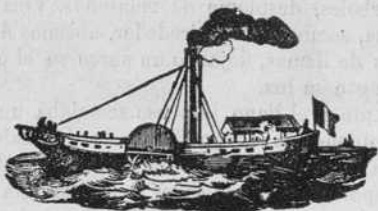
A. LOPEZ Y COMP.^a

MADRID.—ALCALÁ, 28.

PALACIOS Y GOYOAGA

SASTRES.

3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3.



VAPORES-CORREOS TRASATLÁNTICOS DE A. LOPEZ Y COMPANÍA.

NUEVO SERVICIO PARA EL AÑO 1880.

PARA PUERTO-RICO Y HABANA.

Salen de Cádiz los días 10 y 30 de cada mes, y de Santander y Coruña los días 20 y 21 respectivamente, admitiendo pasajeros y carga.

Se expenden tambien billetes directos vía de Cádiz, para

SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS,

con trasbordo en Puerto-Rico á otro vapor de la empresa, ó con trasbordo en la Habana, si se desea.

Rebajas á las familias, y en el precio de las literas retenidas por los pasajeros, para su mayor comodidad, además de las que ocupen.

Más informes en Cádiz, A. Lopez y compañía.—Barcelona, D. Ripoll compañía.—Coruña, E. da Guarda.—Valencia, Dart y compañía.—Málaga, Luis Duarte.—Sevilla, Julian Gomez.—Madrid, Moreno y Caja, Alcalá, 28.

CÁPSULAS y GRAGEAS

De Bromuro de Alcanfor

del Doctor CLIN

Laureado de la Facultad de Medicina de Paris. — PREMIO MONTYON.

Las Cápsulas y las Grageas del Dr. Clin se emplean con el mayor éxito en las Enfermedades Nerviosas y del Cerebro, las Afecciones del Corazon y de las Vías respiratorias y en los casos siguientes: Asma, Insomnio, Tos nerviosa, Espasmos, Palpitaciones, Coqueluche, Epilepsia, Histeria, Convulsiones, Vértigos, Vahidos, Alucinaciones, Jaquecas, Enfermedades de la Vejiga y de las Vías urinarias, y para calmar las excitaciones de todas clases.

Desconfiar de las falsificaciones y exigir como garantía en cada frasco la Marca de Fábrica (depositada) con la firma de CLIN y C^a y la MEDALLA del PREMIO MONTYON.

GRAGEAS, ELIXIR y JARABE

DE

Hierro del Dr Rabuteau

Laureado del Instituto de Francia.

Los numerosos estudios hechos por los sabios mas distinguidos de nuestra época, han demostrado que las Preparaciones de Hierro del Dr Rabuteau son superiores á todos los demas Ferruginos en los casos de Clorosis, Anemia, Palidez, Pérdidas, Debilidad, Estenuacion, Convalecencia, Debilidad de los Niños, y las enfermedades causadas por el Empobrecimiento y la alteracion de la Sangre a consecuencia de las fatigas y excesos de todas clases.

Las GRAGEAS DE HIERRO RABUTEAU no ennegrecen los dientes y las digieren los estómagos mas débiles sin la menor molestia: se toman dos grageas por la mañana y dos por la tarde antes de cada comida.

EL ELIXIR DE HIERRO RABUTEAU está recomendado á las personas cuyas fuerzas digestivas estan debilitadas: una copa de licor mañana y tarde despues de cada comida.

JARABE DE HIERRO RABUTEAU especialmente destinado á los niños. El tratamiento ferruginoso por las Grageas Rabuteau es muy económico.

ACOMPANA A CADA FRASCO UNA INSTRUCCION DETALLADA.

Desconfiar de las falsificaciones y sobre cada frasco exigir como garantía la Marca de Fábrica (depositada) con la firma CLIN y C^a y la Medalla del PREMIO MONTYON.

El Hierro Rabuteau se vende en las principales Droguerías y Farmacias.

NOTICE.

Advertisers and subscribers are requested to apply to our sole Agent in the United Kingdom Mr. P. Sabudo, 18 Anley Road, West Kensington Park W., of whom may be had full particulars.

CÁPSULAS MATHEY-CAYLUS

Preparadas por el Doctor CLIN. — PREMIO MONTYON.

Las Cápsulas Mathey-Caylus, con tenue envoltura de Glúten, no fatigan el estómago y estan recomendadas por los Profesores de la Facultad de Medicina y los Médicos de los Hospitales de Paris, para curar rápidamente las Pérdidas antiguas ó recientes, la Gonorrea, la Hemorragia, la Cistitis del Cuello, el Catarro y las Enfermedades de la Vejiga y de los Organos genito-urinarios.

DEBEN TOMARSE DE 9 A 12 CÁPSULAS AL DIA.

ACOMPANA A CADA FRASCO UNA INSTRUCCION DETALLADA.

Las Verdaderas Cápsulas Mathey-Caylus se encuentran en las principales Droguerías y Farmacias, pero debe desconfiarse de las falsificaciones y exigirse en cada frasco la Marca de Fábrica (depositada) con la firma CLIN y C^a y la Medalla del PREMIO MONTYON.

Agua de Colonia imperial.—Sapoceti, jabon de tocador.—Crema jabonina (Ambrosial Cream para la barba.—Crema de Fresas para suavizar el cutis.—Polvos de Cypris para blanquear el cutis.—Stilboide cristalizado para los cabellos y la barba.—Agua Ateniense y agua Lustral para perfumar y limpiar la cabeza.—Pao Rosa.—Bouquet María Cristina.—Ramillete de Cintra.—Ramillete de la condesa de Edia.—Heliotropo blanco.—Exposicion de Paris.—Ramillete Imperial Ruso.—Perfume de Francia, para el pañuelo.—Bouquet Imperial del Brasil.—Agua de S. M. el rey Don Fernando.—Agua de Cidra y agua de Chipre para el tocador.—Alcool de Achicoria, para la boca.

BISMUTO ALBUMINOSO DE BOILLE



sumamente agradable al paladar, mas activo y menos irritante que el Bismuto ordinario.

Se emplea contra las Afecciones del estómago y de los Intestinos (Vómitos, Diarreas)

Exijase la firma

Farm^o 22, calle de la Bruyère.

PARIS



CONSTRUCCION de SIERRAS y UTILES

PARA TRABAJAR LA MADERA

MEDALLA DE ORO.—EXPOSICION 1878

16 Medallas de Oro,

plata y bronce en las

Exposiciones Universales

1^{er} Premio: Medalla de

Progreso

en la Exposicion de

Viena 1873

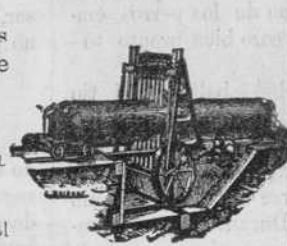
Medalla en la Exposicion

de Filadelfia de 1876

Medalla de Oro,

Exposicion internacional

Arnem (Holanda) 1879



F. ARBEY

INGENIERO CONSTRUCTOR, 41, Cours de Vincennes (cerca de la plaza del Trono), PARIS.

Se recibirá el ALBUM (156 figuras en lengua española, dirigiendo el pedido á M. ARBEY, y añadiendo 3 fr. en sellos de todos los países. Los PRECIOS CORRIENTES se enviarán franco.

BANCO DE ESPAÑA.

El Consejo de gobierno, en cumplimiento de lo dispuesto por el artículo 57 de los Estatutos, ha acordado que la primera sesion de la Junta general ordinaria de señores accionistas que corresponde al presente año, se celebre el día 8 de Marzo próximo, á las dos de la tarde, en la casa del Banco, calle de Atocha, número 32.

Esta sesion se limitará á la lectura y reparto de la Memoria del balance y de las proposiciones del Consejo, así como la admision de las que se presenten, con arreglo al art. 95 del reglamento.

Debiendo mediar entre la primera sesion y las siguientes un intervalo de cuatro dias, durante el cual pueden los señores accionistas usar del derecho que les concede el art. 87 del mismo reglamento, continuarán las sesiones el domingo 13 de Marzo para la discusion de la Memoria, balance y proposiciones del Consejo y de los señores accionistas.

Segun lo prevenido en el art. 54 de los Estatutos, tienen derecho á concurrir á la Junta todos los que en 8 de Diciembre último poseian en propiedad 50 ó más acciones siempre que las conserven inscritas á su nombre el día de la celebracion de aquella. La lista de todos ellos, aprobada por el Consejo de gobierno, se fijará en la portería del Banco.

Los comprendidos en ella podrán pedir en esta secretaría las cédulas de entrada desde el día 1.º de Marzo en los que no sean feriados, y á las horas de oficina, sin cuyo requisito no podrán asistir á la reunion.

La representacion en la Junta es personal y no puede delegarse. Las mujeres casadas, los menores, las corporaciones, establecimientos públicos y testamentarias podrán concurrir por medio de sus representantes legítimos. Las viudas y solteras pueden nombrar al efecto apoderados especiales.

Lo que se anuncia para conocimiento de los señores accionistas á quienes corresponda.

Madrid 17 de Enero de 1881.—El secretario, Manuel Ciudad.

Vacante en la sucursal de este

Banco en Barcelona una plaza de escribiente, con el sueldo anual de 1.250 pesetas, pueden solicitarla los aspirantes aprobados para ingresar al servicio del Banco, presentando sus solicitudes en esta secretaría, dentro del plazo de diez dias, á contar desde el día de la insercion de este anuncio en la Gaceta de Madrid; advirtiendo que el orden de numeracion que haya correspondido á cada interesado en los últimos ejercicios practicados, determina la preferencia para el nombramiento, el cual no será definitivo sino despues de haber dado el elegido pruebas positivas de su aptitud durante un período de tres meses en que será destinado á trabajar en las oficinas de dicha sucursal, segun lo prescrito en el art. 170 del reglamento.

Madrid 25 de Enero de 1881.—El secretario, Manuel Ciudad.

BANCO DE CASTILLA.

Cumpliendo lo dispuesto por el Banco Hispano Colonial de Barcelona, en su anuncio inserto en la Gaceta de Madrid del día 23 del corriente, se procederá por el de Castilla, desde 1.º de Febrero próximo, al cange de las carpetas provisionales al portador de billetes hipotecarios del Tesoro de la isla de Cuba, por los títulos definitivos.

Los tenedores de carpetas las presentarán con factura sencilla, que se les facilitará gratis en la portería del establecimiento, detallando en la misma la numeracion de menor á mayor en cada serie de las carpetas que presenten y en el resumen el número de los billetes que han de recibir en equivalencia.

Las carpetas deberán endosarse en el reverso de las mismas, por los presentadores de las facturas, en esta forma: «Al Banco de Castilla para su canje,—firma del interesado.»

Los tenedores de carpetas reducidas, por comprender algun billete que haya sido amortizado, las presentarán en la misma forma, pero deberán pedir en la portería del establecimiento las facturas especiales de

carpetas reducidas con las cuales deberán ser presentadas. Estas facturas son de color amarillo.

Los dias de recibo serán los lunes, miércoles y viernes de cada semana, desde las once de la mañana á las dos de la tarde; los de entrega, los martes, jueves y sábados á las mismas horas. Encontrándose conformes las carpetas con sus facturas, recibirán los interesados resguardos al portador, á cuya presentacion recogerán los títulos definitivos, el día que se designará en los mismos resguardos.

El recibo de carpetas comenzará el lunes 31 del corriente y la entrega de títulos definitivos el martes 1.º de Febrero. — Madrid 25 de Enero de 1881.—Por acuerdo de la Administracion.—El secretario, Ricardo Sepúlveda.

BANCO HIPOTECARIO

DE ESPAÑA.

Préstamos al 5 por 100 de interés en cédulas,

Préstamos al 6 por 100 en metálico.

Deseoso este Banco de promover y facilitar los préstamos en beneficio de los propietarios, ha acordado hacer á quienes lo soliciten préstamos en cédulas al 5 por 100 de interés desde 1.º de Febrero próximo. El Banco comprará las cédulas.

Al mismo tiempo continúa haciendo préstamos al 6 por 100 en metálico.

Las condiciones comunes á unos á otros son las siguientes:

Este Banco hace los préstamos desde cinco á cincuenta años con primera hipoteca sobre fincas rústicas y urbanas, dando hasta el 50 por 100 de su valor, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, sobre los que sólo presta la tercera parte de su valor.

Terminadas las cincuenta anualidades ó las que se hayan pactado, queda la finca libre para el propietario sin necesidad de ningun gasto ni tener entonces que reembolsar parte alguna del capital.

La cantidad destinada á la autorizacion varia segun la duracion del préstamo.

Advertencia importante

El prestatario que al pedir el préstamo envíe una relacion clara, aunque sea breve, de sus títulos de propiedad obtendrá una contestacion inmediata sobre si es posible el préstamo, y tendrá mucho adelantado para que el préstamo se conceda con la mayor celeridad, si hay términos hábiles.—En la contestacion se le prevendrá lo que ha de hacer para completar su titulacion en caso de que fuere necesario.

Este Banco previene á los tenedores de carpetas provisionales de billetes hipotecarios del Tesoro de la Isla de Cuba, depositadas en sus cajas, que, hallándose ya confeccionados los títulos definitivos de estos billetes, se sirvan presentarse en las oficinas del mismo desde 1.º de Febrero próximo en adelante, para proceder al cambio de los resguardos de depósito de las carpetas por otros de títulos definitivos.

Al propio tiempo, se pone en conocimiento del público que el Consejo de Administracion de este Banco ha acordado que todos los billetes hipotecarios de Cuba que se constituyan en depósito en sus cajas, á partir de 1.º de Febrero indicado, quedarán sujetos al pago de un derecho de custodia de 1/2 por 100 sobre el interés que devengan.

Madrid 26 Enero 1881.—El Secretario general, Enrique Lamartinière.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LOS SEÑORES M. P. MONTTOYA Y C.^a Caños, 1.